

BRUNNAR

crisal barrel



Capítulo 1



BRUNNAR

Alan Fernández

Los niños siempre curiosos de anécdotas entretenidas acosaban al sabio del clan para que hablara de sus aventuras pasadas.

—Abuelo cuéntanos de nuevo como era todo cuando tenías nuestra edad. El anciano que, a pesar del dolor de sus huesos, gustaba siempre de poder dedicarle tiempo a oídos hambrientos de historias, se acomodó en su silla y moviendo una vara y atusándose la barba habló:

—Abran sus oídos, pues lo que contaré, no será lo más digno. En aquellos tiempos todos los capaces portábamos lanzas y coraje para encontrarnos con contendientes que no llevaban más que ansias de grandeza y sus ropajes. Era el tiempo donde el vencedor no tomaba nada para sí, se dedicaba al saqueo o al pillaje, más nunca a la tierra y como mala costumbre estaba impuesta, el quedarse mucho tiempo en donde se vencía. Éramos hombres criados en corta infancia y prolongado andar. No habría bardos ensalzando nuestras correrías, porque rey sin envidia no existía, y siendo celosos de sus sillares vivían y por ello es que, si el valiente en batalla moría, de fama se lo cubría, porque ya antagonista del que gobernaba no sería y en cambio, aquel que se volvía viejo en el oficio de la refriega, era respetado y requerido de acá y de allá, cosa mal vista por reyes y caudillos, que no tenían otra manera de mantener su dominio y mostrando valor en guerra cualquiera andaban siempre creyéndose divinos por las deidades ante sus gentes. Esto es, en cuanto a los que mandan, pero en cambio, los comunes, hombre y mujer, devotos lo eran de todo lo que la natura proveía y sin ser bendecidos por las entidades divinas su día no emprendían, porque los dioses todo lo veían, pues siempre habitaron en la tierra y de las alturas prescindían. Había dioses de la prosperidad, pero también, aquellos que disfrutaban de la oportunidad y como en toda familia, también, estaban los que en la guerra se divertían, llevándose hombres atrevidos, para hacerles disfrutar de eternidad y conventillo, allí, donde solo el alma del valeroso, conoce como destino. Realmente tiempo de gigantes era lo que nos tocó vivir, porque se nacía inocente, pero si pronto no te hacías grande, morías incipiente. En ese tiempo no había piedad para el tibio ni lágrimas para el labriego.

Vivíamos en tierras estériles durante el invierno, pero fértiles después de la primavera, porque el pendenciero siempre tenía con quien abonar el suelo y no había familia que no desconociera a su vecino y de ningún duelo nadie se atrevía a huir porque aquel que se amilanaba no volvía a ver la mañana.

Europa Año 82 A.C.

Los vencedores Eduos, llegaron alentados por promesa de saqueo y de mujeres. Los caudillos, señores de todos aquellos se diferenciaban de entre los comunes por sus torques dorados y coloridos adornos, y todos ellos, formaban un semicírculo alrededor del bosquecillo, dentro del cual, se encontraban los descuidados, los débiles, porque la batalla había terminado; los fuertes cayeron y los indefensos corrieron a aquel lugar, para tratar de evitar funesto final y fue aquella densa muralla de árboles, cubiertos por un manto de nevisca blanca, como era habitual en las mesetas que eligieron para ocultarse entre el río Mosela y las montañas. Aquel sitio, cual abismo nebuloso, que toda luz engulle, era el último bastión de las madres de una raza, que entregó lo mejor de su sangre, en guerra desesperada.

—¡Muéstrense y no los mataremos, brujas!

Grunha, un imponente lancero, gritó la orden mientras se acercaba. Pero al ver que nadie asomaba, el celta más se acercó y avanzó hacia la espesura del manto grisáceo que todo lo cubría, como si de un gran telón se tratara; con la mano en el pomo de la espada y con aires de arrogancia mostró su coraje ante gran incertidumbre. Pero entonces fue cuando todos los demás reales lo vieron retroceder sobre sus pasos con las manos en el pecho, aferrándose a la vida que se le escapaba a través de aquella lanza en su esternón ensartada, la cual había sido arrojada con gran fuerza y perspicacia, vomitada, desde aquella ciudadela natural. Los guerreros perplejos, con los ojos desorbitados, rápidamente ante el cadáver de su igual se arremolinaron; este yacía expirando su último aliento, tumbado, con espumosa sangre que brotaba de sus labios. La distracción de aquella escena duró un suspiro puesto que de aquel lugar húmedo y oscuro vieron nacer la punta de una frámea y un gran escudo redondo, muy colorido y tachonado con placas metálicas, elementos que solo la nobleza podía darse el lujo de tener. Los hombres volvieron algunos pasos hacia atrás y entre un breve sentimiento de lujuria e impetuosidad, vieron cómo aquella atrevida escudera se preparaba para luchar.

—Voy a matarlos uno por uno cerdos castrados.

Iba descalza, con su cabello recogido en trenzas pelirrojas; era alta, de hombros anchos y con garbosas piernas como el tronco de un árbol joven; cargaba las armas con destreza de veterano; sus ojos azules destilaban la furia de la loba que protege a sus cachorros. Era la guardiana de aquellos que todavía no daban sus primeros pasos y a morir por ellos dispuesta estaba.

El señor de los vencedores miraba a la mujer con deseo y admiración, realmente era una saludable hija de la tierra: anchas caderas, la altura de un oso, perfecta para fuertes vástagos. Llevaba valentía en demasía, la

cual fue demostrada, pero entonces, los pensamientos del señor de aquellos belicosos guerreros se vieron interrumpidos por el arrebatado de furia de uno de los suyos que, dominado por el frenesí del momento, cargó contra el paradigma de la mujer celta. Bien adiestrada ella lo esperó usando la maleza como protección de sus flancos y al frente quedó la punta de su lanza y su escudo con el que tuvo que resistir los enérgicos pero breves envites de su agresor. La guerrera y su antagónico forcejearon un poco hasta que su enemigo tomó el escudo redondo de esta y con inmensa brutalidad se lo apartó, allí encontró un espacio para golpear de lleno con su puño el rostro de su víctima. La escudera sintió la sangre tibia que salía de su nariz rota y por un momento las lágrimas no la dejaron ver, pero enseguida recuperó el vigor y de su entrenada garganta se escapó un rugido animalesco y dando pasos firmes corrió tratando de ensartar su lanza a quien enfrente tenía. Mientras, el jefe de la partida y el resto de perturbados miraban entretenidos como si de riña de taberna se tratara. Pero sin que nadie lo imaginase, aquel averno musculoso e intrépido de canosa barba dio unos alaridos de agonía y todos allí volvieron a quedar anonadados por lo que veían: un chiquillo de no más de seis años, harapiento, de risos negros ultrajados, con el rostro deformado por la furia, tenía su pequeña hacha hecha a medida ensartada en los tendones traseros de la rodilla del guerrero aquel. El marcial cayó al suelo, sin poder levantarse y horrorizado miraba su pierna destrozada y daba aullidos de terrible dolor. Sin más vueltas la *amazona* llevó al niño detrás de su escudo.

Dos temibles lanceros habían caído; los nobles se miraron, pero el más viejo de ellos no quitó la mirada de la escena. Bajó de su montura y sin prisa se acercó a la mujer que, sin bajar las armas, lo esperaba para también darle muerte.

—¡Qué desgracia la de tu raza Mujer! Hija de *Belisama*, que no teme a la espada del adversario. ¿Realmente eres así de diestra, o es acaso, que te protege alguna deidad? Aquí traigo a mis segundos eufóricos, después de gran victoria. Pero me pregunto, ¿qué hubiese sido de nosotros si nuestros enemigos hubieran tenido la valentía de sus mujeres? —dijo sin pesar, pero levantando un poco la voz, ya que los gritos de horror del infeliz que allí tirado aullaba retorciéndose de dolor eran muy fuertes—Es por ello, que te daré una sola oportunidad de decidir: puedes luchar para luego ser usada hasta la muerte mientras ves como aplastamos a tu hijo o puedes venir conmigo y ser la señora de mi casa.

La valiente escudera Arverna, estaba preparada para morir, pero miró a su pequeño osezno allí, detrás de su pantorrilla, tan viril como su padre, pero tan frágil. Lo llevó hacia adentro del bosque oscuro y le habló con firmeza y con ternura:

—Toma esto mi valiente Brunnar. Tómallo y pónelo y corre como las liebres al encuentro del hermano de tu padre, dale esto, él sabrá qué sucedió.

La mujer le entregó un torque de oro con símbolos y aunque al principio dudaba de la orden el pequeño se secó las lágrimas y solo atino a obedecer. La madre se giró y se preparó para la muerte.

—¡Qué miserables son! Vinieron en busca de lo prometido por su señor y aquí, solo encontraran miseria. Quemamos todo lo que enriquece las arcas y ahora moriremos; nosotras por ellos y ustedes por nada.

20 años después...

Europa Año 62 A.C.

Hurmennato iba al frente de la partida de caza y lo seguían sus hombres con sendas largas lanzas, ideales para dar muerte desde la seguridad de las monturas. Hurmenato, era de la nobleza y poseía riquezas que le permitían portar pantalones coloridos, yelmo y malla metálica, un cinturón con espada larga, puñal y podía darse el lujo de ser custodiado por dos escuderos que lo acompañaban tan cerca como su sombra.

Más atrás, finalizando la columna, Brunnar montaba un joven semental. Todos llevaban gran velocidad; tenían en vista buena presa, un ciervo de quince puntas y no la dejarían escapar. El ciervo, huyendo de sus cazadores, se adentraba en la espesura de *El Bosque de los colmillos* conocido por ser el hábitat de fieras manadas de lobos y por supersticiones que aseguraban que ningún hombre que hubiese entrado a ese lugar había logrado salir.

La casería se extendió durante la noche y tuvieron que detenerse y acampar. Alrededor del fuego los cazadores, miembros todos del selecto grupo de los *Escudos rojos*, disfrutaban de una noche tranquila en medio del bosque y en compañía de las estrellas.

—Hermanos, — empezó diciendo Hurmennato, de pie y con sus brazos abiertos —en esta noche oscura como un pantano en invierno le daremos la bienvenida a Brunnar, o no — risas.

Brunnar se levantó de donde estaba descostado y se puso frente a su tío. Los demás guerreros expectantes hacían las veces de testigos.

—Toma tu lanza y tu escudo muchacho, lucharás contra mí y recuerda que si me vences podrás pertenecer a nosotros, pero si eres vencido

—Hurmennato hizo una pausa y miró fijamente los ojos de Brunnar—, morirás.

Brunnar con un movimiento de cabeza dejó claro que había entendió y que aceptaba su destino.

Los dos guerreros se pusieron uno en cada extremo del círculo que el resto de hombres habían creado sentándose uno al lado de otro.

—Que los dioses sean testigos de que esta noche se llevarán a uno de nosotros o le darán la bienvenida a un nuevo hijo.

Hurmennato terminó de decir aquellas palabras y corriendo acompañado de un fiero grito se lanzó sobre Brunnar que interpuso su escudo y ladeó su cuerpo pudiendo salir apenas del ataque. Aquel duelo era una prueba fehaciente de que el postulante, si lo merecía, sería bendecido por los dioses para poder ser miembro de una hermandad que tenía fuertes virtudes como valor, fuerza y lealtad.

Brunnar con su frámea golpeó tres veces el escudo de Hurmennato con toda la fuerza que de su brazo pudo sacar y casi hace caer a su contendiente, pero su tío recobró la energía y supo que después de tan osado ataque vendría un vacío y en ese espacio intentó meter su espada y dando varias fintas con dirección al vientre de su sobrino, le realizó dos

cortes profundos para luego, con su propio escudo golpearlo y llevarlo al suelo.

Brunnar logró rodar hacia un costado y se puso en pie, sin prestarle mayor atención a la sangre que le salía de su abdomen.

—Tu madre te está mirando, ella se pregunta ¿realmente de mi vientre salió un hombre o una oveja? —aquellas palabras de Hurmennato calaron profundo en la conciencia de Brunnar, el cual se dejó llevar por la ira que el insulto aquel provocó: de su garganta brotó un rugido que le hizo perder toda disciplina y aunque llevaba fuerza en su melé, no lo hacía con prolijidad y por ello se volvió predecible. Su ataque fue adivinado por el tío, el cual no tuvo que hacer más que pararlo con su escudo y empujarlo para que cayera nuevamente.

Brunnar se sintió fracasado, humillado en el suelo sobre el barro; consideró que toda aquella vida sirviendo no había sido nada. Hurmennato le extendió la mano.

—Tienes fuerza en los golpes, más careces de disciplina, el enemigo siempre usará tu impulsividad para verte fallar.

Brunnar con los ojos en el suelo y las sienes infladas de vergüenza, dejó de lado sus errores y volvió a cargar con igual locura, pero esta vez ya había adivinado la defensa de su oponente y cuando su tío puso su escudo adelante, Brunnar, se hizo hacia un lado y con un golpe hacia afuera de su propio escudo logró abrir la defensa de Hurmennato y entró con su frámea apuntando sobre las costillas, pero la lanza no pudo entrar más porque la malla de anillos metálicos estaba bien elaborada y la detuvo; aun así, una dolorosa herida había dejado a su paso.

Brunnar se estremeció al ver sangre salir del cuerpo de su pariente.

Cuando su agresor confirmó que el daño no era de temer, rio, miró a su sobrino y le dijo:

—Muy bien, osezno, lo has entendido todo —Hurmennato abrazó a Brunnar y enseguida le propinó un fuerte rodillazo que traumó su abdomen y lo hizo revolcarse —. Pero todavía no me has vencido

—terminó diciendo mientras levantaba su espada y la clavaba justo al lado de su yugular.

Todos rieron al ver como aquel combate terminaba con un nuevo hermano entre sus filas.

El ritual de iniciado se debía hacer delante de sus próximos hermanos y del fuego. Brunnar estaba desnudo y Hurmennato delante de él. Una cuchilla muy afilada, que se calentaba en las brasas, sería la herramienta del ritual.

—Brunnar, hijo terrenal de Brudorixtus y Friyannar e hijo espiritual de Týr, te haré tres cortes — Hurmennato tomó el cuchillo incandescente —: el primero es por los hijos que no tendrás —la hoja afilada y al rojo vivo penetró fácilmente en la carne de su víctima, dejando un corte de diez centímetros de largo sobre la palma de la mano derecha—. El segundo, por las mujeres con las que no yacerás —otra vez el cuchillo hizo un tajo, pero ahora apenas un poco más arriba de su miembro viril—. Y el tercero es por la lealtad que siempre le tendrás a tus hermanos — este último tajo se lo dio en el pecho justo donde estaba el corazón.

Las heridas sangraban y Vastus, un fibroso y alto hombre de las montañas, recolectó la sangre de las tres heridas y entonces todos se dispusieron a beber del cuenco aquel.

—Dejarás supurar las heridas toda la noche y si al otro día todavía los malos espíritus no han ingresado por ellas, entonces también fuiste aceptado por los dioses —dijo Hurmennato, culminando así el ritual de inicio.

Compartieron el fuego todos recostados sobre sus gruesas mantas hechas de piel de buey cubiertas con pelo de conejo, una impedimenta costosa, pero que era una caricia para las espaldas. Brunnar se mantenía sentado, ensimismado e intentando no moverse demasiado ya que la sangre brotaba más deprisa cuando intentaba algún movimiento. Sus hermanos de armas hablaban y reían y alguno también cantaba.

Hurmmenato que había estado observando a su sobrino sin que este se diera cuenta se le acercó y se recostó a su lado.

—Los hombres que aquí ves son grandes guerreros, no pelean por tesoro sino por digno final. Brunnar, el miedo nos ata a la tierra y lo que buscamos es que el alma nunca vuelva —giró su cabeza para mirar a Brunnar—, llegará el día en el que tú estés al frente de sus lanzas y deberás decidir.

Brunnar lo miró y volvió a mirar a los guerreros que bromeaban recostados como si no hubiese otra cosa por la cual preocuparse.

—Somos sacerdotes de Týr, pero también guerreros y ahora tú también lo eres, bueno, si es que no mueres desangrado —bromeó con media sonrisa—. Cada uno de los que ves aquí tiene derecho a exigir diez lanzas en las tribus donde celebramos los solsticios.

Brunnar tomaba nota mental de todo aquello que se le enseñaba.

A la mañana siguiente, partieron en sus monturas en busca del trofeo tan requerido. Brunnar había aprendido a montar desde los siete años y ahora con la agilidad de un averno, era un caballero ávido de astucia y movilidad, sus cabellos libres al viento, su torque de oro en el tobillo y con el coraje que solo se logra con una férrea enseñanza y una devoción innata por los dioses; iba atento a las pisadas que los exploradores observaban cuando bajaban de sus monturas. La presa no estaba lejos, pero venía perdiendo sangre y si todavía no se había rendido era por su testaruda juventud y fuerza.

Los caballeros al ligero galope llegaron finalizando los entramados senderos en los que apenas se podía andar, era un lugar inaccesible, ciudadela de misteriosas criaturas. Aquel bosque se presentaba inhóspito, perdido, cruel; allí se abandonaba a los indignos y se hacían los holocaustos más importantes. Tenía en sus fauces a aquellos atrevidos que ahora se encontraban entre sus trofeos con la muerte a sus espaldas. El ciervo en su desesperación producida por las dos flechas ensartadas en su cuarto trasero, desorientado por el dolor, siguió el instinto y entre corridas y saltos llegó a una de las tantas guaridas. Los ocho cazadores se detuvieron y lograron encontrar a tan ansiado premio. El ciervo se imponía majestuoso con sus ornamentas y un orgullo por llevarlas; denotaba que miedo a la muerte no traía y viéndose rodeado, se recostó

en la boca de la entrada donde moraba la temible manada de lobos, famosos estos porque, según decían, eran la encarnación de muchos guerreros. El ciervo no se inmutó siquiera, cuando las bestias aquellas lo rodearon, como si de funesto trueque se tratara. El ciervo presentó sus captosres a la manada, ofreciéndolos en mezquino final. Los depredadores, todos ellos alimentados de indeseados y de restos de sacrificios, estaban acostumbrados al humano y le habían perdido el miedo; formaron en semicírculo casi rodeando a los caballeros que permanecían sobre sus monturas, ya que estas les ofrecían una cierta seguridad desde la altura. Brunnar vio en esa emboscada un recuerdo muy vago de algún momento de su vida donde aquella circunstancia había cambiado su destino.

Los hombres empezaron a dejar que la duda los atrapara y con miradas temerosas buscaron una forma de poder escapar, pero la manada vieja, unida y siempre aprendiendo en base a la experiencia, había cerrado el paso de los cazadores y otro camino distinto del que estaban no había. Brunnar recorrió con su mirada a los predadores y observó rápidamente a cada animal hasta que ahí lo vio. El líder estaba allí sobre un abedul muerto, había buscado trepar el tronco caído para ganar la altura desde donde todos los integrantes de la jauría pudieran verlo. Aquel animal se destacaba de entre los demás por su pelaje negro y opaco, sucio y revoltoso. Tenía el hocico deformado por las heridas, dolorosos trofeos que se había ganado por mantener el liderazgo y sus orejas eran como pedazos de tela rasgada, pero su mayor sacrificio era haber entregado su ojo izquierdo, ahora había un espantoso tajo que atravesaba una cuenca vacía.

Los lanceros al identificar esta herida ocular en el lobo empezaron a susurrar que aquel animal era Odín que había tomado la forma de la bestia aquella. Entonces uno de ellos entró en pánico y contagiando de miedo a su montura salieron los dos disparados hacia adelante buscando una forma de huir, pero no había camino posible y el caballo del infeliz aquel empezó a corcovear hasta lograr sacarse a su jinete de encima, quien cayó con un golpe seco y aturdido se vio en medio de estos temibles animales.

Hurmmenato enseguida se preparó para ir a buscar a su leal caballero, pero los lobos se le habían abalanzado sabiendo que ningún humano puede defenderse de tantos atacantes a la vez.

Los lobos tenían como costumbre dejar vivas a sus presas hasta el último momento, de esa manera los más jóvenes aprendían a luchar contra la víctima y esto les otorgaba fuerza y astucia. Una manera de aprender a matar.

El guerrero intentaba luchar contra los animales, pero las mandíbulas de aquellas bestias eran poderosas fauces que, acostumbradas a desgarrar y romper, habían adquirido una fuerza temible para poder desmembrar la dura piel y despegar la carne de los huesos.

Los gritos de desesperación eran aterradores y podían diezmar la moral de cualquiera, entonces sin perder más tiempo los siete cazadores restantes cargaron de forma desprolija contra la jauría en un intento de salvar a aquel desafortunado. Los lanceros con sus armas en ristre al feroz galope

atropellaron a los animales y los sacaron de encima de su víctima y enseguida lo cargaron en una de las monturas. Ya la confusión se había sembrado y aprovechando esto, los guerreros no vieron otra opción que hincar a sus caballos para irse sobre sus pasos. Brunnar antes de imitar a sus compañeros de caza, se tomó unos segundos para mirar por última vez a aquel veterano lobo, el cual también había fijado la vista de su único ojo sobre Brunnar. Los dos se miraron y el celta pudo ver muchas imágenes atravesar su mente. El lobo aquel le transmitió una sensación de fraternidad tan fuerte que Hurmmenato le tuvo que llamar más de una vez para que un confundido Brunnar se espabilara y huyera sin perder valioso tiempo. Confundidos y con cierta agitación consiguieron salir del bosque aquel y retomaron el camino de vuelta a la aldea con el apremio de llevar al herido cuanto antes a la casa del druida. Raudos galoparon sin sosiego por las densas llanuras y montes que, ungidos por una fina capa de neblina otorgada por los pantanos de la zona, se hacían interminables y agobiaban aún más los corazones de los cazadores que volvían sin su presa.

Cuando se acercaban a la gran aldea pudieron ver a la lejanía una densa y espesa columna de humo, lo que indicaba que hacía rato que el fuego se había extinguido, ya que salía de los puntos donde estaban las casonas de la tribu. Los caballeros agitaron las riendas y pronto llegaron a la aldea; allí pudieron vislumbrar un caos que todavía no terminaba: hombres corriendo con antorchas en sus manos, mujeres blandiendo armas y escudos, hombres dispersos intentando formar una muralla de escudos decente, pero en vano era todo aquello. Los atacantes, hombres cruentos y salvajes, habían llegado en números de quinientos y a traición entraron y sorprendieron a los habitantes. No se limitaron a matar a los hombres y a los más jóvenes, también hicieron sangrar a las mujeres y a los niños sin darles piedad ni resguardo. Los invasores, intrépidos, devastadores y violentos llevaron una purga y la sembraron en esos lares.

Hurmmenato podía sentir como sus leales tensaban sus músculos y a punto estaban de salir a tropel con la valerosa intención de enfrentar a aquellos cobardes.

— Entraremos por detrás de la aldea y allí buscaremos a los hombres que aun puedan luchar —aquellas palabras sonaron bien, pero los corazones de sus indómitos súbditos latían con fuerza sin poder calmarse.

Los ocho lanceros rodearon la aldea e ingresaron sin perder más tiempo, dejaron al herido sobre el forraje semiculto e hincando sus monturas fueron filtrándose entre las casonas de paja y adobe. Pudieron identificar al resto de los *Escudos rojos*. Estaban formados en perfecto orden y alineación en una de las callejuelas con desembocadura al gran salón y allí se habían plantado para la última resistencia. Los lanceros montados llegaron y se presentaron y cuando el segundo al mando de la orden sacerdotal, vio a su señor, presentó sus respetos sin poder disimular la sorpresa.

—Mi señor, lo creíamos muerto —Ximiriato, hombre de gran coraje demostrado y de inquebrantable lealtad se presentaba herido,

convulsionado, pero con el semblante firme—. No pudimos detenerlos, no merezco este honor.

Hurmmenato bajó de su hermosa yegua de pelo negro, desenfundó su espada larga, la elevó hacia el cielo, miró a todos a su alrededor y sin miedo les habló:

—Hermanos, estamos aquí hoy, porque nos ataca un vil traicionero.

Quizás moriremos, pero lo haremos con el hacha y el escudo en nuestras manos y con la sangre de cobardes a nuestros pies.

Todos los que estaban allí lanzaron un gruñido de guerra y golpearon sus escudos mientras le abrían paso a su señor para que se ubicara en primera fila.

Formaron uno al lado de otro pegando los escudos y preparando las lanzas. El amor que se tenían era digno de los hermanos que juntos se habían criado y hoy debían morir el uno por el otro y así, poder reencontrarse en el Valhöll, para poder seguir la lucha juntos guiados por el padre de todos los valientes.

El clima estaba raro, nubes negras se fusionaban con el cielo azul y el sol, que había estado iluminando con gran fuerza, se escondió detrás del manto blanco y espeso que acompañaba una posible tormenta.

Los swēbaz llegaron y al encontrarse a estos pocos locos se mofaron de ellos. Entonces de entre aquella muchedumbre apareció el señor de todos los que allí estaban. Un alto pero delgado guerrero adornado con prendas costosas de oro y torques de varias forjas, que indicaban que aquel cabecilla de muchas campañas venía. Llevaba el cabello atado con un nudo sobre su cabeza y tenía el rostro tatuado con los símbolos que solo los druidas podían pronunciar.

—Admiro tu valentía pequeño hombre, pero sabes mejor que nadie que ahora yo seré señor de aquí y de allá. Dictaré sobre tus tierras y sobre tus hijos y no habrá nadie que pueda vencer a mi pueblo porque somos gente que no conoce el yugo —y diciendo esto el líder clavó sus ojos negros sobre Hurmmenato desafiándolo y probando su coraje.

Hurmmenato, hombre sereno, destacado de entre todos por su prudencia y valentía casi mitológica, se acercó sin prisa con sus armas y su escudo hasta donde estaba el adversario montado en su carruaje.

—Tú traes a tus reales, montas sobre ese carruaje adornado por el mejor abedul y desde ahí arriba me insultas. Yo desde aquí abajo moriré junto a mis hermanos y estaré delante de sus escudos. Tú, señor de “aquí y de allá” ¿dónde estarás?

El líder de los invasores al sentirse sumamente ofendido atinó solo a espolear su carro y fulminando con una mirada asesina a su antagonista volvió a la formación.

Las nubes se mezclaron y de aquel revuelo surgieron algunos rayos enormes sin emitir sonidos y abriéndose como las patas de una araña empezaron a hacerse notar; los hombres del líder suevo comenzaron a dudar.

—No se atrevan a temer, Wotan está con nosotros —dijo mientras agitaba su lanza al cielo.

Brunnar esperó paciente a que los malditos aquellos dejaran de gritar. Preparó su jabalina, tensó los músculos y afinó la mirada; esa visión de embudo por un momento le confundió la vista, pero aun así logró despabilarse e intentó relajarse mirando a los hombres que a su lado se encontraban. Eran formidables y valerosos, siempre al servicio de un caudillo. Él en cambio había sido criado para no pertenecerle a ningún hombre que se dijese señor. Hurmmenato, hermano de su padre, siempre lo había llevado a toda contienda donde ante los dioses podían congraciarse, pues en la lucha los hombres bailaban con la muerte y de aquel festín las entidades separaban al valeroso del cobarde porque aquel que se dice valiente no puede permanecer prolongado tiempo entre cobardes, ya que la cobardía corrompe el temple.

Hoy se batía con sus hermanos contra infame coalición y los dioses observaban, como era su costumbre.

Los suevos cargaron con gran bravura como bien era de esperarse de gentes de tamaño valor. Brunnar preparó su brazo y formando un arco imaginario lanzó la jabalina con gran perspicacia y esta viajó casi recta hasta el pecho de un guerrero de piel muy blanca y cubierto de gran cantidad de bello que llevaba solo un enorme garrote y sin más protección que sus creencias corría exaltado, listo para descargar toda la mole de su fuerza sobre algún desdichado, pero no llegó a concretar sus deseos porque una jabalina se ensartó con fuerza arriba de su esternón, penetrándole la caja torácica. El gigantesco guerrero se paró en seco y con los ojos desorbitados no terminó de salir de la confusión aquella cuando sus piernas le fallaron y cayendo sobre sus rodillas se fue recostando en el suelo como si alguien lo sostuviera desde atrás y suavemente lo bajara. Ahí quedó aquel paradigma del coraje, con la sangre abandonando su cuerpo mientras que los demás hombres pasaban sobre él.

Hurmmenato dedicó una mirada de aprobación a Brunnar que se sintió más que seguro de su valor. Ya no importaba que sucedería, solo importaba que hoy era el día que todo valiente guerrero espera, el día donde se les demuestra a los dioses que el valiente muere como tal y el cobarde no se atreve.

La carga enemiga estalló cual estampida de bueyes contra la formación de los *escudos rojos*. La masa de guerreros logró romper la perfecta línea de combate, los suevos penetraron en ella y entonces la lucha se volvió individual.

Brunnar se las vio con un suevo con trenzas que blandía una lanza y su escudo rectangular. El indómito guerrero con bravura y sin medirse en cautela, seguro de su fuerza, golpeó con violencia varias veces el escudo de Brunnar provocándolo hasta casi hacerlo trastabillar, pero se mantuvo erguido y anteponiendo su protección de gruesa madera, desvió los mandobles de su agresor. Este suevo era un veterano y audaz guerrero y no solo sabía atacar sino también defenderse. Brunnar intentó sin éxito entrar en la zona sin protección de su enemigo, pero este era ágil para la refriega y no le daba espacio. Las fintas fueron y vinieron hasta que la batalla se inclinó hacia los atacantes y cada guerrero de Hurmmenato tuvo

que defenderse de dos o tres enemigos al mismo tiempo. La batalla sería corta porque los unos no se rendirían y los otros no se detendrían.

Los relámpagos empezaron a abrirse paso entre las nubes negras y un viento implacable azotaba los árboles. Esto no era bueno, los dioses estaban molestos o favoreciendo a alguno de los bandos.

— ¡Mirad hombres del rin, Thor nos favorece! —dijo el señor de los suevos que encima de su carro lanzaba rezos al cielo con su lanza larga apuntando hacia él.

Brunnar no entendía cómo es que los dioses podían ser tan mezquinos, pero poco les duró la concentración, el enemigo no daba espacio al error y ahora tenía dos más que iban a por él. Se entregó a la muerte, pero se iría luchando como se le había enseñado.

De pronto los relámpagos iluminaron hasta donde llegaba la vista.

—Lo ven... —el líder enemigo no salía de su asombro, pero aun así logró soltar palabras de aliento— los dioses exigen sangre.

Brunnar no soportó la humillación y por momento dudó de sus dioses.

—¡Te maldigo rastrero sin patas! —dijo apuntándolo con su frámea.

Entonces de nuevo el cielo bramó y de su garganta un rayo vomitó, pero esta vez cayó directo al hierro del innoble.

La batalla se detuvo y del alboroto aquel surgió la espantosa visión de un hombre calcinado. De lo que antes fuera un valiente guerrero, adornado con cuantiosos trofeos, ahora solo quedaba aquel cuerpo estupefacto, retorcido y destrozado al igual que el carro en el que iba.

Los invasores no entendían cómo es que hace un momento atrás eran bendecidos y ahora su señor era asesinado de un golpe. Los designios de las entidades son un misterio.

Hurmmenato aprovechó esto y lo uso a su favor dando un grito de guerra que enalteció el coraje de sus hombres.

—¡Los dioses han hablado, no dejen a ninguno vivo!

Los suevos interpretando aquella desgracia como un disgusto de Thor, comenzaron el repliegue de forma desordenada y uno que otro allí mismo dejó sus armas para poder huir aún más rápido.

Los valientes fueron favorecidos y los desleales castigados. Todo lo que la vista podía alcanzar estaba muerto o en llamas. La tormenta no mermó su fuerza, pero tampoco permitió la lluvia.

Ahora quedaba enterrar a los que de coraje no flaquearon, estos serían los que heridas en el frente traerían, más los cobardes por la espalda las tendrían y estos últimos serían dejados ahí donde habían caído en desgracia y donde los gusanos y los espíritus malévolos los encarcelarían.

De entre los pocos que sobrevivieron, estaba Huermmanto que se había ganado un profundo tajo debajo del vientre y así como se le escapaban las entrañas también se le iba la vida. Brunnar y algunos de los *Escudos rojos* que no habían muerto lo llevaron al gran salón y prepararon todo para que los druidas de las tribus vecinas le aliviaran el sufrimiento y alejaran a las dañinas entidades.

En esos días donde Hurmmenato iba y venía entre los dos mundos, sus fieles no lo dejaban solo. Brunnar ayudaba en lo que podía, recolectaba hierbas recomendadas y asistía a los rituales, pero los espíritus que

sobrecalientan el cuerpo son los más odiosos de sacar. Los magos sin pausa cantaron y oraron, sacrificaron también a un buey e hicieron tajos en el cuero cabelludo de la víctima para que las entidades salieran, pero eran caprichosas y no dejarían ese cuerpo.

Al tercer día, después de sufrir uno de los tantos temblores, el caudillo mando a llamar al que hasta ahora había sido como su hijo.

Brunnar entró enseguida y se sentó cerca del moribundo, tomó su mano y lo miró convalecer.

—Muchacho... —Hurmmenato movía los ojos sin control. Deliraba.

También temblaba y sudaba— tu padre jamás me perdonó el haberlo dejado... —y tosió bruscamente— El murió porque su señor lo llevó a tal destino y dejó a tu madre y a ti indefensos. Por eso júrame, *hijo del martillo*, que jamás servirás a ningún hombre porque ninguno es tan fuerte para resistirse a la promesa de lo material y eso te llevará a una muerte vacía. Deberás servir solo a tu espíritu y a los dioses. Yo siempre he sido un *lanzatraste* y muero libre sin deber nada a nadie. Libera a mis hombres y cuida a los que te sirvan. Sé justo con el valiente e implacable con el cobarde. Júramelo, mi pequeño osezno. Ahora — miró hacia sus armas—dame mi espada.

Brunnar tomándolo de las manos le habló con firmeza:

—Yo te juro Hurmmenato, hijo de Hama, ante mi madre que me mira, por mi torque y por los dioses, que jamás serviré en lo terrenal. Seré un *lanzatraste* y mandaré hombres sin señor. Recuperaré el honor de nuestra sangre y conseguiré tierras para fundar una coalición de guerreros y sabios y daremos cobijo a todo aquel que pretenda libertad y devoción.

— Bien, ahora...— vuelve a toser— necesito que me traigas algo del cofre que está debajo de la cama.

Brunnar buscó el cofre pequeño de madera reforzado con láminas de hierro y de su interior sacó la mitad de un brazalete que tenía la forma de una serpiente marina y que en su boca tenía una especie de acople donde enganchaba la otra parte faltante.

—Presta atención *Hammar*, al portador de la otra mitad del brazalete le debo juramento. Es al único hombre a quien debo por única vez lealtad. Quien tenga la otra parte reclamará tal servicio cuando la noticia de mi muerte llegue a sus oídos y tú tendrás que cumplirle para que así yo pueda entrar al Valhöll sin deudas.

—Así será. Ahora ve en paz —Brunnar controló las lágrimas y mientras veía cómo el hombre que lo había criado abandonaba este vulgar mundo, pudo apreciar cómo aquellos ojos antes llenos de vida ahora eran dos esferas opacas en los cuales no había más que frío.

Los leales guerreros que presenciaron el juramento fueron testigos que se encargarían de que aquel pacto de fe se cumplimentara. Miraron a Brunnar con el mentón en alto y vitoreaban "*Ha-marr, Ha-marr, Ha-marr*" mientras golpeaban sus escudos.

Enterró a su pariente y a Ximiriato juntos, en un enorme montículo de tierra con todas sus armas y sus trofeos. Luego reunió a los cinco hombres que lucharon y sobrevivieron: Hermmann, Mundebor, Brikenseco, Ardinimio y Vastus, enaltecidos guerreros y ahora héroes que habían

jurado lealtad a todo aquel que pudiera darles la gloria de morir como mandaba la *El camino del guerrero*. Brunnar los liberó de su juramento y les ofreció volver a las tribus como sacerdotes de Týr o seguirlo y llenarlos de gloria de forma tal que los cantos hablarían de ellos y sus correrías. Pero el más veterano de todos allí le dijo:

—Ante los espíritus, los enemigos y la sangre de los caídos, entregamos nuestra lealtad a ti, Brunnar *Hamarr*, elegido del trueno.

Aquel lugar se volvió sagrado y donde el martillo de *Pórr* había golpeado se erigió un *Mjólnir* de piedra blanca, dos veces la altura de un hombre y sobre el cual los druidas escribieron el ciclo donde los cantos contaban semejante hazaña.

...y de los cielos asomó un carro tan brillante y tan grande que negó la vista al enemigo, custodiados por doce Skjaldmö, desde ese carro Thor golpeó su martillo contra el maldito y no dejó colina sin alumbrar ni árbol sin torcer porque tanta fue la fuerza con la que golpeó el hammar que la tierra se volteó y empujó las montañas hacia abajo...

Una leyenda se forjó y hasta los rincones de las tribus más al norte de los fríos territorios llegó. Todos los que iban en busca de mejores tierras donde asentarse concurrían primero al monolito donde eran bendecidos y ofrecían sacrificios para bendecir las campañas.

No existía hombre, mujer o niño que no se hubiese enterado de aquel mito.



Tiempo después...

En el gran salón aquel, se reunieron todos para una asamblea común. Las familias de la tribu y los parientes de cada caudillo: hermanos, hijos, sobrinos, libertos y acreedores; también, toda gente que tuviera aquel derecho de participar. Entre eufórica discusión no faltaba la bebida, aquel amargo resultado de la fermentación de grano y cebada que confundía los ánimos de los allí reunidos. Siempre era obligación del regente lograr el acuerdo entre su pueblo sobre aquellos temas que implicaran un riesgo común o un beneficio futuro, y jamás se tomaban decisiones que primero no fueran consultada por los comunes.

La asamblea se había reunido ya tres veces, aun así, no conseguían convencer a las familias para formar una poderosa coalición y marchar. Hodroriko, señor de *Cabeza de Jabalí*, exponía frente a todos, incluso a su Rey, Ahhor, El *oportuno*, sus intenciones de lo perentorio de una pronta campaña contra la familia de Ovrod, *Ojo de lobo*.

—Todos están al tanto de que Ovrod, casó a su hija con Merolas, hijo de Xerzertoricx, vasallo del Rey Ariovisto —pronunció con firmes palabras mirando a sus oyentes— ¿Qué más debemos esperar? Así como la cobardía puede ablandar el corazón de un pueblo, así, nuestros vecinos del Rin nos están quitando las tierras. Entran de manera atrevida y arrogante y solo saben exigir y deambular. Es clara la osadía de aquellas gentes, quieren unir sus clanes para poder avasallarnos y terminar todos bajo su yugo —dejó un espacio para ver cómo la mayoría asentía con gestos de afirmación dando entonces por verídicos los mensajes de sus heraldos—. Mi señor, —dirigió sus palabras a Ahhor quien meditaba con el mentón apoyado en su mano y sentado en su sillar cubierto de pieles de muchas bestias— fuiste elegido por ser el más valientes entre los valientes, acompañaadme a esta campaña y te llenaré de fortuna. Hodroriko era de una altura imponente y llevaba a toda asamblea sus armas y su colorido escudo. Generaba respeto en quienes lo oían. Ahhor tenía el cabello negro como la noche y por las cicatrices en su rostro no era el más apuesto, aunque sí el más apto; mirada de fiera tenía este hombre de pocas palabras, pues solo hablaba cuando tenía algo para decir. Hodroriko se sentó junto a su séquito y sin perderle mirada al Rey se atusó la barba. Ahhor se levantó y haciendo unos pasos se adelantó y habló para todos los presentes:

—Tu declaración no carece de verdad Hodroriko, pero sería una guerra larga y costosa. Solo genera dudas, mas no convicción, una campaña de tal escala debe y será consultada a los dioses —concluyó. Y de inmediato ingresaron a la sala los druidas y desplegaron en el suelo unas mantas color bordó, en ellas había pequeños huesos y palitos con el alfabeto tallado del bosque prohibido. Los magos entre rezos y movimientos de todo aquello miraron sus herramientas y observaron cómo quedaban al caer cuando las lanzaban. El más sabio se le acercó y al oído con palabras legradas le dijo que debían marchar. Todos los allí presentes con la ansiedad en sus bocas dejaron de beber y de discutir, no había otro momento más esperado que cuando los dioses hablaban. La esposa del rey tomó la mano de su hombre y lo miró sin necesidad de emitir palabras.

El señor de todos se levantó resignado, pero nunca demostró debilidad.

—Los dioses ordenan la campaña; que cada familia llame a sus parientes, debemos marchar... —pero, bruscamente, Dracato, señor del clan *Pielespedras*, se levantó de su silla e interrumpió súbitamente a su señor.

—Rey, no es sabio que entremos en guerra contra tan poderosa alianza. Será una campaña larga, la sangre de nuestros vástagos correrá en abundancia y el invierno cruel se llevará a otros tantos.

Dracato sabía que cometía un gran agravio, no solo imponiendo razones contrarias a Ahhor sino que, también, contradecía a las mismas adivinaciones de los magos. Pero su temple le decía que debía detener esta locura y tenía la autoridad para hacerlo, no por ser noble, sino por ser valiente en la guerra y fructífero en la paz. Los presentes, todos ellos,

miraron al rey y hasta Hodroriko esperó un momento prudencial, pero su genio lo venció.

—¿Qué palabras son esas Dracato? ¿El gran *zorro negro* aborrece una batalla? Mejor no vengas —y miró a todas las gentes congregadas detrás de él—. Iremos solo nosotros, pues con cien de mis lanzas haremos más guerra que con mil de tus “cabras lecheras”.

—¡Alimento de porquero! ¿Cabras lecheras? Siempre hemos sido nosotros y no tus lanzas los que hemos protegido el norte de las familias de Ariovisto durante tres inviernos. ¡Tres! —eufórico repitió aquel número con el puño cerrado— Tú, Hodroriko, lo que quieres es fortuna y gloria; lo que tú más deseas es ser rey —semejante acusación dejó mudos a todos los que detrás aguardaban en un silencio de muerte. Dracato sabía que ahora aquella asamblea podía convertirse en un duelo: acusar a un caudillo de pretender tales aspiraciones, normalmente, terminaba en sangre derramada.

— ¡Basta! — de un salto Ahhor terminó con aquella afrenta— Dracato no soy yo el que exige esta empresa, son los dioses que así lo demandan; Hodroriko y tú, Dracato, serán quienes asesoren a mi hijo Correo quien encabezará la acometida.

Hodroriko sintió como si una avalancha de piedras cayera sobre su pecho. Jamás pensó que tal gloria le sería arrebatada de esa forma y su rostro no hacía más que expresar disgusto.

—¿Qué pasa, Hijo de Hodror? ¿Te disgusta mi mandato?

—No.... mi señor, será como lo dispongas.

La noche se hizo presente junto con vientos helados que avecinaban la llegada de la silenciosa muerte blanca.

—Las acusaciones de ese caudillo, Dracato, son graves—. La reina lanzó palabras bien entonadas aprovechando la soledad en el lecho marital.

—Si así fuera no tendría tantos seguidores; Hodroriko es hábil con la lanza, pero carece de control, si dejo que lo elijan como líder de la campaña podría querer reclamar mi sillar —Ahhor intentaba no transmitir dudas a su mujer explicando más de la cuenta—. Y por eso, la campaña puse en manos de Correo.

—Correo es un joven y fuerte, pero una cosa es enfrentar a marginados y saqueadores y otra es que esté a cargo de semejante empeño —Ivanka tenía, como mujer del Rey que era, facultades para discutirle ciertas decisiones a su esposo —. Los guerreros más veteranos son reacios a seguir a los jóvenes nobles.

Correo había nacido entre nobles, pero criado entre hijos de sirvientes y siendo aún muy pequeño para alzar el escudo ya se sabía ágil en la montura. Su padre, el rey, siempre le dijo que el día que tuviera que aplicar su estatus para gobernar, sería el día que todo lo demás había fallado; por ello Correo nunca permitió que sus seguidores lo amaran por ser hijo de Ahhor, debían seguirlo porque era valiente y aborrecía la deslealtad. Al joven príncipe le excitaba la guerra, ese furor que solo trae la supervivencia, el deseo de vivir. Un día había partido a las tierras de Dracato para dar caza a la bestia mitad lobo mitad hombre, que asechaba a los viajeros, para luego volver con su piel como único vestido. Con aquel

cuero iba a cada batalla porque convencido estaba de que él endriago aquel le pasaba su fuerza y así lo convertía en bestia cuando el olor de la sangre impregnaba su piel. Sus hombres le decían "*El viril*", porque cuando luchaba se le erguía el miembro de tal manera que se le notaba con facilidad y es que iba siempre desnudo, cubierto solo por la piel del animal aquel, cubierto de sangre y con los ojos salidos de las cuencas. Siempre lideraba, más nunca se arrodillaba; se creía bendito entre los demás, por eso solo confiaba en la protección que la brindaban las runas pintadas en su piel.

—Tu hijo es joven, pero eso no le quita euforia para la batalla y lo ha demostrado —dijo Ahhor en tono tajante.

Su reina, sin intención de seguir vacía discusión, lo rodeo con sus brazos y con besos reconfortantes lo llevó al lecho.

El día llegó con pesadez como si no quisiera amanecer. En el poblado se podía oír cómo las forjas empezaban temprano a golpear los hierros candentes que pronto serían agudas lanzas. Todo hombre noble encargaba a los herreros buenas y variadas armas y había quienes también encargaban espadas.

Los heraldos de Ahhor salieron al galope con monturas de repuesto; llevaban la palabra de su señor a cuevas, con órdenes de reunir mesnaderos y todo aquel que quisiera luchar por la promesa del saqueo y quizás alguna porción de tierra. También tenían la orden de encontrar a Brunnar *Hammar* porque era quien mandaba sobre los *Escudos rojos*, hombres de reconocido valor, convencidos de que la muerte de manera épica permitía la ascensión del espíritu. Estos impredecibles varones luchaban porque solo la muerte en violenta refriega les era honorable de lo contrario seguirían reencarnando. Vagaban por las tribus: iban de una a otra como los malos espíritus dejando zozobra en los senos maternos; se movían para hacer la guerra o para hacer rituales y rendir honores a los muertos; eran reacios a ser mandados, pero avezados en la lid y por ello eran siempre buscados.

Los emisarios del rey Ahhor pasaron días y noches reclutando lanzas. Fueron a la *Torre del cuervo*, un promontorio natural donde los primeros de entre todos llamaban a sus parientes para marchar a la guerra. Desde allí hicieron sonar el *carnix* para que todo aquel que pudiera cargar su frámea y su escudo partiera hacia las tierras del rey de los *hombres bravos*. Luego tomaron *El atajo de los muertos* y pasado un día y una noche no tardaron en encontrarse con los sacerdotes, los cuales, compartieron con los hombres de Ahhor algunos frutos secos y pan agrio en cálida fogata. Los mercenarios escucharon las propuestas del próximo señor con el que harían trato. Brunnar escuchó atentamente a los viajeros y luego, aprovechando que todos estaban allí presentes, les dijo a sus lugartenientes que fueran y trajeran a quinientos reales destrisimos con la lanza, luego se acercó de nuevo a los heraldos y sin dilación les habló.

—Escuchadme bien hijos del norte. A tu señor dile esto: iremos a su encuentro, cuando la luna esté en su cuarta menguante y no hablaremos de trato alguno que no incluya tierras y armas moldeadas con empeño de

herrero escogido. También dile que no soy votivo de ningún druida y que, si la intuición me indica alguna felonía, no dudaré en matarlo; pero que si el trato se materializa le juraré por mis ancestros y por este brazalete lealtad absoluta.

Al llegar el día acordado Ahhor recibió a los sacerdotes de Týr.

—Brunnar *Hammar*, realmente es grande tu fama y lamento profundamente la muerte de tan digno guerrero como lo fue Hurmmenato y es por eso que te he convocado. Hace mucho tiempo atrás tu tutor y yo fuimos grandes líderes y le tendí mi mano; a cambio me otorgó lo más sagrado que tenía, un juramento de servicio —Ahhor no parecía mentir y es que hablaba con hechos conocidos por Brunnar—. Tráeme el brazalete —ordenó a uno de sus lanceros que lo acompañaban. El guerrero acercó una pequeña caja de madera de la que sacó la mitad de una pulsera que terminaba en un acople hembra—. Hummenato te habrá explicado sobre ese juramento y que si él no podía cumplirlo lo haría su sangre.

Brunnar estaba revolucionado y aliviado a la vez, jamás pensó que iba a llegar el día que podría darle el digno final a quien todo le había dado, aunque fuese al servicio de tan impredecible hombre.

—Ahhor, todo esto ya conocía y esperaba el día que pudiera granjear este asunto.

—Bien, entonces al amanecer me acompañarás a entrevistarme con Ovrod.

A Brunnar le habían enseñado a sentirse orgulloso de su procedencia y a ser arrogante con quienes lo menospreciaban; no conocía la cobardía porque mayor terror le provocaba el morir en huida. Los cobardes no iban a ningún lado realmente y terminaban morando en los pantanos esperando la oportunidad de redimirse. Por ello siempre batallaban, en la guerra encontraban la ventura merecida y no la concedida. Debían enaltecerse en victorias para granjearse la fama y ser seguidos por los hombres, de esa forma los dioses los elijarían de entre los mejores.

Ahhor había convocado a un ágora en una zona neutral para reunirse con los enemigos y conseguir aquel valioso tiempo. Llegaron en sus carros junto con veinte monturas de su guardia escogida, hombres leales con mallas metálicas, torques de oro, yelmos, espadas largas y grandes escudos pintados. Ahhor nunca portaba protección alguna, tan solo iba con su collar de runas, el cabello suelto y todas sus armas a cuesta: jabalinas, lanza, dos espadas y dos puñales en su cinturón adornado con broches de oro, que a su vez sostenía los pantalones largos. La reunión se materializó en una zona muerta, lugar neutro, un pedazo de tierra que nadie nunca reclamaba y es donde esperarían a Ovrod. Su guardia selecta estaba impaciente, no les gustaba la incertidumbre, pero aquella tarde antes de la caída total del sol vieron la embajada de Ovrod que venía ataviado de adornos de muchos metales en todo su cuerpo y rodeado de veinte reales y diez monturas vacías. Ovrod portaba en su carro cráneos, algunos blanqueados y otros que todavía estaban frescos.

La guardia esperaba afuera mientras los caudillos se entretenían con sus demandas. Ovrod era el quinto de siete vástagos. Era quien había ganado la cabeza de la tribu a fuerza de violencia y artimañas. Tenía los ojos

negros como los cuervos, mirada fría, el pelo recogido e iba protegido con su malla, su escudo y todas sus armas encima.

—Ovrod sabes quién soy y por qué vengo. Seré breve: mis caudillos están inquietos con tu alianza. Los clanes de Ariovisto no dejan de ingresar. Si la paz debe reinar, tendrás que dejarme durante el invierno el futuro heredero de cada familia noble, de cada clan como garantía de esa paz, y yo a cambio no daré venía a mis reales de levantar las armas contra ti.

—Ahhor, no sé si lo notaste, pero vine con más caballos que hombres, pues convencido estaba de que tendrías a tus parientes, o a tu hijo para dármelos como acuerdo de sosiego— Ahhor montó en cólera. Jamás se le cruzó por la mente darle a su Correo como rehén, ni a otro de sus deudos—. Ovrod, mi hijo está allí afuera en efecto. Pero al contrario de lo que crees, está esperando que este acuerdo no sea más que una declaración de guerra para así poder marchar.

—Rey Ahhor, te ofrezco una invitación a mi gran salón para que me jures lealtad y así mantendrás tu regencia. En cambio, si reniegas de magnánima propuesta, te echaré a mis lobos de sal y sangre.

—Juraré sí, pero no a ti, sino a los dioses y les juraré que tu cabeza se pudrirá en una pica, desgraciado hijo de porquero— Ahhor había perdido los estribos y su cuello se vio inflamado por la tensión de la sangre acumulada.

—Entonces será una buena muerte y una gran batalla, no solo porque tengo necesidad de tierras donde sembrar sino porque les prometí a mis inquietos vecinos caballos y sirvientes.

Ahhor abrió los ojos y cambio su actitud, como si agua helada le hubiese caído directo sobre su espalda.

—¿Vecinos? ¡¿Chattis?! Maldito seas tú y tu descendencia. Hace más de tres inviernos que venimos luchando contra las gentes del Rin para que no pisen con sus sucios pies lo que nos queda de tierra y tú los invitas. ¿Acaso no te bastó con ver como Ariovisto abusa de las aldeas de este lado? ¿O es que tus ojos solo sirven para ver tus ambiciones y no las consecuencias?

Ovrod se levantó despacio, pero sin perder mirada a los ojos hundidos de Ahhor.

—Ahhor, mi guerra será implacable y arrasará tus tierras como la plaga a la cosecha. O me juras lealtad o repartiré tus bienes y a tus hijos entre los vencedores como el campesino reparte semillas al viento.

Los dos líderes a punto estuvieron de hacer derramar sangre en un duelo, pero mantuvieron el temple en sus encendidos corazones y sin decirse nada más cada uno salió hacia donde su guardia escogida lo esperaba.

Ahhor subió a su carro y llamó a Brunnar y sin alzar la voz le habló:

—Marcha ahora mismo hacia *Las hermanas*, estoy seguro de que esos atrevidos Catos cruzarán el Rin con ayuda de los Aduaticos, son sus aliados; allí los detendrás. Hostígalos y ablanda su moral, pero no los subestimes, son muchedumbre furiosa y difícil de matar.

El rey marchó junto a su gente dejando gran carga sobre los hombros del contratado.

Brunnar mandó a sus sacerdotes a buscar mesnaderos con promesa de abundancia de todo aquello que valiera algo.

—Visiten a cada clan que nos debe promesas y traigan cien veces cuatro en hombres —los sacerdotes escuchaban atentos lo que debían hacer—. Los guerreros deben ser los más altos, hijos de nobles y que aún no hayan desperdigado su *semilla de vida* en ninguna mujer.

Las distintas aldeas fueron visitadas por los cinco guerreros de Týr para exigir lo convenido en su momento. Cada jefe de clan temeroso de la leyenda del “*Hijo del trueno*” entregó lanzas bien provistas y muy capaces.

Al pasar seis lunas cuatrocientos hombres respondieron al llamado y acudieron a las filas del servicio. Brunnar, entonces, se puso en marcha hacia *Las Hermanas*, unas colinas que dejaban un pasillo natural; allí esperarían la columna del enemigo.

El tiempo apremiaba y no sobraba, la distancia hasta las colinas aquellas era mucha, pero no podían pasar por las tribus así sin más, debían detenerse y pedir la venia al señor de cada aldea por la que pasarían y debían llegar antes que los mercenarios Chatti.

Viajaron de manera rápida, pero con gran impedimento a cuestras: los carros de bagaje iban en medio, pero al llegar a aquel territorio de gran oscuridad y de bosques cerrados tuvieron que tomar un camino alternativo por donde pudieran moverse con menos dificultad y aunque se les había asignado una custodia de cien lanzas de las más experimentadas, eso no evitaba que se sembrara el descontento en el temple de los demás guerreros al dejar a sus familias y logística a la buena de los dioses.

El resto de la columna se adentró al territorio de los Nervii, tribu muy famosa por sus hazañas en guerras de muchos lados. Sus guerreros, soberbios y prepotentes eran bien conocidos por no flaquear ante la inminente desgracia y como lanzas de la fortuna eran nombrados en muchos de los cantos y prosas. Así era aquella tribu que habitaba una tierra donde el valiente y el ambicioso eran los únicos que sobrevivían. Su rey Buduognato era un mandatario que gustaba de recibir visitas, no tanto por ser buen anfitrión sino porque a todos alardeaba de que su pueblo era el más grande y el más fuerte jamás vencido ni en guerra ni en duelo.

Los *Escudos rojos* y su tropa se filtraban entre los árboles y pantanos como delgadas e interminables serpientes. Realmente aquellos lares eran el Hades en la tierra. Sus lagunas podridas emanaban una neblina nauseabunda y sus árboles, tan altos como diez hombres, no dejaban que ninguna luz se filtrase. Los lanceros podían sentir cómo los espíritus los observaban y si todavía no habían huido es porque no había camino de vuelta. ¡Ay de aquellos que dudaran en seguir con desgraciada empresa! No se detuvieron y de entre los parajes más cerrados de aquel infierno brotaron flechas de un lado y otro. Las monturas y los hombres instintivamente levantaron los escudos y esta reacción a varios los salvó de morir allí mismo. La confusión enseguida reinó, otra oleada de saetas cayó y esta vez con mayor precisión de forma tal que hirió y mató a varios. Los gritos y la duda penetraron en la moral de muchos. Brunnar tomó la iniciativa y enseguida dio órdenes:

—Nadie se mueva, todos quietos con los escudos arriba, prepárense para la embestida.

Siempre en toda emboscada había un apaciguamiento y luego, el ataque brutal y violento que desmembraría la formación enemiga. Pero el ataque nunca llegó. Los guerreros estaban listos, miraban con cuidado por encima de sus escudos, estaban bien amontonados en una formación firme y solo dejaron las puntas de sus frámeas a disposición del enemigo.

Los portaestandartes levantaron los blasones para dejar ver que no eran los típicos hombres del oeste que siempre andaban en tropelías en tierra ajena. Al tiempo se escucharon unos silbidos y murmullos desde la espesura del bosque y desde allí aparecieron dos lanceros a pie que iban acompañados de grandes perros y con poca ropa, pero eso no los hacía menos que ningún otro hombre. Portaban largos escudos y pesadas lanzas, eran de una gran altura y de aspecto fiero; un tercer guerrero apareció con un torque plateado en su cuello, barba canosa y llevaba larga espada, semi desenvainada en su cintura.

—Sean bienvenidos a la tierra de los “Únicos” —el arrogante adalid dejó un espacio para que todos sus interlocutores pudieran entender lo que decía— Mi nombre es Durogiratum, soy señor de quinientas lanzas y gobierno dos veces ese número sobre labriegos y artesanos. Sepan perdonar este recibimiento pues nuestras tierras son deseadas por muchos otros. Aquí no necesitarán sus armas ni sus monturas, mas no desconfíen de turbulenta petición, aborrecemos matar hombres desarmados y más aún a traición.

Brunnar le extendió su mano derecha en muestra de que no llevaba intención de levantar armas ni de exigir tributo.

—Somos hombres que van de paso, cumplimos con el servicio a un rey que ustedes no conocen, los que andamos montados somos sacerdotes de Týr, los primeros de entre los diez veces consagrados —dijo Brunnar con un gútnico tosco.

Se produjo un silencio incómodo.

Se miraron todos.

—Esta gente no entiende ni su propia lengua —señaló Mundebor casi en burla.

—¿Un rey que no conocemos? ¡Imposible! ¡Si existe un rey que no conocemos es porque todavía no lo hemos vencido y eso aún no ha ocurrido! — otro silencio más prologando y todavía más espeso invadió el ambiente. Hasta que el atrevido aquel estalló en una corta y profunda risa —y hablamos tanto la lengua de tus padres como la del Rin. Si me siguen les presentaré a nuestro rey y ese sí que es conocido. Todos fueron guiados hasta un claro, lejos de las fauces de la amalgama de peligros que escondía los pantanos, allí pudieron retomar su formación y algunos jinetes fueron en busca de los pertrechos que andarían más atrás, pero por otro camino.

Los forasteros empezaron a notar cómo cambiaba la tierra aquella, se hacía más negra y más verde a medida que avanzaban, pero el aristócrata Nervio se giró y se detuvo en seco.

—A ustedes, los sacerdotes, no le negaremos cobijo, pero distinto es el caso con su tropa. Ellos deberán esperar en los campos porque son gente que siempre anda toda inquieta y así como el oso altera a las abejas a nosotros nos desagradan las correrías que no sean propias —Brunnar ordenó a Hermman que indicara a los hombres que dejaran las espadas en vaina, la lujuria para el enemigo y que se asentaran en los campos que aún no habían sido sembrados.

A medida que avanzaban entre las interminables tierras de siembra, también podían ver la gran aldea: entre todas las casas de adobe se levantaba la casona del señor de todos aquellos. Enorme y prepotente era la estructura que como una forma de intimidar a cualquiera que por esos lares anduviese, diferenciando a los comunes de los que merecían habitarla. Dentro estaba Buduognato reunido con su Vate y el Bardo quienes, con mucho detalle, examinaban mujeres jóvenes. El rey, imponente y arrogante, posaba sobre su silla forjada de huesos pulidos y roble y observaba cómo los sacerdotes escrutaban a toda mujer que se les acercara. Las jóvenes estaban todas desnudas y eran más de diez, muy altas, blancas, de anchísimas caderas y rostro que no llevaba miedo, más orgullo y ansiedad traían.

Eran seleccionadas entre las más pudientes y saludables porque si los sacerdotes la elegían una de ellas sería la que tendría al niño en el que el rey reencarnaría en su próxima vida.

—He aquí la que engendrará tu próxima reencarnación —el Vate levantó la mano de la emocionada mujer, una hermosa hija de una familia de once vástagos—. Es fuerte y veo en sus ojos la luz de las llamas que iluminan a los benditos.

Buduognato se levantó despacio y mientras la rodeaba, también la miraba no con deseo sino como aquel criador que elige un semental. El rey le apretó los senos, sus muslos y olió su boca. La jovencita aquella era más delgada que las demás y traía largas trenzas pelirrojas. Sus nalgas blancas, pechos medianos y abdomen prominente no dejaban dudas de que daría hijos fuertes y puros, valientes guerreros que no nacen con el miedo innato.

—Que así sea entonces, mis vástagos transitarán la tierra, conquistarán a quien vean y no temerán a quienes no puedan ver —Buduognato arengaba a todos en el salón levantando los brazos y todos allí bramaron en festejo.

El bardo de la tribu se puso en medio, miró a todos directo a los ojos y exclamó:

—He visitado tierras extrañas donde el agua clara se convirtió en amarillenta tierra y otras donde el sol y la lluvia convivían al mismo tiempo, pero donde mi alma quedó encantada fue en una tierra donde su gente era tan rica que usaban aceite para limpiarse y donde luchaban tanto contra iguales como contra bestias, mitad hombres mitad caballos que lanzaban flechas y coleccionaban cueros cabelludos. En estos lugares todos iban y venían, sin embargo, de libertad ninguno hablaba porque había muchedumbre de reyes y todos inquietos, a morir siempre dispuestos estaban y siempre en guerra contra quien pudiesen se

encontraban — el sacerdote miró en rededor y al ver que todos escuchaban en silencio siguió —Y es que si esa gente no sometía las sometían y eso es cosa que una tribu con hijos tan grandes y fuertes no podía permitir, pero si ese fuese el caso, todos aquellos que se sabían vencidos tomaban sus cuchillos y así como los hijos y sus madres también ellos pasaban por su filo —el bardo movía los brazos y con su cuerpo hacia movimientos casi como si de una danza se tratara —. Aquella tierra se llamaba "Hellas" y de entre todos los pueblos que en ella habitaban se encontraba uno que se destacaba por ser de todos el mas valiente: Spartanere se hacian llamar —el sacerdote cambiaba los tonos de voz y así les daba el clima adecuado a sus relatos—. Gozaban de tal fama que ni muros ni ardides necesitaban. Sus plobadores eran todos atrevidos y sus mujeres costumbre tenían de copular con dioses y así guerreros de tamaña osadía engendraban. Y no es que presuma de charlatán, mas puedo afirmar, mi rey, que este pueblo tan aguerrido fue vencido —. Todos los que oían la historia abrieron los ojos, pues curiosidad les causaba saber cómo es que una raza tan fuerte podía ser derrotada; el silencio reinó dando paso con prontitud al relato— Era un tiempo de conquistas y así como el sol conquista la noche en el horizonte se asomaba un reino tan grande y tan numeroso que si sus hombres hubieran talado un árbol cada uno solo de llanuras estaría cubierta la tierra. Esta gente era mandada por un rey que no conocia de límites ni de acuerdos, era ambicioso y más aun poderoso. Por ello avanzaron por todo el mundo y donde pisaban conquistaban y donde no lo hacían solo muerte quedaba. Hasta que llegaron a la tierra de los guerreros jamás vencidos y es que el rey de estos solo necesitó a trescientos hombres para partir al encuentro de infame enemigo —el rey se sintio atraído por tales locuras que decía aquel orador.

—¿Trecientas lanzas solo acompañaron a su señor? —intervino el rey.

— Sí, solo trescientas y como estaban seguros de que su sangre era azul como la de los gigantes, pelearían de frente como lo hacen los que portan la sangre divina y, por eso, se plantaron en una cavidad natural donde el brillo de sus escudos y sus lanzas punteagudas sería lo único que verían. Y allí esperaron hasta que el enemigo se presentó; a su paso la tierra temblaba y las mujeres se preñaban. Pero los lanceros miedo no demostraban y abatieron a cada uno del ejército rival, una y otra vez enviaron bestias contra ellos y lluvia de saetas, pero nada los hacia flaquear, realmente las dediades los poseian y fueron vencidos solo por la traicion de un indeseable— el relato terminó y las miradas fueron hacia abajo como si de ceremonia de despedida a los que mueren de forma digna se tratara.

—Pero cuentanos vardo, ¿qué pasó con el rey de todos aquellos dignos?— Buduognato estaba más que interesado en saber cómo había terminado semejante campaña.

—Murió, rey. Su vida junto a sus hombres ahí mismo entregó; su fama aún más se acrecentó y hasta los oídos de los extremos más alejados de este mundo llegó.

—Excelente final realmente. Un pueblo valiente no puede terminar de otra manera. Ahora vamos a conocer a los recién llegados.

Buduognato pesadamente se irguió de su silla y con paso tranquilo se acercó al jefe de su guardia escogida.

—Rey, estos son sacerdotes de Týr, *escudos rojos* se hacen llamar.

—Escudos rojos, ¿por qué? de rojo no tienen nada— preguntó el rey de los Nervii casi con sorna.

—Porque llegado el momento siempre terminan cubiertos de sangre—

Brunnar respondió mirando con ojos desafiantes al Nervii.

Todos en silencio quedaron ante inesperada reacción.

Buduognato se rio a carcajadas y apoyando una mano en el hombro de Brunnar le dijo:

—Eres atrevido sacerdote. Mi padre decía: “No hay nada más arriesgado que navegar, ni nada más peligroso que un hombre sin miedo”. Aun así, nos honran con su visita y por ello se sentarán en “*La mesa de los dignos*”.

La mesa aquella era un extenso tablón grueso y pesado de roble, tallado con entusiasmo y adornado con figuras de animales en cada ángulo. En la mesa se sirvió un hermoso ciervo asado, adobado con salsas de las tierras del sur y cocinado con el fermento de la cebada. Para acompañar a las carnes había infinidad de frutos y pan sin sal.

Realmente todo aquello era una mera demostración de poder y arrogancia pues los que se sentaban alrededor de aquel tablón eran los más ricos u hombres y mujeres que habían demostrado valía en reyerta o guerra tribal.

—Sepan astutos viajeros que aquí sentados se encuentran guerreros y escuderos que demostraron gran coraje ante la muerte y no sintieron miedo ni tristeza al luchar —así presentó a su pueblo el ayudante del rey, un hombre bajito, de mirada triste y con miembros delgados.

El resto de los que asistían al salón eran los comunes, aquellos que todavía no habían tenido la oportunidad de demostrar ser verdaderos miembros de la tribu más poderosa del norte. Para ellos había pan con semillas, quesos varios y embutidos. Todos comían y discutían y también estaban atentos a lo que ocurría en la gloriosa mesa aquella.

Los hombres y mujeres devoraban y gritaban. Había de los que mostraban sus cicatrices y competían por la más horrible.

—Vean lo que un oso joven de las montañas puede hacer —Atrinxero, un caudillo gordo y de rostro redondo y rosado, se levantó la malla metálica para mostrar la horrible herida que le surcaba desde la axila derecha hasta la cintura.

—Mientras tú te batías con animales yo me dejaba el cuero contra los Eburones — Gania, una hija de los Arvernos, casada con un noble Nervii, dejando caer parte de sus vestidos exponía una herida de lanza en su seno izquierdo el cual fue prácticamente arrancado por la brutalidad de la estocada. Todos los que vieron aquella escena quedaron en silencio, sobrevivir a eso era bendición de los dioses.

Entre bravuconadas y amenazas se presentó otro guerrero.

—Yo no necesito mostrar nada pues no hay caudillo que no sepa sobre mi lanza ni adversario de mis fintas —Tuguorixus, un alto y ancho guerrero, ojos saltones y enorme mandíbula, de músculos fibrosos que atestiguaban las miradas curiosas. Habló levantándose de su silla de manera insolente y haciendo que todos giraran sus cabezas hacia él—. Y sé quién eres tú sacerdote, te dicen *Hammar*, todo aquel que pasa por aquí sabe tu historia: “*El hijo del trueno que vence tirándose pedos atronadores*”. El guerrero estalló en risas, pero no así el resto de los presentes que miraron todos hacia Brunnar esperando que este se levantara desenvainando sus armas.

—No vinimos a eso —dijo Brikenseco que sostuvo el hombro de Brunnar cuando este intentaba despegar sacando la única arma que se le había permitido portar, su puñal.

—No creo que esa sea la manera de tratar a mis invitados Tuguorixus, será mejor que te disculpes —increpó seriamente Buduognato a aquel inescrupuloso combatiente.

Tuguorixus no alcanzó a decir nada que otro lancero se despegó de su lugar y lo interrumpió.

—Siempre este perro sarnoso creyéndose el más fuerte de todos y no se da cuenta de que tanto él como el resto de nosotros estamos sentados en esta mesa por haber demostrado honor donde los demás huyeron —dijo con gran osadía Gravuteracus, un noble de avanzada edad, muy alto y delgado, pero de manos enormes y cabello muy blanco, con una voz muy raspada—. Eres un cuervo que se come los ojos de los bueyes y si es que mereces estar sentado aquí saca tu espada y veamos quién es más diestro con los filos.

En aquellos lares si en los banquetes no había un duelo, pues entonces el encuentro no estaba completo. Los dos indignados se ubicaron en el centro del salón y con vítores de los demás espectadores se posicionaron; el rey que siempre esperaba ansioso una buena reyerta, se ubicó en su sillar desde el cual podía ver y arbitrar los duelos de la manera más pareja posible.

Tuguorixus eligió un escudo ovalado y una espada larga de doble filo. En cambio, Gravuteracus tomó un hacha de mango largo y cabeza ancha que era predilecta de los guerreros de las costas del extremo norte.

Los dos al oír la venia de su señor se abalanzaron el uno sobre otro. El hacha de Gravuteracus golpeó con fuerza el escudo de su oponente y este conociendo el funcionamiento de dicha arma sostuvo los golpes con destreza para luego correrse y al mismo tiempo desviar los envites hacia su derecha y aprovechando que el impulso hizo que el portador de la temible arma quedara unos segundos desconcertados, golpeó su espada, aunque sin mucho impulso, pero el suficiente como para abrir un corto y profundo tajo en la espalda baja de Gravuteracus. No era grave, pero la sangre brotaba. El herido se percató de aquel líquido cálido que se le escapaba por un costado y entonces montó en cólera, los ojos se les salieron aún más y alzando su hacha la arrojó y cayó con gran brutalidad sobre un Tuguorixus sorprendido al ver cómo su oponente reactivaba su vitalidad sangrando por formidable herida. El escudo no soportó el golpe y

fue partido casi a la mitad, Gravuteracus emitiendo gritos de euforia siguió su ataque sin poder encontrar un error en los ágiles movimientos de su enemigo. Los dos estaban muy agitados y el sudor les impregnaba todo el cuerpo. Gravuteracus perseguía a su víctima por todo el gran salón hasta que de súbito salieron fuera de él y se encontraron con lluvia y lodo que hacía inestable el equilibrio. Tuguorixus cayó al suelo mojado y apenas con suerte detuvo un golpe del hacha enemiga, pero el enviste fue tan duro que dobló la hoja de su espada casi partiéndola. Se puso de pie y ahora solo tenía sus manos para terminar aquel duelo. Su agresor era hombre de gran honor y soltó su arma y entonces se vieron en un intercambio de golpes de puño que terminó con los dos revolcándose en el barro.

El rey, que todo lo estaba viendo, se abrió paso entre todos los curiosos y los que disfrutaban de aquella refriega.

—¡Ya basta! Obviamente no habrá un claro vencedor y las deudas se han resuelto— dijo y zanjó el asunto.

La noche siguió con cantos donde se contaban historias de glorias pasadas y de cómo es que aquella tribu llevaba sangre de los pueblos del Rin, cosa que hinchaba de orgullo los corazones de todos allí.

Brunnar y sus hombres miraban con discreción los movimientos de aquel pueblo pues no eran de fiar y quizás esa noche no podrían dormir puesto que no faltaría algún intento de traición por parte de rey envidioso ante la fama ajena.

Pero más allá de las preocupaciones, el día se presentó sin contratiempos y los sacerdotes de Týr pidieron entrevistarse con Buduognato. No podían seguir perdiendo tiempo, aún quedaba un largo camino que recorrer.

Los sacerdotes expusieron su causa con respeto y dignidad y el rey de los Nervios escuchó con atención.

—Dime algo, *lanzatraste* —Buduognato usó aquel título de forma despectiva y aunque el ser un hombre sin señor era motivo de orgullo, decirlo de aquella forma era usarlo como casi una ofensa. Si los dioses te favorecen y señor no tienes ¿qué causa tu apremio a seguir una campaña de otro?

—Con la paz prosperan los campos, pero los dioses pasan hambre

—respondió Brunnar evitando decir el verdadero motivo de su servicio.

Pero el rey era curioso gustaba de conversar con personas que no temían decir lo que pensaban.

—Siempre pensé que, si nuestras deidades amaran la paz, no nos hubiesen hecho tan fuertes ni grandes, ni tampoco furiosos —Buduognato se acercó a los sacerdotes— ¿Por ello es que ustedes andan en toda refriega sin problema para medirse con justos ni injustos?

—No rey. Nosotros no somos meros mesnaderos, somos hombres de la orden de Týr y debemos luchar contra quien tenga el digno honor de hacernos frente —hizo una pausa buscando comprensión en el señor de aquella tierra—¿Dónde está el liderazgo del jabalí que se esconde detrás de la hembra? ¿O dónde está la fuerza del oso que mata las abejas, pero cuando debe defender su suelo de los lobos se amilana?

Su interlocutor lo miraba con interés y con envidia y hasta ofendido se sintió por la aparente sabiduría que presentaba aquel hombre sin señor. —Entonces bien visto será que unos hombres de tanta grandeza nos acompañen a la campaña que nos depara —el rey anuncio aquello levantándose de golpe y sin dejar lugar a ninguna réplica dio órdenes de alistar a las lanzas—. Proclamo que todo hombre que quiera sentarse en mi mesa acuda a mi llamado y demuestre coraje ante los adversarios. Los heraldos salieron sin perder tiempo y en sus monturas viajaron a toda aldea que tributo le debía.

—¿Campaña? No estamos aquí para pelear para este soberbio pedazo de mierda — hablo Ardinimio indignado al oído de Brunnar.

—Buduognato, no vinimos para servir a sus intereses personales —nadie llamaba al rey por su nombre—, estamos aquí porque deseamos pasar por estas tierras y hubiese sido una falta grave no pedir permiso.

—Sacerdote, irás conmigo o cada lugar de este maldito mundo sabrá que te rehusaste a marchar en contra de *los marcados*.

Brunnar sabía que su deber no solo era la devoción a las deidades sino también acabar con toda aquella resistencia por parte de *los marcados*, hombres y mujeres que no creían en dioses y que era tan grande su arrogancia que pregonaban ideas y teorías de que todos los hombres llevan una parte divina. Ahora se veía acorralado: si decidía no luchar pondría en duda su juramento a la orden, pero si lo hacía, quizás perdiera hombres y tiempo.

Había muchas preguntas, pero solo una elección posible.

—Buduognato, soy un *lanzatraste* y por sobre todo un sacerdote. No tienes decisión sobre mí —Brunnar se acercó al rey y puso su lanza sobre su corazón—, pero la campaña que mencionas es de interés para nosotros. Mi orden me obliga a llevar la guerra a los que niegan a nuestros dioses o hacia aquellos que blasfeman afirmando que lo son.

—Jamás dudé de tu lealtad a las divinidades y debes saber que he enviado a muchos guerreros, pero por más astutos que fueran, al oír a estos —el rey movía la mano en círculos buscando un título para aquellos indeseables— lenguas venenosas quedan hechizados y no vuelven. Pero, todavía lo que no he probado es enviar a tan valiosa partida de magos para acallarlos.

Brunnar sentía que algo no estaba bien y la duda le picaba la intuición.

—Iremos y traeremos la cabeza del caudillo de todos aquellos y entonces nos darás paso y cuando volvamos de la campaña también nos dejarás en paz.

—Te doy mi palabra y juro por mi sangre que no serás molestado ni a la ida ni a la vuelta —Buduognato sonaba sincero, pero aun así no podía bajar la guardia—. Solo una cosa más te pediré sacerdote. Aunque yo no pueda ir, representándome los acompañaré mis *ojos y oídos* —y por detrás del rey se asomó aquel anunciador de apariencia inútil y soberbia—. El será quien atestiguará del cumplimiento de tu obligación. Brunnar no dijo nada y casi con descortesía se retiró del salón del rey. Los *escudos rojos* se reunieron y juntos fueron a buscar a sus guerreros

que más que felices estaban de poder corretear algunas mujeres y de obtener algún que otro beneficio en futuro saqueo.

El rey y su pueblo observaba como la columna de lanceros se perdía entre sus tierras con dirección a las llanuras de las gentes aquellas.

El camino fue más corto de lo esperado pues los guías de Buduognato conocían los atajos y recorrieron estos territorios sin problemas. Las tierras de *los marcados* era un suelo húmedo y cubierto por la hierba tan verde como los ojos podían entender. Las casas estaban esparcidas por todos lados, ubicadas de cualquier forma con corrales y bestias de arado sueltas casi sin domesticar. Aquel pueblo no se resguardaba tras muralla alguna y tampoco había lanzas que alertaran del cuantioso ejército aquel que se presentaba a cien pasos de distancia.

Brunnar dividió las fuerzas y mandó a Mundebor a que ingresara por el este con doscientas lanzas, mientras que el resto se harían ver entrando con gran alboroto, cantando y golpeando los escudos.

Pero el gran gentío que se asomaba no causó ningún efecto sobre los pueblerinos marginados que allí se asentaban. Brunnar cuando se vio ya dentro de lo que parecía ser el centro de la aldea mandó a detener la marcha y enseguida se acercó *ojos y oídos* con la intención de cuestionar el retraso de la avanzada.

—¿Qué esperamos? Aplastemos a estos blasfemos. Recuerda que me debes obediencia, sacerdote —el rechoncho segundo del rey bajó de su montura al ver que el señor de los escudos rojos ni siquiera osaba en mirarlo—. Sacerdote, debemos cumplir con lo que mi señor ha ordenado. Míralos, están ahí desafiantes sin temor a la muerte que nosotros le traemos —. Brunnar lo apartó de delante suyo conteniendo las ganas de que el infeliz aquel tragara lodo.

—No me gusta la tranquilidad con la que nos recibieron; podría ser una emboscada.

—Nada de eso sacerdote. No se inmutan porque son un montón de víboras arrogantes, mátalos, ordena a tus hombres que los maten a todos. No dudes o es que eres un cobarde.

Brunnar clavó sus ojos en el sujeto aquel y lo tomó del cuello cerrando las garras sobre su tráquea.

—Nunca jamás vuelvas a tratarme de cobarde, maldito seas insecto, aplastaría tu cabeza con uno solo de mis pies. No mereces marchar con nosotros. Mientras *ojos y oídos* recuperaba el aliento en el suelo, Brunnar observaba los movimientos del "enemigo". Los aldeanos sin entrar en pánico se reunieron en el centro y desde ahí observaban como más de doscientos guerreros dudaban de lo que debían hacer, pero uno de los pobladores al ver la tropa de Mundebor que se acercaba para rodearlos, montó en cólera y no soportó la idea de morir como una oveja, entonces fue a su casa y de ella volvió con su escudo, una lanza y un yelmo y sin más vestimenta que unos mugrientos pantalones empezó a agitar sus armas con pasión y al ver que la tropa dudaba, tomó su lanza y se la arrojó a Brunnar, pero el tiro quedó corto y se clavó en la pierna de otro guerrero que con aullidos de dolor se desmoronó en el suelo.

Los demás hombres que sin poder creer el atrevimiento de aquel lancero no soportaron más la espera y la quietud los abandonó dejando las posibles órdenes en el estómago de Brunnar.

—¡Mátenlos! ¡Vamos mátenlos a todos, no dejen a ninguno vivo!

—exclamaba con fervor *ojos y oídos*.

La carnicería que se desplegó en aquellas tierras malditas estaba “justificada”. Eran impíos, demonios con lenguas de serpientes y debían ser ajusticiados. Aquel día nada quedó sin ser asesinado y hasta las bestias del arado fueron degolladas. Pronto la sangre burbujeante y carmesí empantanó la tierra.

Ojos y oídos aprovechando el caos que afuera se llevaba a cabo, tomó a una niña, la llevó a una de las chozas y se disponía a violarla violentamente cuando fue interrumpido por Brunnar y Ardinimio.

—¿Qué haces? Acaso no sabes que no puedes copular con estas gentes malditas. ¡Abandona tu propósito!

—Déjame hacer lo que quiera. Este insecto me pertenece y la penetraré hasta matarla —el obeso consejero real tenía a la huérfana tomada del cuello, con el vestido desgarrado y con su lengua saboreaba la piel de su inocente presa.

—¡Que la dejes te digo! —Brunnar sujetó del cuello a su contraparte y tirándolo al suelo provocó que aquel desgraciado se diera un terrible golpe.

—Ahora si estás muerto sacerdote. Iré y le diré a mi rey que proteges a los *marcados* y que gustas de hacerte penetrar por un burro —*ojos y oídos* estalló en risas dejando ver sus dientes podridos.

Brunnar miró a Ardinimio y luego clavó los ojos en el ayudante real.

—No dirás nada porque no tendrás cómo.

Ardinimio sacó su daga y la puso al fuego de la hoguera, mientras sujetaba a su víctima por el cuello con tal fuerza que le era imposible casi respirar.

Una vez que el cuchillo hubo estado casi anaranjado lo sacó de las brasas y con la otra mano alcanzó la lengua de su víctima; hasta donde pudo y sin mucha dificultad cercenó la carne. *Ojos y oídos* intentó gritar, pero solo salió un fuerte chillido, desgarrador y lleno de terror.

—Calla maldito escarabajo, ten al menos un poco de dignidad.

Ardinimio al ver los ojos inflados de su víctima y cómo los fluidos y las heces se le escapaban del cuerpo, no pudo evitar sentir un remolino de placer y una mueca de sonrisa se asomó en su rostro.

El infeliz salió de la casa desorientado, con la visión borrosa por las lágrimas y con las dos manos aguantando la sangre que salía del resto de lengua cauterizada; detrás de él la pequeña niña corrió y buscó refugio en algún bosque cercano. Los hombres que ya descansaban después de una buena y enérgica matanza y saqueo, rieron a carcajadas cuando vieron al ayudante real herido por una frágil muchachita.

Los sacerdotes de Týr recorrían el pueblo asegurándose de que todos los malditos estuviesen muertos, pero no pudieron evitar sorprenderse al verlos sin heridas en las espaldas, como si hubiesen estado esperando

este momento. Se habían entregado a su funesto destino sin temor alguno.

El caudillo de todos aquellos permanecía encerrado en una jaula cual animal salvaje, listo para ser llevado ante Buduognato. Brunnar al darse cuenta de su presencia se acercó más por curiosidad que por otra cosa.

—Brunnar, el sacerdote de Týr. Escudos rojos —hablaba sin mirar y con cierto tono de desprecio.

—¿Cómo sabes quién soy? —Brunnar estaba intrigado. El ataque había sido con el mayor de los sigilos.

—Sabía que vendrían —el prisionero lo miró—; sé que tu no deseaste esto, pero aquí estás y lo que ocurrió es lo que necesitábamos.

—¿Por qué no huyeron? ¿Qué tiene de valeroso hacerse matar así?

—Soy *Drak-Muccro*, líder de todos los que ya muertos se encuentran y nosotros no huimos de nada, porque estábamos esperándolos. Quizás todavía dudas de lo que digo porque viste como Griddor arremetió como cabra en celo —Drak hablaba mirando fijo a los ojos de Brunnar sin demostrar un ápice de miedo— Girddor hace muy poco tiempo había dejado su tribu y todavía le quedaban restos de ese deseo inútil de luchar.

—Cobardes —el sacerdote hizo una mueca de repulsión.

—¿Cobardes? —Drak se levantó de un salto dejándose llevar por los insultos del sacerdote— Nosotros somos quienes no temen morir porque el fin de nuestros cuerpos solo es el fin de esta prisión de carne y huesos. Sacerdote, tú me llamas cobarde, pero eres tú quien lucha porque temes morir. Te piensas libre y convencido de que las divinidades te esperan, pero, nadie te espera, Brunnar, porque eres tan solo un instrumento, una cosa que se descarta al no servir más —el sacerdote no estaba seguro de entender lo que decía Drak, pero por alguna razón no quería dejar de escucharlo—. ¿De verdad crees que somos especiales o que tú y yo somos distintos? Somos insignificantes, somos la creación de entidades egoístas y repulsivas.

—Ya escuché suficientes palabras vacías. Los dioses te juzgarán y habitarás donde te mereces.

—No habitaré en ningún lado porque estamos atrapados en un infinito recorrido de ida y de vuelta.

Brunnar sin entender nada de lo que aquel loco decía se alejó, pero sin reconocerle la valentía que en su corazón existía. Solo por eso se acercó a los hombres que lo custodiaban y los intimó:

—Yo no juré a su rey que este hombre iría vivo. Le juré su cabeza.

Los hombres se miraron y sin mucho que refutar sacaron a Drak de su jaula. Lo llevaron al centro del pueblo donde estaban los demás cuerpos acumulados, retorcidos y desmembrados. Brunnar le ordenó que apoyara su cabeza sobre la base de un tronco talado. Sacó su espada y con un golpe rápido y contundente separó la cabeza del cuerpo. La sangre se derramó con energía y el "vehículo", ya vacío, caía hacia un costado.

Brunnar le dedicó una última mirada de respeto y se disponía a levantar campamento e irse, pero entonces vio algo en la palma de Drak que le causó una presión en el pecho. El "marcado" llevaba un corte en su mano derecha de la misma longitud del que llevaba él. Volteó el cuerpo hacia

arriba y abrió la camisa y vio que en el pecho también llevaba otra profunda cicatriz. Brunnar había quedado sin palabras, "sacerdote", pensó y para confirmar sus sospechas descubrió el vientre del decapitado, allí también observó una profunda cicatriz y entonces se levantó e intentando disimular lo mejor que pudo su sorpresa caminó hasta los caballos ansiando entender qué sucedía realmente, pero lejos de poder procesar todo lo visto, entró en un remolino de pensamientos y preguntas. ¿Un sacerdote de Týr? ¿Un traidor? Pero en ese torbellino de incertidumbre recordó las palabras de Drak: "Luchas porque temes morir". Debía dejar atrás lo sucedido, aunque le hubiese gustado averiguar entre los demás sacerdotes quién era este Drak y por qué tenía las mismas marcas que los elegidos por el Dios manco, aunque podía ser peligroso para la moral de la tropa, ya que nada bueno florece de la semilla de la duda.

La columna de mercenarios atravesaba las tierras de los Nervii, sin más percance y hacia su destino se dirigían.

Brunnar iba sobre su montura intentando todavía descifrar todo lo que atrás dejaba, cuando vio a la niña que *ojos y oídos* había intentado violar, esta vez ya era un cuerpo sin vida, desgarrado hasta la muerte por un guerrero anónimo que se retiraba del lugar limpiándose la sangre de su miembro sin siquiera mirar atrás, como si del degüello de una gallina se hubiese tratado. La guerra.

Los sacerdotes y sus reales se adentraron hacia regiones que pertenecían ya a otras gentes: la tierra de los Matiacos que estaba organizada de manera similar a los catos, ya que venían de la misma sangre, pero con distintos ideales; por esa razón optaron por dividirse.

Los recién llegados fueron recibidos por los pastores que cuidaban el ganado y enseguida dos caballeros en sus monturas los interceptaron en la entrada del pueblo. Los caballeros iban vestidos con ropajes de varias tinturas, escudo y lanzas, también, marchaban acompañados de siervos que les hacían de hostigadores. Eran hombres importantes, guardias del caudillo seguramente.

—Te saludo viajero, veo que vienes acompañado —dijo uno de los enviados, estirando el cuello para ver mejor a la masa de guerreros que esperaban más alejados—, mi señor los recibirá con gusto.

Brunnar junto a los *escudos rojos* dejaron sus monturas en las cuadras del caudillo y fueron guiados por los dos guerreros Matiacos hacia el gran salón. Esta estancia era una casona el doble de grande que las de los pobladores. Era la única que estaba hecha con madera y piedras. En su interior poseía un gran brasero en el cual se reunían a su alrededor los parientes y los guerreros de confianza.

Los visitantes entraron y fueron presentados por los centinelas del caudillo que los habían recibido en la entrada.

—Mi señor, estos son hombres de los *escudos rojos*, su líder, Brunnar *Hammar*, dice que van hacia *Las hermanas*.

El caudillo estaba junto al bardo de la tribu quien lo aconsejaba siempre en temas diplomáticos. El señor de aquella gente se levantó sin quitar la vista de encima de los extranjeros y se acercó despacio. Era un hombre

mayor, alto de cuantiosa barba y cabello gris. Tenía una argolla de oro en la nariz y una malla metálica en la que colgaba torques de distintos metales. Trofeos.

—¿Escudos rojos? —el caudillo estaba tan cerca que miró curioso los ojos grises de Brunnar—¿Dónde está Hurmmenato? —preguntó.

—Murió, mi señor. Soy el hijo de su hermano —respondió Brunnar con voz tranquila, pero sin parsimonia.

—Muerto —repitió el caudillo moviendo la cabeza de arriba y abajo varias veces—. Yo soy Darmonio, hijo de Dragur, señor de todo esto que llegan a ver tus ojos —Darmonio se volvió a sentar—. Hurmmenato fue un gran guerrero y también mi amigo, esos hombres que te acompañan lucharon con nosotros cuando decidimos que debíamos dividirnos de los Chatti

—Darmonio frunció el ceño agudizando la vista—. Pero a ti no te vie entre ellos. Con esos ojos que tienes te hubiese recordado.

—Fui a mi antiguo hogar a enterrar, de manera digna, los huesos de mi madre— respondió Brunnar secamente.

—Bien —. Antes de que Darmonio pudiera decir nada más, el bardo le habló al oído—. Aquí mi bardo dice que eres el que convocó el trueno y mató cien hombres. Brunnar tensó los músculos. Podían pasar dos cosas: el caudillo le presentaba sus respetos o bien, lo asesinaba. Un hombre famoso podía ser peligroso para aquellos que podrían perder seguidores.

—Señor, soy un hombre común. ¿Por qué los dioses me darían semejante poder? — Brunnar buscó la respuesta más digna que se le ocurrió.

Desconocía los putos designios de las deidades como para entender sus ocurrencias.

—¡Oh! Sí. Los dioses y sus caprichos, para ellos no somos más que conejos en un corral —Darmonio intentó reír—. Bueno, sepan que son bienvenidos, aquí les daremos refugio y alimento y podrán descansar hasta mañana. Luego si desean podrán partir —las palabras del caudillo parecían sinceras.

Darmonio hizo que acompañaran a los visitantes hacia las distintas casas donde serían recibidos por los pobladores. Cuatrocientos hombres, cada uno alojado en una casa distinta. La gente del otro lado del Rin es siempre cordial y excelente anfitriona a la hora de alojar extranjeros, siempre y cuando estos lo pidieran.

Brunnar se hospedó en la casa de un pastor que trabajaba un latifundio para Darmonio. Brigo era su nombre y recibió al guerrero con entusiasmo.

—Mi señor mi casa es humilde, pero también será suya mientras viva aquí —en efecto la casa era de adobe y paja, dentro tenía un pequeño brasero, unos almacenes, un camastro matrimonial y algunos utensilios de madera—. Ya estoy a punto de sacar el estofado de conejo—. Brigo era un hombre joven, aunque su duro trabajo le hiciera aparentar más edad.

Brunnar se vio intrigado por la cama matrimonial —Pastor —, Brigo se giró enseguida dejando el caldo—¿tu mujer no se molestará con mi presencia?

El pastor evitó la vista de Brunnar y respondió con pesadez:

—La enterré junto a mis hijos hace un tiempo ya. Maldito invierno.

Así era la vida del labriego: dura, sin más que ofrecer que sus manos y su vida. Luchaba por vivir, pero su disputa no era solo contra su señor que

exigía la cosecha, también lo era contra el invierno que se llevaba a los más débiles, dejaba a los fuertes y a los huérfanos.

Brunnar se limitó a compartir el caldo de conejo. El crepitar de la leña en el fuego era lo único que interrumpía el silencio aquel.

—Mi señor... —Brigo parecía nervioso—, quisiera ser parte de sus lanzas. Aquí no me queda nada. Soy un hombre que en su juventud ha luchado, pero elegí dejar la guerra para trabajar la tierra—Brunnar había dejado de comer y lo miraba buscando en los gestos del campesino algún indicio de engaño—. Ahora no tengo motivo para morir de viejo con la espalda partida. Ahora quiero morir como murió mi padre y antes mi abuelo.

—Brigo, no soy tu señor y si te vas debiéndole a Darmonio, te buscará y te matará— dijo Brunnar apuntándole con su cuchara de madera.

—A Darmonio no le debo nada —habló con ademán de desprecio—. Todo lo cosechado lo tiene en sus graneros y si sigo aquí es porque no tenía motivos para marcharme. Ahora, ustedes aparecen como enviados por los dioses y no puedo dejar pasar esta oportunidad.

Al amanecer los guerreros se alistaron y prepararon sus monturas. En cada casa donde estaban bendiciones y un morral con queso de cabra y carne seca les fue obsequiado.

Brunnar se alistó con su malla de anillos metálicos que ajustó con el cinturón. Luego se colocó el yelmo que casi cubría todo su cabeza y rostro y el cual llevaba una crin marrón como cola de caballo. Sus armas las dejó listas en la casa del labriego.

Fue hasta donde estaba Darmonio y vio a una muchedumbre reunida en el centro del pueblo y en medio de toda esa gente estaba el rey luchando contra un hombre joven. Los dos iban casi desnudos y ya estaban embarrados y con gran agitación.

El joven lanzó un par de estocadas con la frámea que Darmonio sin problemas evitó, para luego responder y hacer caer al joven. Los dos rieron.

Brunnar no pasó desapercibido y enseguida fue abordado por el caudillo.

—¡Hijo del trueno! — gritó Darmonio levantando los brazos y tratando de recuperar el aliento; a pesar de su avanzada edad, poseía un físico privilegiado. —Bueno, valiente guerrero antes de que nos abandones debo pedirte algo, pero por supuesto daré algo a cambio —Brunnar lo miró de hito a hito—. Te daré cien lanzas, pero tú dejarás que te acompañe—.

Darmonio al ver la duda plasmada en el rostro de Brunnar explicó mejor sus intenciones— Mira *Hammar*, soy un viejo; esa es mi realidad. Mi gente me cree valiente pero la agilidad me abandona y pronto aparecerá otro lobo más joven que saque a este estorbo de en medio— dijo apoyando su mano sobre su pecho—. Quiero morir en una digna batalla con mis hombres. Sentir ese olor a sudor y sangre, oír los gruñidos de los héroes y que al final de todo, Odín mande a sus escuderas a buscarme. Dime, ¿podrás darme ese honor?

—Darmonio, tendrás ese lugar y deja de lado tus dudas y prepárate porque vamos en busca de *Oso blanco*.

El caudillo lanzó una carcajada de admiración.

—Haberlo dicho antes. Si quieres una muerte digna entonces has enojar a un *chatti* —otra risotada más—. Luché contra el padre de Lugho. La batalla fue tan grande que ya el día se convirtió en noche y decidimos que no habría ganador y entonces cada uno tomó su rumbo.

—¿Quién quedará en tu sillar cuando mueras? —Brunnar necesitaba saber que todo aquello no era una trampa.

Darmonio se giró e indicó al líder de los escudos rojos quien sería su sucesor.

—Mi hijo... —el joven heredero acaba de vencer a un oponente y gruñía levantado sus puños mientras que todos lo vitoreaban.

Aquella noche en medio del pueblo se erigió un altar junto al roble donde estaba tallada la figura de Thor. Alrededor del roble estaban el Druida, el Vate y el Bardo del pueblo pintados todos y con ropas blancas. Portaban cada uno la cabeza de un animal: el zorro, por su astucia y voluntad; el lobo por su lealtad y perseverancia; el cuervo porque su origen era sagrado y se lo concebía como el heraldo de los dioses. Darmonio iba desnudo y en su cabeza llevaba las ornamentas de un ciervo macho de veinte puntas, signo de autoridad y fuerza.

Todo el pueblo estaba allí y las escuderas con sus cantos avivaban el fuego que mientras más alto fuera más poder le daría al bendecido.

Darmonio fue ungido con la sangre de una virgen y entonces los sacerdotes rogaron a los dioses que no abandonasen a un guerrero de tamaña voluntad y que en muerte heroica se lo llevasen.

Esa noche todos bebieron y fornicaron. Se bailó al calor del fuego festejando la partida de un rey de un burdo mundo al de los héroes.

Al día siguiente, ya listos todos, partieron las cien lanzas del líder Maticaco hacia el encuentro con el enemigo. Por cada diez guerreros iba un carro de bagaje custodiado por cinco siervos que a su vez eran observados por las mujeres que decidían acompañar a sus hombres.

Darmonio se despidió de su mujer con el pesar que conlleva el saberse ya muerto:

—Mi reina siempre estaré a tu lado en la tierra como en el Valhöl.

—No te atrevas a volver sobre tus pasos —le dijo su reina. Lo besó y le entregó el escudo y la espada. Luego se dirigió a su hijo y le dedicó una mirada de aprobación—. Te has convertido en un hombre y en el próximo regente de esta gente —apoyó la mano en el hombro de su heredero—. Recuerda siempre esto: se justo, valiente y soberbio que los hombres te seguirán y los dioses te favorecerán.

Lo quinientos guerreros partieron con gran entusiasmo. La guerra los esperaba. Entre la tropa angustia no había, pues para todo guerrero fiel a sus principios, sabía que, si se moría con valor ante incierto porvenir, era recompensado con la ida al salón de los gigantes.

Todos marchaban con un único pensamiento: "El Valhöll me espera". Entonces avanzaron a toda marcha. El rey montado y sus cien reales a pie. Iban al frente junto con Brunnar *Hammar* y los *Escudos rojos*, también estos en sus monturas.

Brunnar debía atacar a la cola de aquellos hombres simulando ser una partida de rechazados, ocultando las verdaderas intenciones. El ataque

debía ser violento y sin arriesgar demasiado. Aquel capitán, dispuso hombres avanzados que avistaron a la columna como si de gigante gusano se tratara. "Es tan larga que ni el sol alcanza a iluminarlos a todos", dijo el explorador, un joven delgado, astuto y leal. Aunque quizás su visión estuviese influenciada por el miedo, si de verdad el enemigo era así de numeroso, Ahhor tendría que pagar más.

La noche es donde la mente del guerrero duda. Ve los rostros de la muerte. Se cuestiona lo que hace y se pregunta hasta cuándo. Pero en su interior sabe que las decisiones las ha tomado él y no ninguna divinidad. Sabe y acepta que este es su destino. Es libre. Nadie manda sobre él. No necesita seguir la fama de nadie y por eso es aún más valiente. Le gusta la guerra, ese umbral entre la vida y la muerte, intenso, cruel y violento. La guerra, cual dama que escribe hermosas poesías, atrae hombres y mujeres a su desgracia. Aun así, el guerrero la disfruta porque sabe que no podría hacer otra cosa y aunque se alejara, lo buscaría porque es bueno para la lid, ya que ella y la muerte compiten en macabro juego, ven cómo los cobardes pueden volverse fieros combatientes y cómo los valerosos flaquean ante violento final.

Los oficiales de Brunnar escucharon atentos la estrategia:

—Lugho irá al frente de la columna; por detrás lo seguirán sus familiares y al final, marcharán aquellos que su única razón de ser es la fortuna —explicaba mientras dibujaba una línea serpenteante en la tierra con una ramita—. Atacaremos con fuerza simulando ser meros bandidos, en desorden, desesperados, pero sin involucrarnos demasiado. Haremos que nos sigan la mayoría de su retaguardia y ahí, el resto de nosotros, los acorralaremos como ganado.

Uno de sus capitanes que lo había escuchado con atención, lo miró e intentó digerir en vos alta las palabras del mesnadero—¿El resto de nosotros? ¿quiénes atacarán primero a la retaguardia de Lugho?

—Los hombres de Darmonio, serán los que ataquen y separen a los hombres que van al final de la columna principal de Lugho —Todos los que allí disfrutaban del calor de la fogata, miraron al guerrero de la fortuna—. Vinieron a buscar la gloria...entonces les daré la oportunidad de que la consigan.

—Entonces morirán —dijo un guerrero tuerto, maduro, no muy alto, pero de hombros anchos, apoyado sobre el borde de su escudo, con los brazos extendidos hacia adelante, se lucían en sus brazos, sus adornos dorados y plateados que despedían reflejos que bailaban con las llamas del fuego —Si es el último deseo de un gran hombre... —respondió Brunnar.

La espera por los reales de Lugho se hacía pesada y los ánimos no eran los mejores, combatir bajo la seguridad de la distancia no era agrado de los dioses y posiblemente al morir luchando así Wotan no daría paso a los difuntos al gran salón. A Brunnar eso lo tenía sin cuidado. Si aún no había sido alimento de gusanos, era porque desde antes de cortarse la melena, ya se sabía diestro para la lanza y certero en la estocada y si moría de forma valiente tendría derecho al salón de oro donde moran los célebres.

Si sobrevivía quedaría recibir las tierras donde crearía un pequeño reino solo de guerreros que dedicarían su vida a la devoción de los dioses. Pero primero debía emboscar al enemigo famoso por ser ingenioso para la guerra y por ello nunca andaban distraídos. Tenían siempre monturas adelantadas, algunas de las cuales fueron capturadas y con algo de tortura develaron datos de interés. Las tropas del hostil, iban mandadas efectivamente por Lughó, *Oso blanco*, un enorme guerrero, hijo de la tribu de los Chatti.

Lughó llevaba cuantiosas cicatrices, era alto en exceso, fuerte, valiente, fiero y cruel. Sus tropas corrían desnudas al encuentro fatal con los cabellos llenos de cal sin más protección que sus tatuajes divinos.

Brunnar no solo tenía la responsabilidad de retrasar una columna de casi mil hombres, también debía evitar que aquellos condestables se percataran de la artimaña que era todo aquello; si eso ocurría, Lughó forzaría la marcha de sus reales y entonces Ahhor no tendría tiempo de reunir levas suficientes. Por esa razón dispuso una estrategia sencilla y práctica, violenta y certera, cubierta con el manto de crueldad que caracterizaba a una emboscada.

La orden de Brunnar era hostigar la cola de la columna con ataques furiosos, pero sin entablar guerra prolongada. Los Matiacos hostigarían la retaguardia de Lughó y así este tendría que dividir una parte de su ejército para intentar repeler el ataque de supuestos bandidos. Cuando los hombres de esta retaguardia fueran aniquilados, el hostigamiento seguiría hasta llevar al líder Cato a una batalla en campo abierto.

Brunnar engrasaba su peto de cuero mientras calentaba los músculos en intensa fogata, cuando Darmonio apareció y sentándose en frente se concentró en calentar las manos. —Sabes bien que no tenemos ninguna posibilidad de vencerlos —las palabras del rey eran honestas.

—Solo debemos retrasarlo —Brunnar no quitaba los ojos de su peto—. No debemos entablar guerra directa contra ellos.

—Pero hijo del trueno como es que Wotan te favorecerá si huyes

—Darmonio sentía curiosidad por las respuestas que daba aquel bendito.

Brunnar se detuvo, lo miró y sin pensarlo mucho, como si tuviera lista aquella respuesta para resolver cualquier cuestión le respondió:

—No puedo pretender buscar la bendición de los Dioses si muero en burda escaramuza. Solo en una batalla digna del fin de todo es cuando realmente me elegirán las Valkirias.

—Te entiendo Hammar, si supieras las grandes batallas en las que he estado —confesaba el rey mientras movía las manos y miraba al cielo—.

He tenido tantas y he estado tantas veces al borde de la muerte que he llegado a pensar que los dioses no me quieren con ellos.

—O quizás, es que todavía les haces falta aquí.

El rey rió.

—Realmente eres un hombre bendecido por los dioses. Das respuestas simples y honestas, cosa que rara vez se suele ver.

Los Chatti llevaban prisa y tan solo habían dejado trescientos hombres algo más rezagados cubriendo la retaguardia de la columna. Las huestes eran interminables: iban en columnas numerosas, filas detrás; los

guerreros iban armados con ondas y los que lo flanqueaban llevaban los escudos y lanzas.

Brunnar dio la orden de hostigar la cola. Cien hombres con ondas y jabalinas de hierro atacaron sin piedad y sin detenerse hasta agotar todos sus proyectiles. El enemigo al verse sorprendido por tamaña cobardía rápidamente se agrupó debajo de los escudos formando un *erizo*. Los hostigadores sin parar intentaron romper la formación del enemigo, pero estos más allá de matar a algunos al principio no pudieron doblegar la fortaleza del disciplinado enemigo.

Darmonio y sus guerreros ya formaban a un extremo con los flancos cubiertos por las dos columnas de tierra y roca que se levantaban de forma natural. Allí esperaban que el nervioso enemigo desatara su cólera. Brunnar esperaba oculto junto al resto de reales en una explanada elevada a unos cuantos metros más adelante. Todos se encontraban tensos y ansiosos por destacarse en batalla; algunos llevaban alguna protección de cuero en la cabeza, otros alguna malla metálica prestada, pero la mayoría de aquellos cien guerreros iban descalzos con apenas un pantalón y cinturón de cuero; sus escudos rectangulares, otros redondos, protegían desde el mentón hasta las espinillas; portaban jabalinas, lanzas cortas y largas.

De verdad sería un bello atardecer. Habría combate, sangre y alaridos. El clima era el adecuado, se sentía una brisa leve ideal para una buena oxigenación de los músculos y el sol ya se había posicionado hacia el este, así no sería molestia para ninguno de los bandos. El terreno donde se libraría la batalla estaba cubierto por una suave hierba y sin desniveles. Esta contienda estaría equiparada y aquí se determinaría si el entusiasmo vence a la experiencia.

Vridha

En medio de aquellos guerreros mandaba una mujer. Vridha, hermana de Lugho, era alta, fuerte y despiadada. Combatía con los pechos desnudos, llevaba protecciones de cuero en el abdomen y era tan fiera como su pariente. Tenía los ojos tan azules como el firmamento, era una mujer de abundante cadera y con un pelo siempre blanqueado y peinado hacia atrás con gruesas trenzas. Brunnar le clavó la mirada y la observó con atención. Le causaba curiosidad aquellas mujeres que gustaban de la lucha mas no del cálido hogar. Estaba allí, ella, sin más, en medio de brutales hombres, algunos con los miembros al descubierto.

—Aquí nos vemos de nuevo en este solitario paraje, delante ¿de quién? De meros conejos que intentan robarle la miel al oso —dijo la amazona desde detrás de los escudos y sus hombres rieron.

—¡Preparen sus filos desgraciados porque hoy viviremos famosos o moriremos valientes! —replicó Darmonio —! escudos i

—! Uh i—respondieron los guerreros, cerraron sus filas y creando una muralla de madera con las lanzas al frente, estaban listos para morir.

Vridha vomitó un gruñido y sus guerreros se lanzaron cual manada de lobos hambrientos. Corrieron poseídos por el frenesí, el suelo vibró bajo la carrera de todos esos hombres ciegos de euforia. Llevaban tal fuerza en la

carga que por un momento los guerreros de ambos bandos quedaron atrapados entre sus respectivos enemigos y los que venían detrás. Darmonio conocía la guerra contra los Chatti. Sabía que, aunque parecieran unos locos indisciplinados, en realidad después de la primera carga que usaban para ablandar sumado al lanzamiento de jabalinas, retrocedían y formaban en perfecto orden. Iban desnudos y otros con los cabellos blancos de cal para el efecto atemorizante al rival, pero más allá de eso su verdadera fama estaba en su resistencia y valor.

El suelo rápidamente se impregnó de sangre, heces, orín, gritos, sudor, muerte y rostros deformados por la agonía.

La batalla siguió con gran desorden, cosa sabida en guerra de bárbaros. Era como música aquel sonido metálico del golpe entre armas combinado con los chillidos de los cobardes antes de morir.

Brunnar veía con paciencia y esperaba el momento oportuno. Solo trescientos guerreros enemigos estaban combatiendo, el resto de la columna siguió a paso ligero.

—Arrogantes— pensó. Los Chatti estaban convencidos de que aquel asunto no ameritaba más atención.

Los hombres de Darmonio resistían con sumo coraje y aunque se veían ya rodeados por sus antagonistas seguían en fiera lucha.

Brunnar al verlos ya totalmente superados dio la señal y de aquella falda surgieron cuatrocientos combatientes en enérgica carga para lanzarse como engendros contra fiero contrincante. Los mercenarios Chatti, lejos de amilanarse por la aparición sorpresiva de tantos más hombres, dejaron de combatir y se posicionaron más atrás. Brunnar no entendía que sucedía, pero siguió la carga.

—¡Levanta tu escudo! —gritó Darmonio que hacía lo propio con sus guerreros.

Brunnar vio como el enemigo tomaba largas jabalinas y ahí lo entendió. Ardinimio y Brikenseco recibieron la lluvia de puntiagudos proyectiles justo contra su formación y a poco estuvieron de ser empalados por completo por la lluvia de muerte aquella. Los demás hombres, sobre todo los que iban adelante, no tuvieron tanta suerte y los proyectiles los impactó de lleno frenando brutalmente la carga de más de cien reales y dejando cuantiosos heridos agonizantes. La iniciativa se había perdido y los Chatti aprovecharon para correr hacia la rota formación de los hombres de Brunnar con la intención de romper la línea.

—¡Todos conmigo ahora! —ordenó el líder de los escudos rojos intentando dar una digna lucha al enemigo. Todos los hombres, excepto los que yacían heridos con la vida escapándoseles, acudieron y juntaron los escudos, se apretujaron y corrieron para romper el impulso que traían los adversarios.

El choque fue como si dos estampidas de bueyes colisionaran entre sí. Los guerreros de cada bando se estrellaron contra los escudos o contra los hierros del que tenían enfrente y otros tantos salieron despedidos por el impacto. Eran hombres valientes todos. No temían a la muerte porque es simplemente un traspaso de una vida a otra y aquel que renace en algún

momento, sabrá que anteriormente hubo expiración con valentía bajo las virtudes más puras y gloriosas.

Ninguno cedía. El orgullo desmedido de los hombres no dejaba que ninguno se alzase con la victoria.

—¿Acaso has traído a tus amantes? —gritó Vridha a Brunnar—¿esto es todo lo que tienes?

—¡No tengo otro plan más que empalarte lame falos! —respondió su rival detrás de las líneas.

Brunnar, conocía bien lo que venía después de que los músculos entumecidos, mermaban la moral. Es por ello que el medio de la formación, donde él estaba, retrocedió lo más ordenado posible, pero no así, los flancos.

El sudor se acumulaba en los labios reseco de los combatientes y las heridas, depósitos de mugre, supuraban sangre brillante y espesa. Las líneas negras en los rostros de los hombres por el sudor que serpenteaba a través de la tierra acumulada en la piel insinuaban que la batalla se estaba prolongando más de lo conveniente.

Los más jóvenes eran torpes, pero no carecían de entusiasmo y aunque no lograban nada atropellando sus cuerpos contra veterana formación, tampoco perdían la convicción. Ya se les había instruido en que no debían, por ningún motivo, intentar romper una formación atropellando cual jabalí, pero, obviamente, estas palabras no fueron escuchadas, se olvidaron y el impulso violento del combate también las arrasó. Los jóvenes se veían cansados y sus miradas ahora ya buscaban la retaguardia. Los cuerpos se iban acumulando uno sobre otro; los escudos, lanzas y espadas, yacían ahí con sus dueños asesinados.

Brunnar hizo retroceder varios pasos a su línea media, mientras que Brikenseco y Vastus sostenían con fervor el combate en los flancos.

—Levanten los escudos y retrocedan —Brunnar ordenó replegarse de forma ordenada, así se crearía un arco hacia adentro para que el enemigo se embolsara.

La línea empezó a colapsar y a curvarse hacia adentro. Los jóvenes muy entusiastas pero muy inexpertos, no supieron soportar el tremendo golpe de aquella masa de aguerridos hombres, que incluso sabían dónde ensartar sus lanzas y a quiénes. El jefe de los mesnaderos vio a Vridha y desprendió una sonrisa casi carcajada por la algarabía de su próximo triunfo. Con la línea a punto de quebrarse, Brunnar observó que los flancos medianamente mantenían una resistencia que era más por instinto de supervivencia, que por fervor.

Aquella temible mujer se había visto enceguecida por la energía de la pronta victoria, lo que no le había permitido ver cómo la cercó una "bolsa humana". La relime diosa de la guerra estaba atrapada en certera trampa y aunque esto hubiera causado el desplome de cualquier convicción, ella era la hija de Vradhelina, la escudera, jamás vencida en combate; no sería quien acarreará desgracia a su casa.

—Empujad hijos de la ira. ¡Les juro que si vencemos llevaremos cuanta riqueza puedan cargar sus bestias! —Aquellas palabras, dieron un aliento que impulsó las fuerzas de sus hombres para romper el cerco. Brunnar no

vio esto, estaba en medio sin poder moverse, entre una masa de gentío que le dificultaba respirar. Ahora las tropas habían quedado parejas y era aquella guerrera la que luchaba por salvar la vida.

Los músculos y el hierro se vieron en un caótico encuentro. Cuando la muerte se incorpora a cualquier contienda, la valentía le deja paso. Los unos y los otros se estaban tan cerca que podían morderse. La sangre fresca dificultaba los agarres y se podía sentir cómo más de uno se orinaba encima.

Hermman se percató de la furia con la que peleaba la tropa enemiga que casi consigue romper el cerco, entonces, con ocho guerreros más le cerraron el paso. Los Chatti no se detuvieron y esperanzados en su fuerza multitudinaria intentaron arrollar a los hombres que les hacían frente. El choque fue tan duro que causó un espantoso ruido. Otra vez aquel combate se libraba sin orden, cualquier cosa era válida: puñales, el borde de los escudos, los yelmos o las uñas, herir los ojos, morder. ¿Acaso en algún lugar estaban dictadas las reglas de la guerra? ¿Acaso estaba prohibida alguna cosa? Todo era lícito para aquel que o vencía o moría miserablemente.

El caos era tal que una monstruosa nube de polvo se levantaba y como un gran manto marrón cubría los ojos de los guerreros y los confundía en su lucha. De entre esta calamidad se observaron aquellos jinetes que con premura acorralaron la formación con un solo objetivo.

—¡Vridha, su hermano la demanda! —la guardia escogida de Lughó venía a terminar con aquella estúpida escaramuza. La intrépida escudera apareció desde aquel infierno con heridas leves y los pechos otrora blancos ahora sucios con sangre y sudor. —Dile que iré en cuanto esta chusma esté toda ensartada en nuestras lanzas.

Pero las monturas de *Oso blanco* no debían volver sin ella.

— No será posible escudera, tenemos la orden de que vuelvas al frente. La hermana de Lughó, claramente indignada y muy a su pesar, dio medio vuelta y ordenó a su voz que tocara retirada, el guerrero alto y orgulloso de portar el "*bukkehorn*" apareció y lo hizo sonar en cacofonía de retirada. Los hombres seguían luchando perdidos, desesperados, aterrados, pero jamás podían no sentirse sobrecogidos por aquel sonido, un siseo que producía alivio y vergüenza.

Los guerreros se detuvieron y de la forma más ordenada que pudieron, retrocedieron. Sus rostros mostraban una deformación que solo la fatiga y la furia dejaban.

—¡Formados! —ordenó la guerrera recuperando el aire.

Enseguida las lanzas juntaron sus escudos unos con otros en una perfecta muralla de madera impenetrable y se posicionaron junta a quien mandaba.

Hermman tomó una jabalina y se la lanzó a Vridha, pero la guerrera tuvo la perspicacia de levantar el escudo y el proyectil se clavó justo a la altura de dónde estaría su cuello.

Brunnar miró a Hermman y dijo:

—¡Suficiente! ¡Tendremos que buscar otra manera de detenerlos! —se

metió en medio de sus eufóricos hombres y les ordenó dejar ir al enemigo.

Los caballeros le entregaron una montura a Vridha y con una mueca de repulsión despidió a Brunnar que la observaba desde su posición. Los reales Chatti con paso ligero y en formación guiados por alguno más rico que ellos, iniciaron la marcha hacia la columna nuevamente y llevaron a sus muertos para darles la honorable despedida.

—¡Vuelvan! —Darmonio se derrumbaba viendo como en aquel repliegue se les iban las posibilidades de morir dignamente— ¡Aquí estoy! —sacudía su escudo y se golpeaba el pecho con la lanza.

Los hombres de Brunnar se replegaron y mientras hacían el recuento de baja, heridos y desertores, también debían ocuparse del descanso porque antes de la salida del sol debían partir.

Los artesanos reparaban los escudos rajados, mientras que otros tantos viajaron a los poblados más cercanos para reponer las lanzas rotas y reparar las jabalinas cuyas puntas se habían deformado.

Sobre el borde de la falda se había tirado a descansar el rey de los Matiacos. Darmonio miraba las sepulturas de los treinta hombres que lo habían seguido y ahora yacían enterrados.

Brunnar se acercó y en silencio observó las sepulturas.

—¿Qué es lo que quieren los dioses de mí? —Darmonio con palabras pesadas y sin sacar la vista de la caída de sol pensaba en voz alta con resignación y tristeza— No me quieren entre ellos. Me han abandonado.

—¿Qué clase de dioses permitirían que un rey muera en una emboscada?

—Brunnar lo observó y habló con sinceridad— Eres un rey Darmonio. Fuiste elegido porque tu sangre arde como la forja y tu espíritu es valiente como el lobo que defiende su manada.

Darmonio lo miró de reojo. Brunnar siguió hablando.

—Eres un glorioso guerrero que aun con heridas que supuran, se preocupa por los dioses. Los verdaderos hombres son aquellos que mueren en sus virtudes.

—No tengo más nada que dar. Quizás mi vejez y es que hasta mi reino he entregado con tal de partir hacia el salón de los héroes.

—Lo de hoy no fue más que una reyerta de perros salvajes por la cabeza de un cerdo. Tú te mereces caer en batalla digna de cantarse —.

La noche previa a iniciar la partida Brunnar y sus segundos estaban al calor de una buena fogata. Él sentía todavía ese temblor en las manos. Tenía aun tierra entre los dientes y ese olor a sangre y a mierda no se le iba del olfato. No comió.

Algunos de sus hombres competían contando las historias de sus ancestros guerreros; otros todavía tenían las energías para hablar de la batalla; era de esperarse, jóvenes.

—La emboscada no sirvió de nada —dijo Hjibhank uno de sus oficiales que detonó aquella realidad con el rostro cansado, pero con el ánimo de los que sobreviven—. Mañana tendremos que llamar más hombres y si queremos realmente detener a Lugho, tendremos que dar guerra en campo abierto.

Brunnar sin dejar de mirar la madera quemarse solo atinó a mover la cabeza con aceptación. Miró a sus jinetes más capaces y les dijo: —Tomen las monturas más pequeñas; mañana saldrán antes que el día y deberán volver con trescientas lanzas.

El nuevo día llegó y los hombres se pusieron a marchar. La vida de aquel que persigue la gloria y la fortuna estaba plagada de corridas hacia ellas. En reunión, les mostraba a sus oficiales en la tierra cómo sería la revancha:

—Atacaremos directamente a la columna del frente —pensaba Brunnar en voz alta—. Es la única forma que nos dará batalla en terreno abierto.

—Entonces preparémonos, hagamos engrasar los hierros y las rodela, los puñales y las jabalinas porque necesitaremos todas las armas —dijo Brikenseco.

Aquel puñado de hombres, iban al encuentro de la muerte o de la gloria. Vencer a un enemigo tan grande sería granjearse la fama para el resto de lo que les quede de vida; rendirse sería morir una y otra vez.

Todo hombre de guerra portaba su escudo y frámea para poder partir ligero y preparado, pues estéril es la tierra donde vive el pendenciero y fatiga le causa pensar en ararla porque lo que siempre busca es la espada, es por ello que toda oportunidad de gloria es bienvenida y casi siempre lo sigue su familia para poder vender sus despojos en el caso de que muera. Los heraldos volvieron con la mitad de hombres solicitados, errantes todos ellos. Brunnar se encontraba reunido en el centro del campamento junto a sus oficiales.

—Brunnar te hemos traído los hombres —informó un heraldo claramente cansado pero satisfecho—. Brunnar lo acompañó.

—Aquí no hay trescientos hombres —dijo fulminando con la mirada a su adelantado.

—Fui a cada tribu con la que me topé y cuando les decía que encontrarían la fortuna si vencían a Lughó algunos reían y otros se marchaban.

—Y estos... ¿no conocen al Chatti?

—Conocen a *Hammar*.

La marcha fue forzada. Debían llegar hasta las tierras del norte y esperar a Lughó. Muchos de los guerreros de Brunnar marchaban con los pies desnudos y esto no era motivo de vergüenza, más andar sin lanza ni escudo indicaba desdicha y destierro. Había los que tuvieron la suerte de conseguir alguna abarca de cuero de buey o cabra; su impedimenta no era más que un morral cocido y alguna manta de propia manufactura; sus vestidos eran lo menos importante: unos pantalones o un buen taparrabos, no era necesario nada más. En cambio, a los catos se los conocía por llevar cuantiosos bártulos encima y por su capacidad de construir campamentos; eran hombres curtidos por nacer en una tierra que desde temprana edad debía ser defendida.

La tropa de Brunnar *hammar*, todos mortales de variopinto aspecto, venía de muchos lugares, pero siempre atraída por deseo de grandeza. Ningún hombre de guerra debía dejar su casa sin ilusión de poder engrandecerla. Iban entusiasmados portando arma cualquiera. También los había aquellos que luchaban con arcos haciendo la guerra desde la distancia,

eran arqueros avernos, de reputación bien ganada; son los que hostigarían a más no poder el flanco del temible enemigo, una artimaña nada honorable y es que, el hierro no tiene lealtades y la muerte no entiende de ocasión pues se lleva al valiente en su furor y al cobarde en su estupor.

Brunnar también se aseguró de que cada familia trajera sus blasones, así cuando el hijo de alguna tribu viera su estandarte más atrás que el de otra, entraría en cólera y la vergüenza le daría energía y empuje.

En cada lugar donde Lugho se detenía a pernoctar sus druidas erigían los altares y rogaban por una victoria llena de riquezas. Por esto era tan fácil seguirles el paso, sus rastros estaban en una línea casi recta; necesitaban llegar antes que el invierno, vencer, recibir los favores y marcharse. Las tormentas se acercaban, ya se podía ver el manto de nubes al final del horizonte. Lucharían con el invierno asesino a sus espaldas, razón por la cual debían vencer. Un repliegue era vivir con la derrota a cuestas, era la pérdida de todo favor o futura gloria para el jefe militar de la campaña porque si este era vencido debía compadecer y enfrentar a los parientes de los muertos que habían entregado a sus jóvenes para destino incierto. Sus rituales eran abrumadores, los druidas se montaban ropas ligeras con tatuajes y ornamentas de animales, encendían fuegos de la altura de un hombre y entraban en trance, mientras el *bodhran* sonaba en perfecta coordinación con los aullidos de los magos. Todos los guerreros presenciaban aquella ilustre demostración de magia. Los druidas bendecían las armas y tatuaban al líder de la campaña con los símbolos que los dioses les mostraban para que todo hombre que lo viera supiera que aquel estaba bendito y quienes lo siguieran serían recompensados. La tropa después de haber marchado a paso ligero para adelantársele a Lugho se dedicó a descansar. No hubo fogatas.

Los centinelas recibieron a un guerrero joven y de baja estatura y que iba ligero de armas. Un mensajero. Venía de parte de Ahhor con un mensaje para Brunnar.

—Mi rey dice que detengas a Lugho pero sin perder muchos hombres. Necesita que te repliegues para reforzar sus escudos.

Brunnar dio cobijo y alimento al heraldo. Se quedó con esas palabras: “pero sin perder muchos hombres”, ¿Cómo haces para detener a mil hombres sin perder lanzas?

Caudillos...

Hodroriko recorría en persona los poblados donde era señor y se llevaba al primer varón en edad militar de cada familia; estos jóvenes eran mantenidos “puros” hasta bien entrados en edad porque así aconsejaban los druidas para que el hombre creciera fuerte y robusto. El proceso de reclutar levadas era engorroso, ya que lidiaba con pedidos y despedidas, aun así, los reclutas iban animados, volver a casa sin las melenas era signo de gran estatus entre sus vecinos y le procuraba privilegios a la mirada del jefe de la tribu.

Dracato contrataba lanceros de los poblados más salvajes, aquellos donde los viajeros no accedían y no podían, entonces, corromper las voluntades con su comercio. También contaba con los *Guardianes del trueno*,

hombres entregados a servir a Thor siempre dispuestos para la guerra, leales en demasía. Eran elegidos de entre los más altos y fuertes de las tribus. Dracato era un señor justo, pues el valiente, si vivía era recompensado, en cambio el cobarde sucumbía enterrado vivo con sus vástagos.

Venía de una tribu de nómades que se dedicaba al intercambio de pieles, pero la fama de su tribu no se debía a su avidez en el trueque. En su tierra todo joven hijo de señores llegaba solo a la adultez cuando marchaba al bosque para adquirir el conocimiento de la eternidad y para ello debía pasar siete lunas sin ingerir nada excepto agua, no se le estaba permitido matar a ninguna criatura que no fuese a dañarlo y durante todo ese periodo el joven aspirante a la nobleza debía aprender todos los movimientos de la danza rúnica. Eran gentes aguerridas y muy duras por vivir en zona inhóspita, tierra estéril como útero de anciana, de nula agricultura; sin embargo, respetaban y amaban todo lo que los dioses habían creado.

Hodroriko era impulsivo, ansioso y esta espera lo tenía inquieto. Era un guerrero que siempre disfrutaba de una buena campaña; muchas le dejaron fama, gloria y siervos que trabajaban las tierras. Estaba convencido de que un ataque violento y sorpresivo a los ejércitos de Ovrod era imperante. Mientras el sacerdote retrasaba a los catos, él buscaría a las levadas enemigas que seguramente estarían marchando hacia la frontera de las tierras fértiles, tan ansiadas por todo el que las visitaba. Como hijo de Hodror contaba con gran reputación y si conseguía el apoyo de Dracato, juntos podrían convencer a Ahhor de que un ataque rápido y brutal era su mejor oportunidad.

—Dracato, vine hasta aquí para que juntos exijamos a Ahhor poder marchar —las palabras de Hodroriko eran sinceras, pero jamás se podía confiar totalmente en alguien que deseaba tanto el poder absoluto—. Debemos marchar y atacar antes de que sigan creciendo los números enemigos. En contraposición a él, su interlocutor, Dracato, era conocido por ser muy inteligente y de gran coraje ya que en tiempo de paz trabajaba la tierra y solo por supervivencia cambiaba el arado por la lanza.

—No conozco tus intenciones; aun así, la idea no es errada, pero solo funcionara si *oso blanco* no llega —dijo Dracato mientras se secaba el sudor de la frente con sus manos tajadas.

Hodroriko y Dracato eran famosos por su coraje, pocos les hacían frente porque eran diestrísimos en las fintas, tenían la agilidad de la liebre con sus frámeas y sabían cuándo la lucha era propicia con espada. Conocían la contienda porque eran lobos de viejas andadas y habían sido criados en buena manada, donde el anciano enseñaba al joven: "*El escudo siempre adelante muchacho, nunca debajo del mentón y nunca jamás dejes que alguien te insulte delante de tu gente*". Consejos que otrora Hodror dedicaría a su vástago el cual los preservaba como ley entre los suyos.

—Es por ello que debemos partir enseguida; cuando Lughó vea que ya no hay nada que defender y mucho para perder, se dará la vuelta y volverá sobre su rabo.

—Iré sin perder más tiempo a visitar al *Vate* —Dracato era como líder de aquellas tierras, devoto y leal a las castas sacerdotales y estaba convencido de que debía consultarles—. Necesito saber qué nos depara el destino.

Dracato fue hasta el pantano donde vivía Mirik, el *Vate* de la tribu quien era famoso por haber sido un guerrero que podía ver los acontecimientos venideros, entonces prefirió dejar la espada y volverse sacerdote. El caudillo de memoria sabía el recorrido a la choza del adivino. Estaba rodeada por estacas con múltiples huesos de pequeños animales y los pocos árboles en pie tenían escritos símbolos que ahuyentaban a los espíritus usurpadores. Dracato se acercó a la entrada, pero la puerta estaba abierta y entonces ingresó. Dentro de la humilde casona sintió ese penetrante olor a ungüentos de variadas plantas y una especie de humo gris se presentaba como ocultando ciertas partes del interior de la casa.

—Dracato —Mirik apareció desde otra entrada con una sesta llena de hongos, iba cubierto con un tapado otrora blanco y collares de estatuillas con forma de los dioses.

El caudillo lo miró y con tono amable le habló:

—Mago, necesito saber cosas.

Mirik lo observó un momento y luego bajó la vista buscando un buen lugar donde sentarse.

—Todos quieren saber, pero pocos tienen el coraje para entender. Ten *zorro negro*— el druida tomó unas raíces con forma de patas de araña y se dispuso a masticarlas, enseguida estiro las manos y Dracato las tomó con las suyas—, pregúntales a los dioses, no a mí —sentencio el adivino.

—Mis intenciones son nobles, de verdad necesito saber si esta campaña esta bendecida.

Mirik puso sus ojos en blanco y balbuceaba hasta que por fin pudo ensamblar las palabras.

—*Pobres serán aquellos que estén ahí reunidos para ritual de sangre; en aquel suelo húmedo caerán sus entrañas, caerán sus armaduras, sus espadas roídas y sus almas solitarias irán a donde moran las bestias y los vencidos*—. Soltó las manos del suplicante y volvió en sí.

El caudillo no entendía bien todo aquello y volvió a preguntar:

—Dime heraldo, ¿qué es lo que me espera de todo esto? —Dracato estaba perdiendo la paciencia. No le gustaban los acertijos ni las adivinanzas, era un hombre con poco tiempo para los juegos.

—¿Por qué siempre pretenden esperar? El hombre realmente es una creación particular. No sabe de dónde viene y pretende ser dueño de sus acciones —vio que el caudillo poco entendía de toda aquella filosofía—.

Digo que somos una especie que retorna siempre en un sinfín de idas y venidas, pero que le teme a la muerte.

—Te equivocas insolente —Dracato lo apuntó con el dedo—. Yo no le temo a nada.

—De eso no tengo dudas. Seré claro contigo, *zorro negro*, tu vida llegará a su fin cuando llegue la derrota, aunque no será así el destino de tu sangre. Ahora déjame —. Mirik movía sus manos en gesto de despedida.

Dracato sabía que forzar al mago para saber más era en vano, entonces, dejó las ofrendas y salió de allí con más preguntas que respuestas. Montó su bestia y mientras se largaba del lugar no podía evitar sentirse sobrecogido por las respuestas del Druida. ¿Acaso somos meras piezas en un gran tablero donde las caprichosas divinidades juegan? ¿Moriré? ¿Qué derrota? Se preguntaba el caudillo y no podía entender la necesidad de todo aquello.

Más al sur, los hijos de Týr llevaban a cabo su guerra contra *oso blanco* con gran violencia.

—¡Lancen! —Brunnar con un movimiento de su brazo, ordenaba desplegar la lluvia de saetas sobre el frente de Lugho— ¡De nuevo! —y otra descarga más.

Los asediados por aquella lluvia de muerte anteponían los escudos y cerraban su formación; de esta manera, la deshonrosa lucha del enemigo no tuvo el efecto esperado. La columna no se rompió y a pesar de que hubo unos cuantos heridos, los temibles hombres del norte no perdieron nada más. Aun así, Brunnar ordenaba descarga tras descarga, obligando al segmento norte de la columna de Lugho a estar detenido mientras su retaguardia todavía cruzaba el río.

Las tropas de Brunnar, a unos cuantos metros de allí, esperaban que Lugho perdiera el control y rápidamente entrara en combate precipitándose más por enfado que por razón.

Los hombres de Brunnar estaban allí plantados, esperando que todo aquello se resolviera con la venia de los dioses. Los guerreros más jóvenes nunca habían tenido que luchar contra cosa más peligrosa que algunos lobos o jabalíes. Hoy estaban frente poderoso enemigo, famoso y devastador que no acostumbraba a perder.

Himma, un joven lancero, el más joven de tres hermanos, atendió presuroso el llamado a la gloria. No podía más que sentirse orgulloso, pero también acongojado por todo aquello...

Tomas tu escudo, tan fuerte, que los músculos de tu antebrazo se entumescen y te suda en exceso la mano donde portas tu frámea; nunca se está muy seguro de su empuñe. Miras por sobre tu única protección, un trozo de madera rectangular cubierto con cuero endurecido que es lo único que te separa de ellos.

Ves sus números crecer y ahora no solo miras a los costados, sino también la retaguardia y al mirar te encuentras con rostros de hombres nerviosos, inseguros; otros tienen esa mirada veterana y algunos más están tan asustados como tú. El miedo te paraliza, te tiemblan las piernas y los intestinos intentan traicionarte y al final, todo aquello que planeaste hacer en este momento, no lo recuerdas, porque estás espantado y tu memoria se vuelve un caldo de ideas confusas. Ahí te quedas quieto, inamovible, porque para huir también se necesita coraje, coraje para soportar las miradas, los insultos y la marca que llevarás por siempre, la marca que solo portan los pusilánimes.

Desde el principio sabías a lo que te enfrentabas, sabías que oso blanco era tan fiero como se decía y al verlo ahí por primera vez, te das cuenta que esa gente no conoce la derrota.

*¿Y que podría cambiar ahora? ¿Qué podrías cambiar tú ahora?
Eres tú y tus miedos contra aquellos que mientras rechazan mil saetas,
cantan y se cuidan los unos a los otros.*

¿Cómo vences a un pueblo así?

*El ataque de los arqueros se detiene, realmente esta gente está molesta.
Te miran y empiezas a dudar de la empresa, no puedes quitar la vista de
enfrente, pues aquellos podrían en cualquier momento abalanzarse. Gritan
y golpean sus armas contra los escudos, sus gritos son tremendos. Huelen
tu miedo, huelen las heces y la bilis que se escapa junto a tu dignidad. Co
nocen bien la previa al combate y saben que mientras más temibles los
veas, más aterrado estarás.*

*Tú, que siempre añoraste este día, siempre te veías rugiendo y
provocando temor al adversario y riendo como poseso ante sus cantos,
estabas seguro que todo eso te daría valor, pero nada de eso ocurre.
Sin embargo, eres hijo de "el cazador", llevas el coraje en tu sangre y te
hartas de esperar, el miedo te asquea, la incertidumbre te enfurece y
entonces das un terrible grito y agitas tus armas delante del ellos y
obienes su atención. Parecen sorprendidos, no esperaban que las ovejas
pudieran volverse lobos. Aprovechas que todos miran, amigos y
enemigos, y te adelantas corriendo, tomas tu mejor lanza, la más costosa,
aquella que te entregó tu señor para demostrarte que tenías su venia al
partir y la arrojas con fuerza, tal como tus hermanos te enseñaron,
cuando cazaban cerdos salvajes en los bosques. La jabalina viaja con gran
velocidad y sin que nadie pueda reaccionar, se ensarta en la clavícula de
un temible guerrero que iba desnudo y el infeliz entre el dolor y la
sorpresa se retuerce en el suelo como un niño, pero no ha muerto, está
aterrado, con su rostro desfigurado por la agonía, sintiendo la sangre
caliente y espesa que se fuga de su cuerpo.*

Vergüenza les causó al resto de lanzas ver cómo el muchacho aquel
rompía filas para ponerse al frente de la formación y agitar sus armas
gritando eufórico. Luego lo siguió un silencio interrumpido solo por los
sonidos extraños que hacia el moribundo. De ira contagió los corazones de
los demás guerreros que sin poder oír las órdenes que gritaban los jefes
de fracción de mantener la alineación, se pusieron a correr como cabras
en celo peleando por territorio o por una hembra. Los hombres
enloquecen en fervor y dentro de cada corazón surgen las llamas de la
anarquía; ahora deseaban la lucha y como no existía bárbaro que
conociera de quietud ni obediencia, se dejaron llevar por la saña y
entonces, todos exaltados, cual bestias mitológicas, con fuerza
sobrehumana blandieron sus armas en estampida feroz.

La caída de los héroes

Hodroriko junto a su gente formó en el flanco derecho. Dracato con los
suyos, en el izquierdo. Correo, el bien amado hijo de Ahhor, lo hacía en
medio.

—Hoy nuestros ancestros nos están viendo aquí y ahora, ¿acaso conocen
algún otro hombre que tenga esta dicha? Los dioses solo se llevan a los
valientes porque solo el atrevido muere sin heridas en la espalda y solo
con su espada todavía empuñada podrá reclamar su derecho a ser

recordado. Nuestros huesos estarán en este campo, pero todo lo demás estará en el gran salón —los guerreros bramaban y espumaban por sus bocas como perros con rabia; gritaban y tenían los ojos en sangre, querían guerra—. Aquí estamos y aquí... —Hodroriko no terminó de arengar, de pronto vio a al joven heredero correr hacia el enemigo. —¿Hijo de Hodror, solo de palabras están cargadas tus acciones? —Correo se entregó al entusiasmo y junto a sus más leales hombres, aquellos que le juraron su vida por ser el más bello y valeroso, corrieron entregados por la arrogancia.

Dracato que veía todo aquel embrollo desde su posición, sonrió entre dientes. No solo le han arrebatado el liderazgo de la campaña a su correligionario, sino también, la iniciativa, el honor y la posibilidad de ser el primero en entrar en guerra contra el enemigo.

Hodroriko se indignó y con fuerza cerró los puños sobre la empuñadura de su espada larga. Estaba indignado, había sido deshonrado frente a sus parientes y ahora para recuperarse de tal bofetada tendría que llevar la cabeza de Ovrod empalada en su lanza como regalo a su rey.

Dracato siguió a Correo cubriendo su flanco y Hodroriko llegó enseguida. El enemigo también había iniciado la furiosa carga de sus reales con una formación en cuña, con los más fuertes al frente avanzaron acompañados por los estandartes que iban bien en lo alto.

El choque de hierro y carne fue espantoso. Como siempre, la primera en presentarse fue la confusión, las nubes de polvo y el terror de los reclutas también allí estaban. La carnicería que se desplegaba en esas tierras era digna de una guerra divina. Las fuerzas estaban equilibradas, los dos ejércitos tenían casi la misma cantidad de hombres y si así no fuese, entonces sería una batalla con ventaja y por ello es que muchas veces los caudillos renegaban de tal situación y hacían volver a los guerreros más jóvenes hasta quedarse, si fuese necesario, con los más leales; pero esta vez ese no fue el caso. Esta vez la muerte lo impregnó todo y la brutalidad se volvió otra arma en el desastre de una guerra de locos. El cielo renegó de aquel día y convocó nubes grisáceas como si vergüenza le provocara toda aquella osadía.

En aquel campo es donde el joven muere dejando sin continuidad a su familia y es donde cae el viejo pensando en la gloria de los famosos. Como fuere, la muerte era igual tanto para el que obedecía como para el que mandaba, no distinguía necesidades y aparecía de muchas formas, podía sufrirse o ser rápida; pero al fin, sin más remedio que partir y antes de dejar esta vida ingrata, el guerrero se aferraba a la lucha y no se iría sin antes fundir sus músculos y enterrar el hierro en la carne ajena. Hodroriko, fiel a sus creencias, se batía a muerte como debía hacer todo hombre de su estatus, pues debía destacarse de entre los comunes porque de lo contrario no sería un hombre distinguido y podría ser fácilmente reemplazado. Con gran furia cargaba sin descanso, pero sin lograr victoria sobre una formación bien cerrada. Los escudos enemigos no cedían terreno y ellos debían buscar cualquier recoveco para poder empalarlos, entonces, al no poder filtrar la lanza en cerrada maniobra, tomó su espada y usando las dos manos golpeó con gran fuerza sobre un

guerrero enemigo que buscó interponer su escudo al mandoble de su agresor. La protección de aquel infeliz no soportó el peso de la espada que se enterró incluso partiendo la clavícula del celta, lo que provocó un terrible dolor, tanto que la víctima cayó de rodillas intentando zafarse de la muerte, pero Hodroriko sacó la espada con brutalidad desgarrando aún más la carne y provocando una importante hemorragia. Aquel intrépido impulso dejó expuesta la línea de escudos y el caudillo pudo meterse entre la formación enemiga repartiendo fintas a quien le ofreciera resistencia.

Dracato portaba un hacha, dos jabalinas cortas y su frámea, siempre que iba a toda guerra, nunca marchaba sin su peto de cuero que ya lo había salvado de muchos roces peligrosos. Portaba un yelmo de bronce con protecciones laterales que resguardaban las mejillas y le cubrían la cabeza en su totalidad. Aparte de él, pocos o ninguno de la tropa llevaba otra protección que no fuera un escudo, excepto los que componían el escuadrón de *hijos de sangre*, hombres fieles y que acompañaban al jefe en cada batalla. Estos iban vestidos con pantalones, calzados de cuero y mallas metálicas con yelmos de cuero endurecido reforzados con huesos. Dracato siempre utilizaba la misma formación, la que nunca le resultaba en derrota: una línea frontal de cien hombres con cincuenta de fondo. Los más fuertes y altos iban delante portando grandes escudos ovalados; por detrás de estos formaban guerreros que llevaban una lanza tan larga como dos hombres y que era manejada con las dos manos; así, el que estaba al frente era resguardado por una muralla de picas que sobresalía; el enemigo chocaba una y otra intentando penetrar el bosque de hierro que ahí se presentaba.

La cohesión en una guerra tan personal y violenta dependía de que las órdenes llegasen a las lanzas. Los caudillos perdieron la comunicación con sus reales, lo que provocó la caída de la convicción y así en el corazón de los guerreros se acunó la duda que es como la semilla germinada rápidamente en primavera. Pronto se vieron las primeras deserciones. Correo, a pesar de su valeroso resuello, se había encontrado con la formación de elite del enemigo: hombres que llevaban armadura de anillos ceñida por fajas de cuero que otorgaban protección extra a las partes blandas del cuerpo. Todos llevaban yelmos y con lanzas y espadas largas luchaban; era una formidable masa de individuos que parecía imbatible.

El hijo del rey, en cambio, mandaba sobre el clan *Manos justas*, hombres dedicados exclusivamente a impartir justicia. Desde niños eran enseñados en las artes de la emboscada y a ser hombres devotos de los dioses que les darían la reencarnación en los cuerpos que ellos eligieran si en batalla morían. Iban con las pieles de lobos y con los cuerpos totalmente pintados con cenizas, casi desnudos, no portaban armaduras para evitar el rápido cansancio y no llevaban casi vestido alguno para que las heridas no fueran nido para las moscas. Sus armas predilectas eran las hachas a dos manos y con cada guerrero iba siempre un siervo que aportaba un escudo rectangular en caso de necesitar protección.

Los guerreros de Correo golpeaban sus hachas buscando herir al enemigo y con las puntas de esas armas corrían los escudos con violencia para poder exponer alguna parte vulnerable de los cuerpos. Uno de los hombres de Merolas perdió el escudo y entonces el brutal golpe de un hacha más ligera le dio justo por debajo de la malla metálica, en el vientre, penetrando la protección de cuero, abriendo la carne y dejando escapar la sangre. Esto dejó un breve hueco en la línea enemiga y allí se filtraron los condestables.

El flanco de Dracato era inexpugnable. Hodroriko y Correo habían entrado brevemente en las líneas del adversario, pero no pudieron ir más profundo ya que el enemigo había resuelto luchar en formaciones muy cerradas y con vastas líneas de fondo y esto era cosa extraña entre las tribus celtas, puesto que eran siempre muy odiosos de formar alianzas entre tribus y preferían luchar entre ellas mismas y de manera individual.

Luego de combatir toda la mañana, los hombres de Ahhor estaban exhaustos y reducidos a la mitad y sin más que morir de forma honorable se entregaron.

Dracato aun resistía con pocos hombres muertos, era su formación la que permitía que todavía la derrota no se materializara.

—¡Resistan hermanos, no dejen caer sus lanzas ni duden de los dioses!
—gritaba Germunorix, *el sin miedo*, jefe de las primeras veinte lanzas bajo el mando de Dracato. Era un oficial joven pero prometedor, noble, fuerte y valeroso. Andaba siempre buscando qué hacer y jamás miraba hacia atrás. Esta vez iba de hombre en hombre animándolos y destripando a todo aquel que a escapar se atrevía. Llevaba una llamativa espada de los escogidos, un regalo de su padre antes de morir y ahora en ese campo de muerte le daría renombre y dejaría su sangre como firma de su sacrificio. "*Padre pronto te veré en el Valhöll*", pensaba mientras se ponía en primera línea para que todos lo vieran.

Sangre, muerte, estupor y gritos. Intestinos diseminados. Mutilaciones. La guerra.

No muy lejos, pero igualmente desgraciada era la lid de Brunnar contra atroz contrincante. Las cosas no iban bien y la escaramuza se tornaba confusa. La duda comenzaba a crecer entre los hombres.

Los músculos se encontraban inflamados y las venas hinchadas de apresurar la sangre y es que los combatientes no podían dejar de luchar. Defensa y ataque, así se mantenía la línea, aunque los veteranos guerreros de Lughó conocían de memoria la guerra y prolongarla no era más que buscar el cansancio en el contrincante. Un hombre de guerra bien entendido tenía que, a los más jóvenes atacar con fuerza y brutalidad para verlos flaquear, en cambio, a aquellos que se les nota la experiencia debían ser combatidos con cautela y sin dejarse llevar por los nervios. El centro de Brunnar resistía, pero los flancos se perdía la comunicación y los hombres habían quedado sin timón, ya que los veteranos a cargo de las falanges habían muerto. Fue así como los Chatti empezaron a cerrarles la salida a su enemigo y la batalla que debía ser llevada con orden y voz de mando, ahora estaba librada por la individualidad de cada guerrero.

Se observaba hombres brutales en desesperada contienda, guerreros que cuando el valor los abandonaba los invadía la vergüenza. Los unos y los otros con cualquier arma trataban de penetrar entre los escudos catos. Entre ellos se destacaban la gente del rey de los Matiacos que como no había retrocedido estaba ahora totalmente rodeado por sus oponentes. Los Chatti tenían costumbre de al avanzar empujar al enemigo y al volver sobre sus pasos lanzaban con gran velocidad sus jabalinas, principalmente buscaban desmoronar los flancos. Así fue como las fauces del lobo se cerraron y ni la retaguardia quedó sin ser violentada.

—¡Esto no tiene razón de ser! ¡Moriremos todos aquí! Malditos sean los dioses que se burlan de nosotros —mascullaban los guerreros de Brunnar que estaban hastiados y se quejaban con los oficiales con palabras inquisidoras—. Vámonos ahora que todavía no finaliza este desastre.

—No nos iremos. Saldremos de esta mierda como siempre lo hemos hecho. Reagrupa a los hombres y que junten los escudos —ordenó Brikenseco sin un ápice de duda en su porte. Pero lo que no sabía era que hablaba desde la imaginación porque todavía no estaba al tanto de lo que pasaba en los flancos.

—¿Qué hombres? —replicó uno de los guerreros más experimentados que frunció el ceño y entró en cólera— Mira a tu alrededor —tomó el borde del escudo de Brikenseco y lo hizo girar apuntando al caos en que se había convertido todo. Aunque llamarle así a aquella desgracia era minimizar las expectativas de una costosa victoria. Todo se había descontrolado. Las órdenes de los veteranos a cargo de las levas se cegaban entre los gritos de lucha y muerte y nadie, absolutamente nadie, escuchaba indicación alguna. Y es que llevar a jóvenes a la guerra de ancianos era como llevar liebres a matar a un oso. Brunnar al principio no entendía cómo se llegó a esto, pero no tenía tiempo para pensar demasiado, debían empezar a retroceder antes de que los envolvieran los hombres de Lugho. Esos pensamientos se desvanecieron cuando Vridha apareció de entre los hombres empapada de sangre y con el cabello arreglado con trenzas tan bien trabajadas que pareciera que lo hacía como especie de ritual. Llevaba su escudo redondo pintado con el emblema de su casa; sus pechos como siempre al descubierto tenían esa mezcla de sangre seca con polvo que pintaban su piel blanca y sus pezones rosados en una especie de dibujo macabro que, junto a su fiera mirada, la convertían en una temible hija de la tierra. A Brunnar le pareció ver un lejano recuerdo en aquella guerrera. —Eres Brunnar *Hammar*, el que se volvió famoso por portar el martillo de Thor —Vridha se preparó como las serpientes cuando se ven amenazada—. Veamos si es verdad.

El primer intento de ensartar a Brunnar falló pues aquella loca lanzó un predecible golpe que su contrincante contuvo levantando y moviendo su escudo hacia afuera, a lo que su enemiga respondió intentando meter un ataque con su propia adarga que casi lo alcanza en la barbilla y luego de ese intento fallido siguió una seguidilla de combinación de ataques entre arma y escudo con la agilidad que caracterizaba a una escudera de su estatus.

Brunnar a duras penas logró mantener los bloqueos, aunque hacía tiempo la juventud había partido de sus músculos, mantenía todavía la memoria de la lucha y eso lo salvó al menos al principio. Luego de ese intercambio de habilidades los dos quedaron en un punto muerto, cada vez que Vridha atacaba, Brunnar adivinaba sus golpes y plantaba defensa, pero también ataque. La ruda mercenaria en su mirada destilaba sorpresa y admiración y eso la inspiraba aún más para querer matarlo. Llevar la cabeza agarrotada de famoso adversario sería realzar su gloria y su fama todavía más y aunque trataba insistentemente atravesarlo no lograba asestar su hierro en las tripas de Brunnar. Aquel duelo no duró tanto porque la batalla no debía prolongarse más. Ya se había detenido lo suficiente a los enemigos y ahora era momento de replegarse como había indicado Ahhor. Los más leales a Brunnar lo buscaban para arrancarlo de aquella derrota. —¡Vamos Brunnar, monta! —Mundebor entró con dos yeguas negras, casi interponiéndose entre los dos combatientes, pero el líder de los escudos rojos y su emulo no se quitaban los ojos de encima, estaban en un asunto que debía ser zanjado ahí mismo. Cargó hacia Vridha y con medio giro de su yegua, la espoleó para que largara una patada que partió el escudo de la guerrera y la hizo caer a dos metros de donde estaba, entonces el jinete miró a Brunnar y le tendió la mano.

—¡Sube!

Los cuernos bramaron el repliegue; los hombres aliviados se retiraron rápidamente dejando apenas un montón de moribundos que hicieron de muralla de contención.

—¡Ahora ven mi querida muerte que te espero hace tanto! —Darmonio en medio de sus guerreros gritaba al viento mientras los suyos iban cayendo asesinados y así daban la vida por el juramento a su señor.

Darmonio ya con los músculos exhaustos se rehusaba a soltar sus armas y aunque yacía como un anciano derrotado, todavía era capaz de soltar algunos zarpazos.

Lugho se acercó y abriéndose paso entre sus guerreros que rodeaban a tan digno enemigo, se puso delante de él y lo observó ahí sangrando por los cuantiosos cortes en su antebrazo con el cual aún sostenía la espada. Lugho sintió admiración por aquel desgraciado.

—¿De dónde viene tu valor anciano? Ese fervor que llevas no es el que muestran los cobardes ante la muerte.

—Soy Darmonio, rey de los Matiacos. Compartimos la misma sangre, mas no el mismo final —Darmonio se irguió de la forma más digna posible y sangrando profundamente en el cuello y el vientre, rodeado de los cuerpos sin vida de sus juramentados, miró con orgullo a su pariente. Lugho fue sorprendido por la arrogancia de un hombre que se sabe muerto, pero también sentía orgullo de que fuera de su misma sangre, hizo un movimiento de aprobación con la cabeza, tomó su espada y volvió a mirar al rey quien ratificó la intención que el Chatti tenía.

Darmonio se puso en guardia con la espada hacia adelante esperando el ataque de Lugho, pero el mercenario lo único que tuvo que hacer fue golpear hacia afuera la espada de su contendiente; esta acción se realizó con tal fuerza que el rey cayó sobre una de sus rodillas clavando su

espada en el suelo. Trató de levantarse, Lugho se lo permitió. Darmonio alzó su espada con las dos manos sobre su cabeza y con grito que salió desde sus entrañas se abalanzó sobre el Chatti. Lugho detuvo el golpe con el escudo y así pudo enterrar su espada en el estómago del anciano. Fue una estocada limpia y enérgica. De la boca de Darmonio salió un leve gemido y con los ojos desorbitados se derrumbó; Lugho lo sostuvo como pudo y lo dejó en el suelo. A continuación, tomó las manos del muerto y las puso sobre su pecho abrazando su espada y le cerró los parpados. Llamó a diez de sus lanzas con monturas y les ordenó llevar el cuerpo del rey y sus hombres a su tierra para que fuera enterrado como se merecían los valientes.

Repliegue

Mientras se alejaban podían ver a lo lejos cómo aquella tierra se hizo lodo por tanta sangre derramada. En la distancia podía apreciarse los reflejos de un pequeño lago... Ese día murieron demasiados hombres y el resto moriría mientras huía a sus hogares. Pero la misión se había cumplido como estaba convenido, el enemigo fue detenido y ahora Ahhor, aquel caudillo avaro, debía entregar las tierras prometidas, si es que no terminaba como alimento de los cuervos.

Los supervivientes, algunos montados otros a pie, viajaron hacia las tierras del rey Ahhor a recibir lo acordado y era solo por eso que la convicción no los había abandonado y aunque habían perdido la batalla no había fracaso en la tarea que era lo que importaba realmente. La distancia hasta las tierras del tacaño se hacía aún más larga, ya que había pantanos y otros clanes que no les agradaba la idea de que unos *lanzatristes* anduvieran por sus tierras. Como el tiempo apremiaba, forzaron la marcha y evitaron toda zona habitada. Así, andando dos días y dos noches y parando solo dos veces para breve descanso, pronto pudieron dilucidar los dominios de Ahhor que se distinguían de los demás porque siempre tenían la tierra fértil y negra y no importa qué estación del año fuere, siempre había sirvientes trabajándola, por ello es que quizás las mezquinaba tanto, pues no existía tal gracia terrenal como allí había en ninguna otra parcela de esta tierra maldita.

Los hombres de Brunnar intención de luchar no traían y si habían forzado el andar, era porque bien sabían que, si Lugho llegaba primero, cobrar no podrían. Venían a una sola cosa: reclamar lo acordado. Pero se encontraron con un panorama totalmente distinto. A medida que iban llegando podían ver los despojos que dejan los guerreros en veloz huida. Vieron el después de una terrible guerra, entre dos pueblos igual de temibles. Recorriendo el lugar se veían las nubes de moscas, las entrañas pudriéndose junto a cuerpos desmembrados que eran despedidos por dolidas viudas. Toda aquella zona estaba impregnada de armas de todo tipo y de heridos siendo, todavía, devorados por las bestias carroñeras. El cielo de esa tarde se despedía de los caídos con una fina llovizna que enseguida lavó los rostros exhaustos de los recién llegados que se quedaron ahí, sin palabras, fascinados, sin poder asimilar todo aquel monstruoso desastre. Nadie se atrevió a saquear a los muertos ni a tocar nada más, se limitaron a rezar y despedirlos con el mayor de los respetos.

¿Quién había vencido? ¿Dónde estaba Ahhor? Preguntas que carcomían la cabeza de Brunnar.

La tropa siguió el camino del desordenado repliegue de los vencidos y concluyeron en el asentamiento, el cual estaba protegido por un anillo de entramado de ramas y troncos que, aunque parecieran endebles, tenían la cualidad de ser infranqueables frente ataques sin mucho entusiasmo. Se asentaron cerca de allí y pudieron observar cómo más al este las tropas vencedoras preparaban el cerco para bloquear y matar de hambre al resto de los que allí se escondían. Entonces, mientras esperaban momento propicio para ir a reclamar lo convenido descansaron protegidos por los árboles; las fogatas estuvieron prohibidas.

La negrura de una noche casi invernal se apoderó de todo, su apetito era tan grande que no dejó ninguna luz ni reflejo sin engullir.

—Entonces su padre me la prometió para unir las fuerzas de las dos familias —explicaba Hamuxiriacus, un ancho combatiente del sur en una de sus tantas idas y vueltas en su intento de ser el hijo ideal de toda familia noble—, pero no iba a esperar tanto, entonces llevé mi mejor montura, “Sleipnir”, un hermoso semental de pelaje alazán con una línea blanca en su cruz. Con él a feroz galope fui hasta las tierras de mi futura señora y con la idea de escaparnos la busqué. Pero cuando sale de su casa y se monta — Hamuxiriacus no soporta más la risa y contagiaba al resto de los que allí se encontraban en una absoluta oscuridad— Sleipnir relincha y nos lanza a los dos al porquero —todos ríen con fuerza y son reprendidos por el centinela que tenía la tarea de vigilar la zona este del lugar—. Pobre Sleipnir, no soportó tres personas arriba suyo.

—¿Tres? ¿No eran solo ustedes dos? —preguntó uno de los oyentes.

—Así es, pero esta mujer pesaba tanto como dos guerreros del oeste —la respuesta llenó de risas la tensión de aquella penumbra—. Su padre salió con espada en mano, era un bravo guerrero con muchas cabezas adornando su entrada y yo había mancillado su honor. Así que tenía dos caminos, o abandonaba la tribu o me enfrentaba a él. Y aquí me ven — Hamuxiriacus finalizó el relato con una risa que el resto acompañó.

Mientras que algunos hombres se entretenían escuchando cantos de las caídas de grandes héroes, otros preparaban sus filos o engrasaban sus mallas metálicas y los escudos. Brunnar se reunía con Hermman y Mundebor con quienes iría a las puertas de Ahhor para pedir audiencia y dar parte de cómo se había resuelto todo.

Pronto llegaría Lughó y se definiría todo aquel embrollo. Debían prepararse para otra cruenta batalla.

Tomaron las monturas y sin armas ni blasón partieron raudos a la reunión; sin perder de vista a los guerreros que asediaban a Correo, llegaron como si fuesen simples comerciantes y llamaron a las puertas hasta que un centinela con el rostro carente de convicción los atendió de mala gana.

—Ve y dile al que esté a cargo de la guardia que soy Brunnar *Hammar* y vengo a hablar con tu señor porque me debe.

El centinela al principio dudó, pero al fin de cuentas ¿quién era él para decidir a quién su señor recibiría o no?

Brunnar y sus oficiales esperaron con recaudos para no llamar la atención de algún indeseable. Pronto, por aquel intento de muralla, apareció el guardia y los volvió a mirar con aires de desprecio, aun así, abrió las puertas y entraron. En aquel pueblo tuvieron la visión de la derrota. Correo había salvado su pellejo junto a muchos de sus guerreros más valiosos, pero eso significaba mantenerlos alimentados sin posibilidad de salir a cazar o recolectar ya que afuera cuantioso enemigo lo esperaba; esto provocó el descontento y hasta peleas por robos y saqueos de los oportunistas de siempre que aprovechaban la situación para hacerse con algún elemento de valor y escapar.

Los mercenarios anduvieron escoltados por hombres bien armados hasta el gran salón donde estaba Ahhor. Paradójico era ver cómo en ese salón otrora se había planeado el desastre que hoy podía verse. Al ingresar se encontraron con Ahhor rodeado de sus guerreros más importantes: Hodroriko, Dracato y su hijo. Brunnar los miró uno por uno y a pesar de verlos heridos vio furia en sus ojos y deseos de lucha en sus músculos tensos.

—Me dijeron que vienen a por lo que les prometí —Ahhor les habló casi con sinceridad, pero emitía algo extraño desde su asiento de rey —.

¿Dime lanzatriste —expulsó aquellas palabras como si ser libre o ser un hombre sin señor fuera un insulto—, acaso esos ojos extraños que tienes no vieron lo que sucede? —el rey se levantó de su lugar y se acercó a los contratados con el fin de intimidarlos—, acaso no te has enterado que he sido derrotado ¿Dónde estaban tú y tu fama cuando todo se derrumbaba? ¿Dónde estaba el famoso guerrero que puede partir culos con el trueno de Thor? Mira, ¡ve y mira! —escupió su desahogo en la sien de *Hammar*.

—Me mandaste a detener a Lugho y cumplí con lo mandado. Algo que por lo que veo, no todos hicieron —respuesta que fue como jabalinas que se clavaron justo en el orgullo de Hodroriko y Dracato.

Ahhor detuvo a Hodroriko que no pudo contenerse y casi ni su rey lo sostiene.

—¡Basta! —el señor de aquellos miró a sus guerreros de reojo y calmaron su dolido orgullo que clamaba por respeto—Dime una cosa hombre sin señor ¿Por qué ansias tanto andar libre? Arrastras a hombres por tierras con porvenir incierto y ellos te siguen ¿Qué les das a cambio? ¿libertad? No entiendo que tanto puede desear un hombre allí afuera que no pudiera darle su señor —Ahhor perdía la paciencia al recibir solo silencio y arrogancia— ¡Respóndeme serpiente traicionera!

—No podría realmente decirte que es la libertad, pero quizás ellos sí —y con un gesto de su barbilla Brunnar señaló a los esclavos que agacharon la cabeza al sentirse aludidos—. Rey, los que afuera esperan son casi doscientas lanzas y deseos de luchar no traen porque ya cumplieron. Tú ahora debes pagar o haré que esos deseos se enciendan nuevamente y aunque cancelaras la deuda ya no nos tendrás, es mejor tener doscientos hombres menos de que preocuparte, a tener doscientos más en tu contra.

—Miren a este desgraciado conejo, me amenaza con mandarme a sus yeguas de patas blancas para matarme. ¡Qué coraje y osadía tienes!

—Ahhor estaba furioso, sus deseos de matarlos eran contenidos porque

ahora sus problemas eran otros y más graves— Te pagaré y lo haré con algo tan valioso que un hombre como tú no podrá rechazar. Libertad. Te dejaré ir, dejaré que vivas. Ese será mi pago —Ahhor no río, pero poco le faltó. Era una burla cargada de saña.

Brunnar sin más que añadir a vacuo momento, se dio media vuelta y ofreciendo su silencio como respuesta, se retiró.

Mientras se largaba de la aldea su mente iba cargada de devastadores pensamientos y la furia se había apoderado de su razón.

Como en todo sitio, había gran cantidad de personas haciendo muchas cosas a la vez: guerreros lanzando piedras a los defensores en la empalizada, algunos tratando de derribar el portón y al mismo tiempo rellenando la fosa con fajina; otros tantos, en apresto para lanzarse al ataque. Luego los sirvientes que eran casi el doble de sus señores, pero muy inferiores en coraje, revoloteaban por todo el campo llevando y trayendo mensajes, cargando armas o preparando monturas. Los mesnaderos observaban desde una elevación cómo todo aquello se llevaba a cabo. A Brunnar le gustaba aprender de los errores ajenos.

—Que mierdoso desastre es este —dijo Hardinimio, el rubio guerrero venía de la tribu de los cuados, casta que engendraba hombres que no tenían otra cosa que hacer que no fuese alquilar la espada y la guerra de guerrillas. Hardinimio miraba con desprecio y decepción aquel espectacular fracaso bélico—. Deberíamos dejar que ese hijo de porquero se pudra en su desdicha....

—No vine a esta campaña para luchar sin ver esas tierras mías... he andado tras el culo de estas ratas lame falos más días y más noches que cualquiera.

Vastus, un lancero de las tierras montañosas lo interrumpió con fulminante mirada.

—¿Qué, acaso no has visto las hojas de los árboles? ¿No has oído el viento? ¡El invierno está cerca y si nos atrapa en este agujero moriremos!

—habló tajante el cuado lanzando algunas hojas arrancadas del árbol más cercano.

Brunnar oía aquella discusión como si de un lejano disturbio se tratara. Estaba concentrado en sacarle provecho a toda aquella porquería de campaña. Observó buen rato la empalizada y vio a los hombres de Lugho tratando de penetrar una muralla de madera y terraplén, alta como dos hombres, sin éxito. Sin darse cuenta, ensimismado se le acercó Hermman y en privado, mientras la tropa discutía entre quedarse o irse, le habló seguro, pero sin alzar la voz:

—¿Qué piensas hacer?

—Reúne a los hombres y que desplieguen campamento a las orillas de aquel vado —apuntó con su dedo indicando el lugar al lado de un regato. Muy común era ver que detrás de toda aquella organización había un sin fin de cuestiones que no dejaban dudas sobre lo malsano que podía volverse un bloqueo prolongado, pues no era beneficioso para ninguna de las partes y, aun así, el que asediaba poseía una logística bien engrasada; los malos espíritus, los heridos y el descontento se mezclaban dando castigo al caudillo con huidas masivas de sus lanzas, pues mal augurio era

para la mesnada un jefe tribal sin la bendición de los dioses y esto lo sabía hasta el más joven de los campeadores y por todo ello preferían desertar a tener morir por el capricho de hombre desgraciado.

Y la noche llegó para descanso de los valientes y refugio de los cobardes. Aquella oscuridad tan negra como las lagunas del hades se rompía con las fogatas de las tropas que yacían en sus descansos. El asedio seguía en pie con hombres de refresco tratando de quemar las puertas. Los defensores estaban dispuestos a entregar cada gota de sangre sin retroceder un metro siquiera. En el centro del campamento se erguía la tienda de los mandos, era una especie de gran salón que servía más para intimar a los comunes que para tomar acertadas decisiones. Era aquí donde en acalorada discusión no salía acuerdo de plan de batalla que diera con la derrota de pueblo tan aguerrido para la lucha y tan crecido de coraje, que ni el hambre ni la amenaza de cruenta muerte lograba cejar su convicción. Merolas, yerno de Ovrod y Señor de la mitad de los reunidos allí, habló con displicencia:

—Cuanto más debo soportar esta espera. Casi dos mil guerreros son incapaces de derribar un portón tan viejo como una hechicera. Merolas era un caudillo ambicioso y desconfiado, muy bien sabía que, si el cerco se prolongaba más de lo calculado por la asamblea de guerra, todos quedarían atrapados por el invierno y sería la ruina de la campaña y por ende lo ajusticiarían por cobarde.

—Mi señor, nuestros hombres sin descanso han dado guerra a esa gente, las puertas ya están severamente dañadas y el hambre está causando duda en los defensores.

Sus oficiales eran nobles todos ellos, pero pocos eran grandes estrategas y mucho menos, inteligentes. Muy pocos habían estado en cercos y sus combates siempre habían sido contra aldeas con más mujeres que hombres.

Merolas era un líder imponente que sabía mandar con el miedo; su cabello largo quemado por siempre ir con cal y sus barbas trenzadas dejaban a la vista solo aquellos ojos de carroñero y su torque de oro macizo en su cuello ancho que daba cuenta de su estatus social entre su gente.

En ese momento ingresó a la tienda Brunnar y Hermman su segundo al mando. Gran sorpresa causó entre aquellos linajudos con sus elegantes pieles de bestias variadas, de barbas cuidadas y mallas brillantes.

Contrariando a todos, los contratados portaban sus viejas mallas con manchas de oxido y rostros quebradizos que denotaban una breve juventud.

Merolas rompió la tensión de las miradas celosas que habían provocado la entrada de aquellos no deseados a la sala donde solo los más dignos merecían estar.

—Están aquí por mi llamado. Son hombres que han luchado antes con los del norte... —Merolas pronunció todo aquello sentado desde su sillón de rey—Necesito saber el precio que me costará entrar a esa pocilga.

—Mi señor, este anciano ha luchado contra nuestros hombres atrasando su llegada —Realmente los nobles estaban indignados y no podían callarse. Una discusión acalorada se libró en aquella reunión.

—Escúchenme bien serpientes sin cabezas —alzó la voz y miró a cada uno de los que estaban allí. Merolas era el señor de aquella correría y no daría media vuelta volviendo sin nada—, no me importa cómo, me importa cuándo.

—La mitad de todo lo que un hombre pueda cargar y tierras donde formar un clan de guerreros dignos de la casa de Týr, ese es nuestro precio —pronunció Brunnar con una pisca de desprecio que se pudo percibir. Sin levantarse, pero mirando fijo a los ojos del líder de la mesnada se impuso ante todos y sin previo consentimiento de ninguno, puso a cargo de la vanguardia a aquellos extranjeros. Brunnar sabía bien que muchos, si no todos, deseaban su fracaso. Llevarse el favor del caudillo era acceso directo a un favor real. Si fracasaba, otro se llevaría la gloria.

—Mañana, antes de que el sol esté en lo más alto, tú estarás sentado en tu nuevo sillar— palabras endulzadas como la miel endulza el vino. Merolas miró pensativo a Brunnar. ¿Qué opción tenía? Sus hombres empezarían a desertar o a morir por los espíritus que habitan en la mugre. Si fracasaba tendría que rendir de cuentas a su suegro y al consejo de los comunes. No. El fracaso no era el camino. Debía salir victorioso o tendría que doblar su espada ante todos sus guerreros. El caudillo usaría a los descontentos con Ahhor y no a Lugho, porque los hombres de Brunnar lucharían con fervor por necesidad y por venganza, motivos que caracterizan a todo hombre que empuña una lanza en contra de otro. Para *Oso blanco* tenía otra misión.

Brunnar, al salir de la tienda donde habían acordado con Merolas los términos de la victoria, se encontró con que los guerreros de Lugho que habían sido relevados y descansaban cerca de allí y fue mayor su sorpresa cuando Vridha lo vio entre todo ese gentío y alboroto.

—Vas y vienes hombre sin señor, pero recuerda esto —Vridha indicaba con el dedo las puertas de Ahhor. Se acercó tanto a Brunnar que dejó ver unos ojos azules y opacos y con una piel blanca con cuantiosas pecas.

—Cuando entremos y el caos nos rodee, te asesinaré.

—Que los dioses te permitan intentarlo perro con dueño— replicó Brunnar anonadado aún más por la arrogancia y la valentía de aquella mujer. Vridha lo despidió sacando la lengua y moviéndola de forma obscena. Aquella noche oscura y profunda, Brunnar no quitó los ojos de encima de aquellas grandes puertas, mientras que en el centro del campamento se llevaba a cabo el holocausto para bendecir a Merolas. El rito de sangre precedido por los druidas debía ser grande, digno de los dioses. Entre cantos y fuego murió un buey macho de color blanco, un enorme animal, chivo expiatorio de la desastrosa querencia de un inútil. La sangre carmesí se la bebieron los brujos y con el resto pintaron dibujos y escribieron tatuajes en los cuerpos de los escogidos. Los magos consideraron que todo aquello había salido bien y el sacrificio era agradable a las caprichosas divinidades. El resto de los contratados estaba alrededor de la cocina de campaña en donde Vestus batía con paciencia y esmero. Todos ellos eran ajenos a los festejos que se oían de lejos; esos preparativos no eran de su incumbencia, pues menester era llenar el buche de buen estofado que rezar y derramar sangre para dioses que eran de su

ignorancia. El reducido campamento al costado del angosto río era un improvisado asentamiento con las tiendas en círculo y la armería en el centro. Más allá estaba el bagaje, lo más importante después de las monturas. El sol se había escondido en el horizonte como huyendo de aquella matanza. La bola de fuego se llevó el cálido abrazo para dejar paso a las primeras bofetadas del invierno con vientos suaves y fríos. La cuchara de madera giraba la sopa de liebre y los comensales atentos y con el estómago ardido miraban con labios ensalivados, esperaban que el cocinero se dignara a dar el visto bueno para la comilona.

—Tengo el hocico seco montañés, las tripas se me retuercen. Mierda de osezo es todo esto, si enseguida no arrimo consuelo a la molleja empezaré a patear culos —todos rieron con ganas, al menos así se aflojaban las tensiones que provocaba aquella dilación.

—Pues empieza, a ver cómo te va —dijo el fibroso guerrero llevando los labios a su tan ansiada cena.

El aburrimiento podía llevar a la tropa a ponerse muy inquieta, sobre todo cuando se trataba de hombres que no tenían otro oficio que contender. El cuado aburrido y molesto observaba a Vestus en su taburete dando probaditas al guisado.

—¿Oigan, ¿cómo cocinaran los hombres de las montañas? ¿ah? Dicen que se lavan con sus orines —dijo arengando con las manos para que los demás riesen con aquella burla.

—Ya lo sabrás cuando te meta el caldo por el culo, pedazo de mierda blanqueada —pronunció Vestus sin molestarse en mirar al rubio guerrero. Hardinimio masticó el insulto por un momento hasta que su temperamento afloró.

—Eso me gustaría ver perro olor a meo.

Vastus se desprendió de su asiento y fue directo adonde estaba parado Hardinimio. Justo en ese momento llegó Brunnar y Herman y la pelea nunca se materializó. Sí lo hicieron las quejas de los espectadores que esperaban una buena pateada de culo para, al menos por un rato, alegrar los corazones. Brunnar ordenó cenar a todos y dar una afilada a los hierros pues el día siguiente estaría cargado de ira.

La mañana traería desdicha para alguno de los dos bandos, ya que se decidiría quién se plantaría como nuevo señor en todas aquellas tierras. Brunnar era consciente de lo que se avecinaba, por eso esa noche tomó decisiones: pensó la táctica y abrió su mente para una rápida conclusión de todo aquello. Mientras dormía soñó cosas imprecisas, incluso con un caballo de ocho patas, idéntico al que montaba el Dios Odin, que vio entrando a la ciudadela de Ahhor.

El amanecer llegó pronto, pero esta vez un manto de nubes cubría el cielo cual venda que intenta cubrir el rostro de la vergüenza. El sol se había ido y más que nunca los guerreros estaban nerviosos porque esto no hacía más que favorecer las defensas enemigas. Los hombres del clan *escudos rojos* tenían costumbre muy estricta de iniciar diana siempre más temprano que aquellos que los habían contratado. Costumbre segura que daba tiempo a un buen desayuno con gacha de avena y alguna carne salada. Luego ajustaban los tahalís y se ayudaban mutuamente con las

pesadas mallas de hierro. Las espadas ya engrasadas esperaban su protagonismo mientras sus dueños hacían algunos ejercicios que venían bien para calentar los músculos y ablandar las articulaciones.

Aquellos guerreros de cuestionable oficio iban sin llevar compás, en desorden y con rostros fieros. Eran marciales arrogantes y orgullosos. Podría decirse que eran un mal necesario. Se abrieron paso de entre la gentuza amontonada, que esperaba la orden de cargar. Brunnar iba al frente guiando al resto pues sus hombres cargaban con un ariete de un buen tronco de abeto que en su extremo tenía un casco de hierro tachonado.

El carnix aúllo ordenando el inicio de los movimientos; los caudillos segundones de Merolas, con sus miradas, hincaban de envidia las nuca de aquellos guerreros que avanzaban en formación cerrada debajo de los escudos rectangulares formando una especie de caparazón, con esta formación los *escudos rojos* y su tropa se acercaron a la gran puerta mientras resistían con perfecto orden los envites de todo lo que los defensores le lanzaban. Aquellos escudos bien pertrechados y la disciplina de los hombres, rara vez vista entre aquellas gentes, se convirtió en una danza para los que a unos cientos de pasos más atrás aguardaban. Brunnar estaba en medio, al frente tenía enemigos y por detrás tenía posibles traidores. No había tiempo de pensar mucho, debía decidir o la muerte se los llevaría a todos al averno.

—¡Mantengan los escudos en alto! ¡Rápido, hacia la puerta! —Brunnar no pensaba perder más tiempo, debía terminar con esto lo antes posible y tenía la táctica adecuada. Algunos de sus hombres llevaban sacos con las partes más grasosas de los cuerpos de los cerdos que la noche anterior habían matado. Clavaron los sacos a las puertas y los hicieron arder. Sin perder tiempo se retiraron de nuevo en perfecto orden de formación. Las puertas ardieron con fuerza, quizás no caerían por efecto de las llamas, pero quedarían lo suficiente débiles como para ser derribadas por el gran tronco que los atacantes usarían como ariete; entonces, volvieron a cubrir a sus camaradas que llevaban el tronco tachonado y de nuevo, sin perder ningún hombre, se acercaron al portón. El gran madero dio el primer golpe y las puertas temblaron, pero parecían dispuestas a no ceder.

—¡Vamos más más fuerza! — animaba el jefe mesnadero a su tropa, pero sabía que el pavés que llevaban no estaba diseñado para tanta cantidad de ataques de armas punzantes y no podrían resistir más tiempo los virotes, piedras y demás porquerías que los defensores lanzaban. Sus hombres con un orden excepcional golpeaban sin cesar. Ese portón se resistió cual escudo a mil saetas. Pero al final cayó.

Merolas estaba impactado, a sus hombres los había llevado más de cuatro días tan solo acercarse a las murallas, y este extranjero no solo había derribado la entrada, sino que todavía le quedaban ansias para entrar y luchar. Al igual que él, sus caudillos se miraban entre sí confundiendo sus gruñidos entre las aclamaciones de los celtas que sin reprimir algarabía golpeaban las lanzas.

Los hombres de Brunnar ingresaron en tropel saltando los restos del portón, del otro lado había solo abandono. Los pobladores avecinando los

hechos habían destruido y asesinado todo aquello que les podría servir a sus enemigos. Brunnar miró buscando entre las casas de adobe y allí al fondo de todo aquel amontonamiento de porquerías vio la improvisada plaza donde se encontraba la casa del señor. Sin pensar en nada se lanzó en busca del final de toda esta mierda.

Los guerreros de Merolas ya estaban hastiados, la paciencia se perdió y les infundió la desobediencia y entonces al ver a los escogidos, que la noche anterior fueron bendecidos, correr hacia la gloria, el resto los siguió confiados de lo sencillo que terminaría todo, pues solo tenían una idea en su cabeza: saqueo.

Los guerreros vigorosos entraron y sin hallar resistencia alguna y ciegos de ambiciones se abalanzaron pensando que los hombres de Brunnar fueron muy valientes y muy estúpidos al realizar el trabajo sucio por ellos y ahora les quedaba solo saquear y beber. Merolas con la desconfianza que lo caracterizaba, entró junto a sus hijos rodeado de su guardia de guerreros escogidos y dejando su montura, confundido buscaba a Brunnar con mirada inquisitiva y es que algo andaba mal. ¿El enemigo después de sufrir bloqueo ofreciendo tenaz resistencia ahora abandona la ciudad, así como así? ¿Y el traicionero mercenario y su banda de desgraciados?

—Xeorodigte, reúne a tus caballeros y cubre el ala izquierda por detrás de las ruinas en aquella loma y diles a tus lanzas que formen en cadena —. Pero cuando el jefe de su guardia terminaba de entender las órdenes ya era tarde, sus indisciplinadas tropas se lanzaban a la orgía desenfadada de sangre y gloria que tanto les habían prometido.

Con la formación rota, los caudillos habían perdido toda autoridad sobre aquella turba de imparables salvajes que corrían por entre las casuchas de los pueblerinos como ratas que buscan mezclarse con la basura. Ya toda idea de autoridad o subordinación se esfumó del corazón de aquellos marciales.

Alentados por la necesidad de grandeza, los hombres querían llevarse todo aquello que diera fe de la gran victoria que habían conseguido. Pero, así como la ambición los aturdió, también lo hizo aquel sonido grave y legrado que solo un instrumento podía generar: un *carnix* llamando a las armas a sus hijos y apresurando a sus enemigos en nerviosa huida hacia la seguridad de sus escudos.

Los condestables celtas agudizando la vista y más pronto que tarde, se vieron rodeados por ojos fieros y murmullos de odio.

Detrás de los guerreros que respondieron arduos al llamado del *dragón* estaban los druidas de la tribu que preparaban los cantos para que su hijo pudiera congraciarse hoy y no otro día con los dioses, pero primero debía luchar y regar su suelo de sangre enemiga. Para ello tenía la magia de lo oculto, la magia que solo pueden tenerla aquellos que son dignos y para eso el mago conocía los secretos de los bosques para convertir a los escogidos en bestias. Muchos acudían a su lugar prohibido, pero no todos tenían los atributos para volverse aquello que habían sido en su vida pasada. En cambio, el druida de la tribu, desde pequeño vio en *Bair-emen* un afortunado físico y un futuro brutal y por ello fue acunado para destino bélico y su mentor lo ofrecía como llamador de espíritus. Se instruyó en

los bosques donde moraban las formas macabras y donde solo los más osados tenían la fiereza para estrangular a los hijos del caos que allí andaban para luego vestirse con sus cueros. Eran portadores de pieles de monstruos que los druidas arrastraban a la lid.

Entre aquellos magos se encontraba Mirghor, *el ciego*, porque sus ojos se habían entregado en odioso intercambio con los dioses. Aquel engendro era tan alto que debía arrodillarse para que su mentor llegara a su rostro. Le habló al oído y murmuró:

—Ūruz—. El mago se alejó suavemente, pero con premura porque había despertado a lo indeseable. El gigante se irguió y tomó la magia del cuenco de madera que la contenía para hablar con los espíritus de los pantanos y convertirlo en aquello que se le demandaba. El hombre-oso bebió del *cuenco de las voces* y enseguida el coloso sintió la bebida amarga y grumosa bajar por su garganta y entonces fue cuando la mente y el cuerpo del guerrero se fusionaron en poderoso remolino de fuerza y trance. Sintió la inmortalidad y el vigor que genera la posesión de las ánimas que ahora habitaban en su cuerpo.

El druida se apartó y enseguida dos temerosos siervos quitaron los grilletos y cadenas no sin antes atar el pesado martillo a las manos del loco aquel.

Merolas

El invasor no solo se sentía sobrecogido por verse rodeado, también se sentía inseguro viendo cómo aquella tribu no paraba de mirarlos como si miraran al borrego que está a punto de ser degollado. Merolas no entendía cómo es que aquella gente no se entregaba sin más, en cambio, estaban ahí preparados para luchar de nuevo.

Un sonido distinto al anterior volvió a escucharse, este provenía del mismo instrumento, pero con otra intención, era un aviso. El ruido del canto del carnix puso a todos en alerta.

La nevisca no se había disipado del todo. El sol todavía se resistía a presentarse y unos vientos violentos azotaban la tensión de aquel día. Merolas estaba a punto de dar la orden de cargar, pero entonces fue interrumpido por unos gritos animalescos. Los ruidos se acercaban, era de alguna bestia que sufría, pero no podía verse mucho más allá por la cortina que brindaba la neblina. Pronto se dieron cuenta de que el silencio era tal que podía escucharse las pisadas del animal.

De aquel manto grisáceo salió ese ser mitad oso, mitad hombre. El enorme guerrero iba solo con la piel de un temible oso negro de las montañas, animales tan fieros que para vencerles había primero que beber de la magia de los brujos. Merolas quedó congelado y con los ojos más abiertos de lo normal, veía como el *hombre-oso* se abría paso en el flanco derecho de su formación. Las lanzas de aquel lado no tuvieron más opción que intentar cubrirse con sus escudos, pero el pesado martillo del belicoso *ulfhednar*, los apartaba de un golpe y así, con cada embestida rompía algún cráneo o dislocaba algún hueso. Nada le hacía daño.

Brennicolao, un lancero Eduo, tenía muchas campañas encima pero nunca se había enfrentado a tan temible enemigo...

Tenía los ojos contraídos y de su gran boca, salía aquella blanca rabia animal cuando las bestias lo poseían y por ello era que dientes sanos no tenía porque todo lo mordía. Realmente no creíamos en los cuentos de los ancianos de la tribu, pensábamos que de aquellos endriagos nada había quedado, pero ahora estaba entre nosotros y era capaz de aplastar un cráneo con sus patas de buey. Llevaba el martillo atado a su mano, desnudo el cuerpo y pintado; era tan alto que su cuello no podía alcanzarse; tratar de acercarse era buscar la muerte; se notaban las cicatrices que dejaron las garras y no la lanza. No sentía dolor porque recibió cuánto daño pudo habérselo hecho, pero aun así no expresaba ni disgusto ni trauma. Llevaba los músculos que no son de hombre sino de una manada y así como no sentía tampoco distinguía propios de ajenos, era por ello que los suyos también se alejaban.

Corría, rebuznaba y gritaba como si del sufrimiento quisiera liberarse y aunque lo he visto sangrar, no muere....

Merolas montó en cólera, ahora estaba rodeado por el enemigo y tarde fue cuando de aquello se percataron.

—Matad todo lo que vive y si aún queda vestigio de infame gentuza echar cal en sus ruinas —dijo aquel inicuo a sus leales buscando encender de nuevo el valor en los corazones de sus guerreros.

Pero estos dudaron unos segundos y al ver que atrás también aquella tribu estaba cubriéndoles el escape, no tuvieron valor para intentar huir, entonces se introdujeron a la lucha sin convicción, pero buscando vivir. Hardinimio y Hermman optaron por rodear la formación, seguramente Ahhor estaría en retaguardia. Brunnar buscaba verlo en las filas de los escogidos, pero no pudo hallarlo. Tarde se dio cuenta que aquel rey estaba loco y que lejos de buscar la protección de la retaguardia, estaba entre las filas del frente. Luchaba adelante de todos ellos y ahí estando de pie y portando todas sus armas con su bien pulida malla de anillos metálicos arengó a su gente:

—Guerra querían y aquí les traje la guerra malditos desdichados amigos de la muerte. No son más que la hojarasca del árbol muerto. Ustedes, desafortunados, no saben que un pueblo que ya lo perdió todo puede perder aún más y ahora vienen aquí, vienen a mi guarida donde tantos gobernantes de hombres he matado y allí pueden ver sus cráneos blanqueados y colgados para que aquel que me visite sepa que hospedaje le daré y también de comer, pero sabrá que no soy un *melenas* y que allí esos cráneos son de aquel que disfrutaba la guerra y ahora mora en el abismo —dijo agitando la lanza tan exaltado como el jabalí que se ve cara a cara con la muerte.

Los guerreros de Ahhor emitieron tal grito que los oídos quedaron asediados bajo el zumbido y en semejante confusión toda aquella vorágine de sangre y metal se desató.

Ya todo estaba perdido para los que no pudieron escapar y para aquellos que se quedaron sería una muerte honrosa con los dioses celebrando la bienvenida de tantos nuevos valientes en sus legiones. El hombre-oso seguía de pie y no había lanza que pudiera matarlo porque en él actuaban los espíritus de los animales; razón de hombre no llevaba y es que el dolor

no lo abordaba y con su martillo los escudos partían y las cabezas aplastaba; de él todos se apartaban cuando su martillo asomaba. Así el flanco de aquellos ejércitos rompió y hasta el centro llegó. Los *escudos rojos* habían elegido bando y ahora debían luchar para romper la voluntad de pueblo tan aguerrido.

Vastus se las vio cara a cara contra el Berserker aquel. Era realmente grande. El martillo, arma predilecta de los guerreros más fuertes, era como una astilla en sus manos y lo batía sin cansancio y quien caía en sus garras era destrozado. Vastus interpuso dos veces su escudo intentando parar los golpes, pero solo logró que se astillara y quedara obsoleto, ahora, contaba solo con su falcata. No quedaba mucho por hacer, debía esperar que el guerrero fuera más lento y así filtrarse por uno de los flancos y ensartar el metal en el espinazo del enemigo y entonces, la oportunidad se le dio cuando el adversario lanzó un golpe de su mazo y Vastus, haciéndose a un lado, logró anticipar el movimiento casi tropezando. Entonces fue cuando el cántabro aprovechando que el flanco de su agresor había quedado expuesto, penetró el hígado del Berserker. Vastus, empujando con sus dos manos, logró hundir hasta la manopla de la espada la hoja en el cuerpo del guerrero aquel. El Berserker dio un alarido, pero todavía con mucha vitalidad corriendo por sus venas, giró con violencia y asestó un duro golpe en la sien de Vastus, hizo volar su yelmo y le causó un fuerte mareo que casi lo derriba. *Bair-emen* sin prestarle mucha atención al metal ensartado en su cuerpo, levantó su martillo y se dispuso a destrozarse el cráneo de su adormecido contendiente cuando sintió que algo penetraba su espinazo, el filoso hierro había cortado las vértebras lumbares provocando que la mole aquella se viniera abajo. Su agresor sacó el hacha del cuerpo del temible guerrero y dándole gran impulso volvió a golpear el cuerpo, pero esta vez en su nuca penetrando tanto que la cabeza quedó solo prendida por la tráquea. La sangre se le escapó con fuerza al igual que su vida.

En la plaza principal los asediados, rodeados y superados en número lucharon por vivir y ya con el hombre-oso caído el invasor pudo recuperar sus flancos y de esa forma forzar una victoria. El pueblo de Ahhor peleó sin descanso y entre cantos de guerra y blasones de cada clan en lo alto, todo aquel que pudiera cargar una frámea luchaba, incluso sus mujeres que quizás eran más fieras todavía, pues siempre dispuestas a proteger al vástago rugían y con cal pintaban sus cabellos, mordían, gritaban y a sus hombres arengaban:

"No se atrevan a cargar con la vergüenza. No se atrevan a mirar atrás pensando que les daremos cobijo en nuestros senos porque nosotras no sabemos amar a los cobardes. Miren adelante y avancen, y si tienen la suerte de morir de pie, entonces, sus hijos sabrán que en esta tierra están los huesos de quienes no temieron".

Ahhor

Delante del círculo de los *cinco héroes* estaba Ahhor luchando como oso que rodeado por lobos se veía sin salida. Blandía su espada larga ya sin su escudo y cubierto de sangre de heridas propias y ajenas. Aquel temerario

rey, moriría de pie según mandaban las enseñanzas, sin contagiar miedo ni dar pena porque el que muere convencido es el que no vuelve.

Siempre decían de él que se convertía en un Dios cuando luchaba, pero el cansancio que tenía en sus músculos era muy humano y también el dolor que lo invadió cuando un intrépido lancero enemigo ensartó su lanza debajo de su omoplato izquierdo y destrozó su corazón.

Ahí quedó otro héroe muerto en sus principios sin nada que desear y sin sufrir ninguna otra necesidad.

La sal en los labios de los guerreros era signo de la profunda deshidratación que estaban sufriendo. Los hombres del Rin podían oír a sus familias aullar unas filas más atrás, imaginarse a sus hijos como siervos y a sus hijas desfloradas por las indignas tribus del oeste; era el colmo de la humillación, era la idea más indigna aún más que traicionar a su señor, por esto y por el odio natural que se tenían las gentes de un lado y del otro era que no podían decaer. Había cuerpos mezclados, amontonados, retorcidos, mutilados; eran los que ya descasaban, para ellos había terminado este calvario de polvo y sangre. Ya las aves de carroña volaban en círculos, eran cientos y vaticinaban el festín, eran muchos los muertos y más los heridos ansiosos de partir que serían abandonados allí donde habían caído y serían presas fáciles, dóciles e inertes; morirían ahí al lado de sus hermanos de la misma sangre.

Los elegidos por Odín eran elegidos por las Valquirias que abrazaban a los caídos que habían demostrado gran destreza y valentía. Bendito eran aquellos que supieron entregar su vida de forma costosa y heroica.

Brunnar había perdido la noción del tiempo, llevaba cambiando tres veces de lanza y no portada ya su escudo ovalado; el cansancio le había adormecido los brazos y necesitaba cargar la frámea con las dos manos, apenas si hacía algún movimiento, se limitaba a soportar el frente sintiendo por momentos que la conciencia parecía abandonarlo y veía imágenes de muertos levantándose o quizás eran sus almas. Veía druidas invocando espíritus de viejos guerreros, escuchaba las voces de los demonios de su niñez y sin temer, pero fascinado podía escuchar la voz de sus hermanos llamándolo para ir a donde habita Balar. La realidad era terrible y cruda, no debía caer, no sin antes cumplir con la deuda de su pariente. Debía resistir, levantar la precaria lanza y agujonear a los perros enemigos, malditos y despreciables que al verse acorralados eran capaces de volverse guerreros tenaces. Tenía sus músculos al borde del síncope, fatigados, adormecidos y el aire casi no entraba en sus pulmones colapsados, ya lo único que le quedaba era colocar la lanza hacia arriba encajando la parte inferior contra su sandalia de cuero de jabalí. Al menos de esta forma, y rogando a los dioses, podría desestimar algún ataque. Mundebor junto a la espalda de Brunnar se las vio con dos fieros celtas; uno de ellos blandía un mazo largo. El feroz hombre detuvo el primer golpe del enemigo, pero ese movimiento había sido tan fuerte que el mazo casi se rompe; recibió otro más. En el tercer golpe, Mundebor ensartó su metal en el aductor derecho del guerrero, la estocada fue tan rápida que entró y salió no sin antes dar medio giro de hoja rompiendo la carne. La herida fue sencilla pero tan destructiva que su enemigo se tuvo

que arrodillar y trató de no gritar. El otro guerrero se encolerizó de tal manera que pareciera que lo uniera un lazo familiar con el herido y ahora se le venía encima; Mundebor ya sin su rodela, estaba expuesto al violento antagonista. Los dos se miraron y el celta se acercó lanzando fintas sin ver la espada que se le ensartaba en la base de su cuello. Brikenseco usó sus dos manos para levantar la espada y ensartarla con más fuerza desde arriba para que la hoja penetrara hasta su tórax y la muerte fuera rápida. El celta se retorció hacia un costado y murió enseguida.

Brikenseco tomó el escudo del muerto y se lo tendió a Mundebor, los dos se miraron y se vieron agitados y sucios, pero sin heridas graves; entonces Brikenseco suspiró y acercándose al otro celta que aún no lograba estabilizarse, lo miró y el celta entendió todo: el guerrero soltó su escudo, su mazo y se arrodilló con el mentón erguido y la cabeza en alto, levantó los brazos y mirando al cielo balbuceó algunas palabras mientras su ejecutor se acomodaba detrás. Brikenseco levantó su espada con la punta mirando hacia abajo apenas apoyada sobre la tercera vértebra cervical, separó las dos piernas del ancho de sus hombros para no perder estabilidad y estar cómodo para ponerle empuje al ensarte. Cuando su víctima le indicó que estaba listo, Mundebor tomó el arma del celta y se la dio para que la sostuviese, así, el verdugo con un movimiento rápido penetró la columna vertebral rompiendo la médula espinal y provocando una muerte limpia y rápida.

En aquella tierra yacían cientos de cuerpos retorcidos, atormentados, destrozados. En sus rostros se les reflejaba el instante mismo en que la muerte les había arrancado el espíritu; ahí estaban con los ojos y bocas exageradamente abiertos, eran cuerpos vacíos, vehículos, que ahora ya no portaban nada, solo eran alimento de larvas. También estaban los que habían sido mutilados y se arrastraban entre el lodo sangriento y mierdoso. Las hachas provocaban heridas fascinantes porque si llevaban fuerza al golpear, la extremidad quedaba prendida por la piel, mientras que la víctima sostenía débilmente lo que antes era un brazo. Los gritos de terror del que se ve a sí mismo destrozado es el ingrediente perfecto para atacar la moral.

Había otros que llevaban garrotes con los que buscaban golpear y romper, pues eran armas temidas por todo aquel que las enfrentaba porque si el golpe era certero, se podía lograr astillar o fracturar algún hueso o destruir órganos internos y así provocar hemorragias. Otros tantos portaban las frámeas que eran lanzas cortas con una punta muy afilada en el extremo. Parecían traer una muerte rápida y limpia, pero nada más lejos de la realidad. Estas armas buscaban siempre ensartarse en zonas dolorosas o blandas, en los ojos por ejemplo; al entrar allí solo bastaba empujar para toparse con el lado interno del cráneo; además, una vez muerto el enemigo se podía extraer con relativa facilidad.

Los caudillos

Dracrato se abrió paso entre los guerreros para encontrarse con su señora y sus hijos.

—Escúchame mujer y no te atrevas a negarte —dijo un Dracato resignado pero exultante mientras tomaba de los brazos a su mujer—. Ve al establo, allí hay dos monturas, huye a la casa de Xhor donde te darán alimento y cobijo. Vete mujer, aquí ya todo lo hemos perdido.

La señora de la casa del caudillo aquel corrió según indicación de su hombre buscando salir con vida de aquel desastre.

Hodroriko había dejado la lucha para quemarlo todo junto a sus reales, se dedicó a destruir lo que podía llevarse el enemigo; al verse rodeado ordenó pasar a cuchillo a toda mujer y niño que no pudiera luchar. Eran órdenes que pinchaban el orgullo, pero el destino de los indefensos sería aún más terrible si eran dejados con vida a merced de los invasores ávidos de recompensas. Ahora ya con las indicaciones dadas a sus hombres de mayor confianza, los caudillos podrían morir en la lucha porque así volverían para reiniciar de nuevo como algún astuto animal o como un famoso canto.

Dracato y Hodroriko con menos de la mitad de hombres, con su rey ya en el palacio de los héroes y sin más que esperar, ordenaron formación de *erizo*, quizás los dioses los esperaran aun siendo vencidos. Mientras que el adversario se aproximaba en perfecta alineación, cauteloso, prevenido. Los valientes esperaban cuidándose unos a otros con sus escudos, como hermanos de armas. Drugha se encontraba junto a su joven hijo que entraría por primera vez en batalla.

—Si tu abuelo te viera estaría orgulloso de cómo luchaste hoy —Drugha estaba herido, cansado y un golpe de hacha le había costado un ojo, aun así estaba ahí con los valientes—, pero no te preocupes, hoy mismo nos veremos en el Valhöll mi apreciado.

—Nunca mueres —respondió su hijo, mirándolo con orgullo y seguridad.

—¡Nunca mueres! —exaltado gritó Drugha y el resto de hombres maltrechos y sangrados respondieron con un rugido que estremeció de admiración los corazones de sus enemigos.

Lugho en formación cerrada, con disciplina y sin descanso rodeó a la formación enemiga, y ya sin cerrarles todas las salidas, solo quedaba aquel montón de valientes olvidados que eligieron morir allí que vivir miserables.

Brunnar apenas se movió para el avance final, se quedó allí respirando, mirándose con detalle, buscando heridas de gravedad, pero ninguna era de muerte. Ahora ya con todo aquel infierno terminado se dedicaba a reagrupar a sus hombres porque la misma gente que les permitió luchar, ahora podrían volverse sus verdugos, pero no podía hallar a los suyos, quizás todos habían muerto... Caminó recorriendo la plaza de armas de la aldea que en verdad era tan grande y otrora próspera que antaño estuvo colmada de puestos de todo tipo: carniceras, frutas y artesanos, pero ahora había un cementerio. Grandes hombres y mujeres habían muerto defendiendo su hogar; pero Brunnar no entendía el sentido de aquello. Mirando con detenimiento advirtió a Ardinimio arrodillado al lado de un cuerpo. Al acercarse lo vio sosteniendo a Vestus que se encontraba semiconsciente. El golpe del martillo lo había dejado en una especie de limbo y Ardinimio lo sostenía y le ofrecía agua.

Habían luchado y lo habían hecho bien, y los dioses lo premiaron con la victoria. Brunnar observó todo aquello y por un momento no entendió el sentido del momento en que estaba.

Se alejó buscando a más de sus guerreros, hasta que vio el estandarte de su hermandad, un escudo rojo con un lobo bicefalo; observó también debajo de él a los demás integrantes sentados, bebiendo de unas vejigas. Se acercó allí, se quedó parado a unos pasos de ellos y los miró a todos inspeccionando sus rostros cansados y asqueados. Buscaba indicios de traición o de algún acto de rebeldía, pero solo vio resignación. Brunnar se quedó con ellos sin decir más. No había nada para decir, habían vencido, era lo que importaba ahora.

—Brigo y algunos más están apresados...ven... —lo increpó Hermman, tenía un profundo tajo debajo de la axila y la nariz rota.

Brunnar se levantó, muy a su pesar para acompañarlo y notó que Hermman caminaba más como un muerto que como un vivo. De pronto su lugarteniente se paró en seco y con la nariz astillada miró hacia donde estaban sus demás guerreros. El líder de los mesnaderos vio a veinte de sus hombres arrodillados, atados y custodiados por los hombres de Lughó. Brunnar se acercó ansioso por saber el porqué de este atropello fijando su mirada indignada hacia el que parecía ser quien mandaba a esos guerreros rubios. Sin saludarlo lo increpó:

—Estos son mis hombres, desátenlos.

El oficial que llevaba un casco de bronce muy maltrecho lo miró con furia, pero sin perderle el respeto que ese día los *lanzatristes* se habían ganado, le respondió:

—Estas ratas se pasaron al bando enemigo y al caer en desgracia, tiraron sus armas y suplicaron clemencia.

Brunnar sin poder replicar nada miró a cada uno, pero ninguno de ellos pudo sostenerle la mirada, habían demostrado quiénes eran realmente y se alejó de allí, no pensaba gastar más energía en aquello que no valía la pena.

Para organizar aquel caos, cada clan levantaba bien en lo alto su blasón y entonces los hijos de aquella tribu se reunían cada uno con su familia.

El pueblo devastado y humeante todavía con algunos gritos de fondo se presentaba en ruinas porque cuando un pueblo valiente cae se lleva todo consigo y este caso fue el peor. Los hombres de Ahhor quemaron y mataron todo, incluso mujeres se presentaban degolladas en las casas con sus hijos en un abrazo cadavérico.

De aquella guerra no se obtuvo nada. No hubo vencedores. Nadie salió victorioso, porque los últimos guerreros lucharon hasta la muerte y aquellos que habían sido mutilados y que no podían sostener lanza cualquiera eligieron terminar su vida de manera honorable y no ser criatura de holocausto para magos ajenos.

Todo guerrero sano que pudiera cargar con el saqueo se puso a realizar tan esperada acción, sin más que perseguir, matar o esperar; los hombres reclamaron lo que les corresponde a todo aquel que ha luchado y sangrado por causa justa, o no, al final eso no importaba.



Vridha buscaba a Brunnar, tenía una promesa que cumplir, pero no encontró a un guerrero valeroso y eufórico para grandiosa victoria; en cambio, encontró a un hombre hastiado y casi derrumbado con las heridas supurantes y con una mirada que buscaba más un fin que un comienzo. La escudera se acercó y sin decir nada se le puso a una distancia donde se la pudiese ver.

—¿Acaso no es más que harapos lo que veo aquí? Esperaba poder llevarme tu cabeza y beber de tu cráneo blanqueado, pero aquí es que te veo con el cuerpo sangrante y la convicción destrozada— Vridha se acercó más y se arrodilló a la altura de Brunnar—. Llevarte ante la muerte sería hacerte un favor mi valiente *Hammar*.

Brunnar giró lentamente la cabeza y con ojos opacos y cansados la observó.

—¿La muerte? ¡Yo soy la muerte! ¿O acaso no has visto lo que aquí hemos hecho?

Nota del Autor

Llevo dándole forma a esta novela hace varios años y es producto de la inspiración e investigación, pero también, de sopesar toda la información que me llegaba dándole su manto de duda. Todo lo que hoy podemos averiguar siempre fue escrito por vencedores o por observadores y así como ellos eran subjetivos en su mirada de distintas culturas también así lo he sido yo.

En cuanto al describir las batallas puedo asegurar que el nivel de salvajismo aquí descrito era el rutinario. Aquellas batallas salvajes de hombres indómitos y orgullosos tuvieron que haber sido terribles y crueles. Un guerrero del norte de Europa, gozaba de gran fuerza y si era un veterano muy difícil hubiese sido derrotarlo. Ya podemos ver estas cuestiones cuando Julio César nos comentaba sobre las guerras de Ariovisto.

Otra cuestión que debo aclarar es que en aquel tiempo la mayoría de las tribus no llevaban armaduras o, al menos, no una decente como las de los legionarios romanos. Aun así, podían darse el lujo de un peto de cuero curtido y los más ricos una cota de malla. Y es que en las grandes producciones filmicas vemos al gran héroe en medio de muchos guerreros repartiéndole fintas y por cada finta matando a uno de sus enemigos y nada realmente está más lejos de la realidad. Matar a un hombre no es tarea fácil, ya que si el golpe no es en un punto vital ya sea corazón, columna vertebral o cualquier zona del cuello, el sujeto seguirá inducido por la

adrenalina y podrá seguir luchando y estamos hablando de un guerrero sin protección. Distinto es en el caso de un lancero protegido por tiras de cuero curtidas y endurecidas, de casi diez milímetros de espesor que son más que suficientes para cuidar al hombre de algún golpe. Aun así, lograr dejar fuera de combate a un guerrero de un solo roce y enseguida darle la espalda para seguir con el próximo oponente era un acto más que estúpido. Es por ello, supongo, que los legionarios adoptaron un arma de apuñalamiento, pues esta no necesitaba más que un empuje firme y certero y con eso bastaría para que el oponente quedara expuesto o herido de muerte. Incluso una penetración del *gladius* podía dejar en jaque a una cota de malla metálica ya que estaba hecha para proteger de los cortes y no así, de las armas de punta.

Como podrán observar no he puesto nombres a las tribus, o si lo he hecho fue más buscando ubicarlas por zonas y no por nombre, pues hay que tener en cuenta que los nombres que conocemos hoy día, son los que les pusieron los historiadores griegos y romanos.